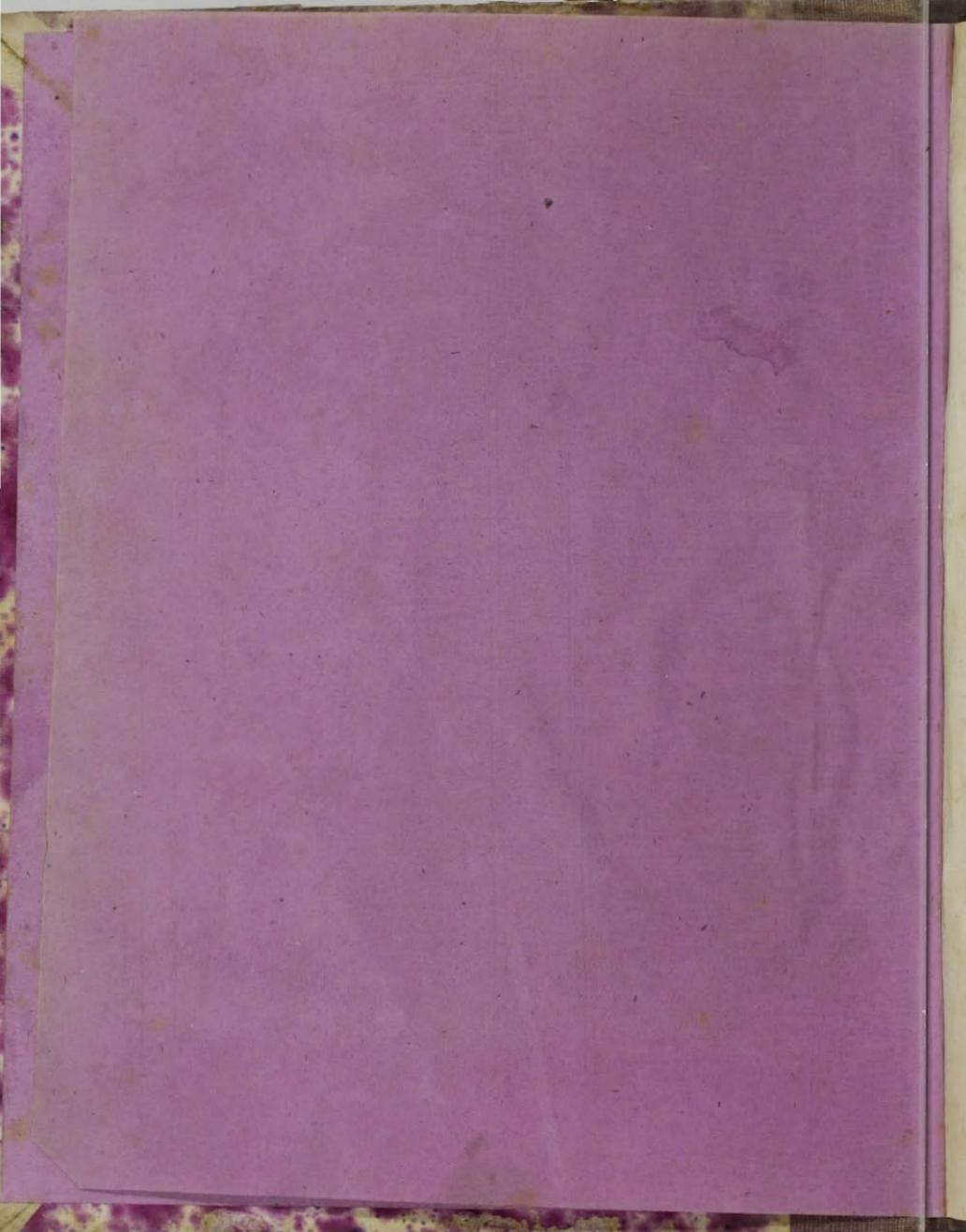


**MONTERREY**

Librería Anticuaria  
de Galicia

**G. Aranda, 18-Tel. 16843**

**VIGO**



Biblioteca de «La Concordia.»

---

SER ALGO,

*Campes*

POR

RAMIRO BLANCO.



VIGO. - 1830.

IMP. DE M. FERNANDEZ DIOS.

*Plaza del Sol, 3.*

M. 15523  
R. 16481

REPUBLICAN PARTY

SER. ALGO.

FOR

WARREN HAVARD



THE DE W. THE/ANDR-DIOS  
P. 16481

R/362

AL LECTOR.

Las novelas no son mas que castillos en el aire que otros levantan para nuestro recreo.

(Gil de Zárate.)

Perdónenme los críticos si consideran atrevimiento la publicacion de estas páginas; solo verán en ellas el resultado de una atraccion estraña que me arrastra á pensar en lo inverosímil; cualidad suficiente es esta para convertir en trivial é insulsa, no digo la manifestacion estravagante de mi raquitico ingénio, sino concepciones de reconocido mérito, que no es en resúmen suficiente á contrarestar lo estraño de los sucesos ó lo increíble de la trama.

Los que están dispuestos á juzgar severamente, aparten sus ojos de estas lineas y dejen lugar á los que solo anhelan una distraccion soporifera como el opio ó cansada como el almibar espeso. ¡Qué diantre! Vosotros que os habeis calentado la cabeza leyendo tantos libros malos, apenas sentireis los efectos de este que os ofrezco.

Todos hemos soñado despiertos y en alas del pensamiento, mas veloz un millon de veces que la luz y la electricidad, os habreis trasladado á lugares fantásticos donde crecen vegetales monstruosos, cuyo follaje de esmeralda se confunde con los girones de vapor que esmaltan un cielo violado; habreis sentido el susurro misterioso del agua que dibuja hilos de plata entre guijas de brillantes; habreis visto musgosas cavernas á cuyo antro no osan penetrar los deslumbrantes rayos de Febo, y en el fondo, en lo mas profundo de esa quebradísima un mundo informe de reptiles é insectos, unos que brillan en la oscuridad con una verde fosforescencia, otros que se retuercen doblando sus largas patas ó destilando venenoso liquido; habreis seguido con la vista el movimiento eterno de las olas al meceros sobre esa inmensidad de agua que refleja esa otra inmensidad de atmósfera, como dos espejos que se envian mutuamente sus matices azulados; habreis flotado en la tempestad absorbiendo el rayo en nuestros ojos; habreis bajado al fondo del oceano para hollar con vuestros piés la nacarada concha oculta á las miradas humanas y luchar con los crustáceos de turbios ojos y afiladas antenas que os salen á recibir abriendo á su paso un bosque de gigantescas algas y habreis elevado la vista para admirar la plateada y movédiza superficie que os sirve de dosel.....

¡Sueños de lo desconocido, benditos seais! Ellos pueden arrastraros al crater de un volcan en ignicion, haceros aspirar su atmósfera de fuego, ceñir vuestras sienes con una corona de lava... y arrojaros al espacio envueltos en nubes de ceniza!...

Todo esto, por de contado, en la imaginacion.

Y os hablo de estas cosas porque supongo que ya los hombres graves habrán apartado de sí esta lectura.

Pero ahora me doy cuenta de que Offmann, Alejandro Dumas, Gallaud, Edgard Poe, Julio Verne y otros escritores célebres son gentes sin formalidad, por que cayeron en la tentacion de soñar de un modo lamentable; Alejandro Dumas nos habla de una araña del tamaño de un perro de aguas con un pelo de seis pulgadas de largo y las patas de dos varas y de un sapo del tamaño de una tortuga maritima, el cual al inflarse levantaba una enorme piedra que daba paso á la araña antes mencionada. Offmann nos cita una zanahoria que al ser arrancada de la tierra soltó una risita aguda y alegre. Edgard Poe relata las aventuras de un navegante, el cual muy cerca ya del Polo Sur, vió surgir del Océano una figura humana completamente velada y de proporciones mas vastas que las de ningun habitante de la tierra, añadiendo que su piel recordaba la blanca perfecta de la nieve. Julio Verne, en fin, cita formalmente el hecho de haberse enviado á nuestro satélite una bala dentro de la cual hicieron un viaje de recreo tres individuos de buen humor.

Y esto lo dicen escritores estrangeros; dentro de casa tenemos al respetable y erudito Harteubusch, que nos relata el cuento de una Princesa que para todo tenía vista menos para verse á sí misma reflejada en un espejo; Alarcon, tan elegante en sus escritos, no tuvo reparo en hacer desempeñar á la muerte un papel importante, personificándola y haciéndola hablar como si se tratara de un simple mortal; Fernandez y Gonzalez, que ha escrito arrobos de novelas, tuvo el humor de presentarnos en una de ellas al Diablo, unas veces con rabo y pezuña hendida, otras de etiqueta, con frac y guante blanco; Zorrilla, nuestro gran poeta, llevó á la escena un personaje de piedra que atraviesa las paredes maestras.....

¿Y á que proseguir? Seria el cuento de nunca acabar; bastan los ejemplos citados para probar que todos soñamos, pues Calderon ya dijo, hace cerca de tres siglos, que *la vida es sueño*.

Todo lo ficticio, todo lo inverosimil, atrae; es muy bonito y solo tiene un defecto: el del caballo de Rolando.

Ya sabeis que ese caballo adolecia de un único defecto: que no existia.

Pero el hombre, no solo ve en su imaginacion tales fábulas, sino que á veces se le ocurre transformar el orden de la misma naturaleza; Arquimedes pedia una palanca y un punto de apoyo para enderezar el eje de la tierra; Luis Vidart, filósofo erudito con cuya amistad me honro, me decia en una ocasion «que nuestro organismo, compuesto de huesos, fibras y nervios, era asaz débil para resistir el golpe violento de una teja que cayera sobre el cráneo y que valia mas que el hombre fuera de acero para digerir brillantes ú oradar el granito con un pequeño esfuerzo de sus dedos poderosos.»

Probablemente habrá muchos que estén conformes con las ideas de Arquimedes y Luis Vidart, y si las generaciones que de uno á otro se han sucedido hubieran arreglado los fenómenos naturales, segun su criterio.... ¡sabe Dios como estaria el mundo á estas horas!

Los orientales dicen que lo que ha de ser está escrito, y por vida mia que hay ocasiones en que se me ocurre ser fatalista y dejar correr la bola.

El héroe de esta novela queria *ser algo*; primero, para gozar de celebridad, y segundo, para reformar ciertos usos sociales, castigar al malvado, premiar al bueno, tender una mano al débil y hacer, en fin, el papel de providencia; vió realizada su esperanza y gustó el mas amargo de los dolores.

Vidart dijo:

Las horas de la esperanza  
son las horas de ventura;  
¡ay del corazón si alcanza  
lo que sueña en su locura!

Esto nos enseña á ser prudentes dilatando la época de nuestras *ilusiones* todo cuanto nos sea posible, porque la *realidad* es tan triste como una flor marchita.

Pero... ¿conoce su felicidad el que la posee? Nó, la recuerda despues de pasada y se lamenta del poco caso que de ella hizo.

A propósito de esta cuestion recuerdo unas quintillas muy malas que escribi hace tiempo y que dicen:

Son las horas que pasaron  
rayos de sol, que guiaron  
nuestros pasos por el mundo  
y del alma en lo profundo  
grato recuerdo dejaron.

Las horas que han de venir  
no son rayos de zafir  
de un sol de dichas hermosas  
¡sombras son, ay, tenebrosas  
que amagan nuestro vivir!

Así el hombre en su locura,  
corriendo tras la ventura,  
su ilusion mira encerrada.  
entre la *dicha* pasada  
y la *desdicha* futura.

Perdonad mis divagaciones; voy á concluir.

Dice Gil de Zárate que «las novelas no son mas que castillos en el aire que otros levantan para nuestro recreo.»

Permitidme hacer un castillo en el aire; su arquitectura carecerá de elegancia... y en cuanto á su solidez, basta decir que está construido sobre los sueños de mi pobre imaginacion.

RAMIRO BLANCO.

En las horas que pasan  
 lejos del sol, que calienta  
 mis pasos por el mundo  
 y del alma en lo profundo  
 el alma se desahoga  
 Las horas que han de venir  
 no son raras de venir  
 de un sol de dichas hermosas  
 sonadas son, ay, leucosas  
 que ningún mortal vivió  
 Así el hombre en su locura  
 construye tras la ventura  
 su ilusión más encantada  
 en la vida pasada  
 y la desdicha futura.

Permitidme mis divagaciones; voy á concluir.  
 Dice Gó de Xante que «las novelas no son más que  
 castillos en el aire que otros levantan para nuestro

SER ALGO.

CAPÍTULO I.

**Inconvenientes de usar anteojos.**

—Repito que no estoy conforme con tus ideas y aun que te asista el derecho de llamarme ambicioso, no podré menos de confesarte que siempre procuraré realizar mis ilusiones.

—¡Error! Has encontrado el medio mas seguro para ser infeliz: mira este cigarro.....

—Le veo.

—Goza con la idea de fumarlo, aquilata su mérito acercándolo á tu nariz. ¡Que suave aroma! Pues bien, ahora fúmalo... ya ves que se convierte en humo, así son todas las cosas; no te queda otro remedio que tirar la colilla y pensar en su existencia pasada.....

—¡Já, já! La idea es como tuya, querido Arturo, de modo que siguiendo tus teorías yo debo gozar ante la

vista de un succulento almuerzo, cuando el apetito me hace bostezar, y segun tu extraño sistema, contener mis naturales impulsos, porque una vez satisfecha la necesidad recordaria tristemente lo dichoso que era antes de comer pensando en que iba á hacerlo. De ese modo podria morirme de hambre siendo el hombre mas feliz del universo.

—Confieso mi derrota en lo que se refiere al cigarro, pero todo consiste en que he dado una mala explicacion de mis ideas. Vale mas que me defienda con hechos.

—A fé de Mariano Sanchez, me ispiran curiosidad esos hechos.

—Escucha entonces un episodio de mi vida. Yo vivo en un piso tercero y estoy en constante comunicacion con los gorriones que habitan el tejado de enfrente; algunas veces he querido traducir á mi manera su monótono piar y he llegado á figurarme que se burlaban de mí, sin duda porque en mis ratos de ocio paso horas enteras en la contemplacion de las nubes que cruzan el transparente espacio; sin hacer caso de la burla hé continuado echándole miguitas de pan, mirando las nubes por el dia y durante la noche las estrellas que me permite ver mi reducido observatorio.

Jamás bajaba la cabeza para enterarme de lo que sucedia por la calle; á mis oidos llegaba un continuo rumor de coches y gritos y algazara; movimiento de las grandes poblaciones, que algunas veces cambiaria muy á gusto por la tranquilidad agradable de algun pueblecito á orillas del Cantábrico.

Cierto dia pequé y dirigí una mirada hácia abajo; en el piso principal de la casa de enfrente.... Asomada á uno de los balcones, distinguí una forma de mujer, una bata azul, que sin duda encerraba entre sus flotantes pliegues formas seductoras; la jóven, porque lo era,

levantó la cabeza y me enseñó una cara hermosísima, ojos azules.... sí, eran azules, sombreados por doradas pestañas, dientes blanquísimos, porque se sonrió y los vi, labios purpurinos.... y sobre todo un pelo ondulante, blondo, que le caía en descuidadas guedejas sobre el torneado seno.

Antes de seguir adelante debo de hacerte recordar, en descargo de mi conciencia, que soy corto de vista y que las perfecciones que llevo enumeradas no eran otra cosa que lo que yo quería que fuesen, y no hay duda de que yo las veía con los ojos del alma, ya que los del cuerpo, gracias á la madre naturaleza, no me sirven como debieran.

Lo mismo da; yo soñaba con aquellos ojos y aquella boca y aquel cutis rosado; las nubes y los pájaros huyeron de mi imaginación, las primeras en uniformes masas allá..... al último rincón de mi cerebro, los segundos, los pajaritos, en fugitiva bandada castigados por el cierzo de un invierno imaginario á medida que un estío abrasador anunciaba en mi alma furiosas tempestades; es decir, que empecé por enamorarme de mi vecina de un modo muy romántico.

Cuando pensaba en ella y sentía apetito, me parecía un sacrilegio á su memoria el empuñar la prosáica cuchara y sorber la clásica sopa de fideos, y es por que, á fuerza de alambicar la poesía y de exagerar el romanticismo, aquella jóven (sin duda lo era) fué para mí un ser casi incorpóreo, dechado de perfecciones, sublime-mente lánguida, candorosa, espiritual... ¿qué sé yo?

Muchas tardes, casi todas, levantaba mi vecinita la cabeza; entonces se me figuraba que el céfiro callejero traía suspiros de un balcon á otro y que el aire que yo respiraba iba luego á jugar con sus dorados bucles. ¿Y la mirada? ¡Oh! Su mirada era un rayo de luz que

desaparecía, apenas iniciada, tras el rubio velo de sus entornadas pestañas.

Así se acostumbró mi pensamiento á ella, y sostenía largas é interesantes conversaciones espirituales en las que mi vecina desarrollaba desconocidas tésis respecto al amor; su alma era un manantial inagotable de poesía, un foco purísimo de lo mas encantador y divino que pudiera existir fuera del esferoide terrestre.

—Tu naciste en esas estrellas que nos envían tan dulce mirada en las noches tranquilas; tu cuna fué el paraíso,—decía yo.

Francamente; si me hubieran asegurado que su patria era Pozuelo, habría tenido un gran disgusto.

A propósito de estos desencantos de la vida porque todos pasamos y que yo evito á todo trance, recuerdo que un amigo se empeñó en regalarme unos magníficos anteojos que, según él, debían de aumentar considerablemente mi potencia visual.

Me negué á aceptar el regalo y tuve poderosas razones para seguir esta conducta; acostumbrado á contemplar la naturaleza de un modo particular y esencialmente propio de mi ser.... Veía en un giron de vapor una batalla de centauros, en la sombra de una chimenea un fantasma misterioso, en el lejano prado un eden..... y sobre todo las mujeres, esas que cruzan á algunos metros de mí, todas tan bellas, tan elegantes, tan sonrientes.... ¿Y mi vecina? ¿Como iba yo á ponerme anteojos para verla? Necesitaria ser un loco y, á Dios gracias, solo soy un soñador.

Decididamente no me pongo los anteojos, me dije; serían para mí un eterno microscopio que me descubriría muchos detalles groseros, muchos intersticios asquerosos; y así como la superficie mas pulimentada no deja de tener sus asperezas y sinuosidades, del mismo modo

el corazón humano, si se le estudia bien, posee abismos insondables, á los que decia Bechker que no se atrevia á asomarse. ¡Tan negros son!

De aquí que yo renunciara al ofrecimiento que me hizo otro amigo de presentarme á la vecina; oyendo sus palabras penetraría los secretos de su corazón, mirando sus ojos descubriría la desnudez de su alma.

Y luego si veía en ella un ser vulgar, una mujer como otra cualquiera, apasionada por los chismes, regañona con los domésticos, algo coqueta y partidaria del puchero; que andaría en chinelas por la casa; que embadurnaría el semblante con untuosos afeites; que sería..... no quiero pensarlo, aficionada á beber otra cosa que no fuera agua cristalina. ¡Oh! Si supiera que mi espiritual vecina era lo que yo no quería imaginar...

Repito que hice bien en no ponerme los anteojos ni en tratarle personalmente.

Pero escucha el desenlace.

Tuve que ausentarme de Madrid por algunos dias; antes de colgarme al cuello la cartera de viaje salí al balcon para mandar un suspiro á la que era dueña absoluta de mi albedrío; la dueña absoluta no se asomó aquella tarde y tuve que renunciar á verla.

Cabizbajo, místico, triste como las flores en un dia nublado, me diriji á la Estacion y me introduje en el primer coche que hallé á mano. El hipócrifo de vapor tendió sus alas, lanzando un silbido agudo y pronto arrastró con irresistible potencia el numeroso convoy á á que estaba encadenado.

Perdido en un rincon del coche, á donde apenas llegaba la dudosa claridad del crepúsculo, soñaba yo con mi vecina; ella me acompañaba en mi viaje, allí estaba con su bata azul..... con sus ojos de Virgen de Rafael... y entre la confusion de ideas que transtornaban mi

cabeza, aturdida por el monótono ruido de los vagones oía yo suspirar á mi vecina y cantar á los gorriones dándome quejas por el abandono en que los tenía.... y murmurar el viento por entre las buardillas de los tejados; era un viaje fantástico que hacíamos todos los actores de aquella comedia imposible.

—Caballero, dijo una voz á mi lado.

Desperté; á mi izquierda ví como una forma de mujer con una botella en la mano; un característico olor invadió mi region nasal; el líquido que contenía la botella no era otra cosa que aguardiente.

Tu no ignoras que el aguardiente me produce ataques de nérvios.

Aquella mujer pasaria ya de los cuarenta; era colorada de rostro, (sobre todo la punta de la nariz) de abultado vientre y aspecto general ordinario.

—Señora... murmuré inclinándome—¿Qué hora es?— Las siete y veinticinco minutos.—Gracias.

Torné á soñar con la vecina; ella tan poética, tan seductora, tan ideal...—Caballero, repitió la misma voz.—Señora.—¿Va V. muy lejos?—Al Escorial.—Yo me quedo en Pozuelo, he nacido allí.—Que sea en hora buena, me dije volviendo á cerrar los ojos. Mi vecina... ¡Ah! Mi vecina.....

—¡Caballero!—¡Señora!! exclamé casi encolerizado.—¿No recuerda V. de mí?—No, señora.—Es extraño; yo sí le conozco á V... como somos vecinos.

Una idea horrible cruzó por mi cerebro como una espada incandescente ....

—¿Vive V. en un piso principal? pregunté casi sin aliento.

—Sí, señor.

—¿Y tiene V. una bata azul? murmuré casi muriendo.—Sí, señor.....

Dí un grito horroroso y me desmayé sobre mi compañera de viaje..... Mi ideal bebía aguardiente y era de Pozuelo; una semana despues tomé posesion nuevamente de mi cuarto tercero y volví á mirar con predilección á las nubes y á los pajaritos.

¿Comprendes ahora porque prefiero la ilusion á la realidad? ¿Comprendes por qué soy feliz con ser corto de vista? Y te aseguro, amigo mio, que jamás me pondré anteojos.

Calló Arturo, y Mariano se sonrió.

—Tu aventura, dijo, solo me prueba que eres hombre de mucha filosofia, que eres, segun tu mismo confiesas, un soñador; pero permíteme que te diga: si te dieran el poder, lo aceptarías?

—No.

—¿Y la gloria?

—No!

—¿Y las riquezas?

—Tampoco; prefiero pensar en las ventajas de todos esos privilegios; su posesion produciria en mí el desencanto.

—Pues yo no me conformo con ser lo que soy y aspiro siempre á *ser algo*, pero la fatalidad parece que liga mi existencia á lo vulgar: deseo sobresalir sobre mis semejantes, quiero brillar, ser célebre... y empiezo por tener el nombre mas vulgar del mundo: Mariano Sanchez y Gonzalez; soy como otro cualquiera; tengo un fisico mediano, fortuna mediana, talento mediano, soy una mediania andando. Juego al billar, al ajedrez, al tresillo..... y en ningun juego soy una notabilidad; monto á caballo nada mas que regularmente; bailo así, así; recito versos como cualquiera otro y patino y hago el amor á las muchachas y canto y toco el piano.... todo, por supuesto, tan medianamente que á nadie llama la

atencion y paso desapercibido como la generalidad de mis conciudadanos.

—¿Y qué deseas?

—Gustar la inefable dicha de la celebridad; ahora nadie habla de mi; entré en un salon y las señoritas me sonrien como sonreirian al portero de mi casa si le vieran con frac y guante blanco; mis amigos todos me dicen cuando me ven: «¿Cómo va, Sanchez?» Y luego como si no hubieran hecho otra cosa que echar humo por la nariz, me vuelven la espalda y pasan de largo. ¡Es natural! Yo no soy nada, es decir, soy un fantasma que anda, come, duerme, habla, etc. Soy una vulgaridad, perfectamente vulgar; es en lo único que estoy perfeccionado.

—¡Pobre amigo mio! dijo Arturo levantándose, hace tiempo que noto en tí sintomas de ambicioso; serás desgraciado si realizas tus deseos.

—Quiero *ser algo*.

—Abandona tus ideas; no te pongas anteojos para ver el mundo, porque te asustarás de verle tan feo.....

Arturo estrechó la mano de su amigo y salió riendo á carcajadas.

## CAPÍTULO II.

Pero hé aquí que Mariano, que era verdaderamente dichoso en su *medianía*, se empeñó en ser desgraciado y lo consiguió, porque la desgracia es una negra señora que siempre acude á nuestro llamamiento.

No se contentaba con soñar, como su amigo, porque *los sueños... sueños son*, y buscaba en su cerebro una idea, del mismo modo que un astrónomo busca en el espacio un astro que debe de existir, áun cuando no se le ha podido ver; buscaba un medio, por el cual, pudiera elevarse sobre el vulgo.

Una vez se dijo: «Me haré misántropo; es posible que esto dé que hablar á la gente y quizás Regina no mostrará á mis ojos su indiferencia habitual; el fuego de sus pupilas se encenderá con nueva llama, reparará en mi, cosa que creo no ha hecho nunca, y no me considerará tan vulgar y tan mediano.»

Con estas ideas dejó de frecuentar la sociedad; si se encontraba algun amigo por la calle, no le dirigía el acostumbrado saludo; paseaba por los lugares solitarios, y solia recitar *sotto voce* aquello de:

¡Que descansada vida  
la del que huye el mundanal ruido;

descuidó de un modo lamentable la limpieza de su cuerpo y se dejó crecer el cabello hasta formar una magnífica y enmarañada melena, que le caía por los hombros.

Pero ¡oh desengaño! aquella manera de vivir no produjo el deseado efecto, y pateaba de cólera cuando, al retirarse á su domicilio, la bulliciosa muchedumbre le atropellaba sin consideracion.

—¡Imbéciles!—exclamaba elevándose sobre la punta de los piés.—¿No veis que soy un misántropo..... un filósofo? ¿Qué decís.... qué pensais de mí? No soy nada.... nada!

Y la gente se cruzaba en todas direcciones, yendo cada cual á su negocio; Mariano era una insignificancia, un gusanillo miserable que chupaba, como tantos otros, el jugo de la tierra.

Llegaba á su habitacion y arrojándose sobre el lecho llamaba al sueño en su ayuda; los ensueños de Mariano nunca eran exagerados, jamás se salian de los límites naturales, lo cual era un motivo para que todas las mañanas se levantara de mal humor; hubiera querido soñar con expediciones al polo, con viajes aéreos, con terremotos, con batallas .... hubiera querido ver á Regina, entusiasta de amor, tenderle sus brazos y decirle: «yo te amo.»

Un día se levantó del lecho diciendo: «Basta de misantropía; vuelvo á la sociedad y veré si ha hecho efecto mi ausencia; notaré si Regina me mira de otro modo; espero que alguno de mis amigos esté resentido por mi comportamiento extraño, pero si me dice alguna palabra malsonante, le desafío. Esto me abrirá las puertas de la celebridad y entonces *seré algo*, por que, indudablemente, este duelo dará pábulo á mil conversaciones diferentes; se hablará mucho, se discutirá....

seré el héroe del día... y en último caso me haré matar, aunque no sea mas que para ser célebre una sola vez.»

Mariano corrió á una peluquería y se hizo cortar la melena; se lavó la cara y las manos, volvió á sonreír y acudió aquella misma noche al palacio de la Baronesa de B.

Entró en los salones radiante de esperanzas, dirigiendo á todos una mirada de triunfo; pero ni uno solo tuvo curiosidad de saber por qué habia dejado de presentarse en los círculos que solia frecuentar; la Baronesa le alargó la mano, diciendo:

—Celebro infinito que le haya probado tan bien el viage.

—Señora...

—No prosiga usted; variar de aires, estudiar nuevas costumbres, admirar los monumentos antiguos que nos recuerdan épocas remotas... todo esto tiene un encanto irresistible; pero perdóneme usted, amigo mio, corro á saludar á las de Ridó que acaban de llegar en este momento.

Mariano giró sobre sus talones, lleno de ira; no hacia efecto.

A no mucha distancia vió á uno de sus amigos que conversaba animadamente con una señora de edad; se dirigió hácia él y le cogió por una solapa de la levita.

—Da una excusa y despídete, le dijo por lo bajo, tengo que hablarte.

El jóven saludó á la señora y siguió á su amigo, que le condujo con gran misterio á un gabinete.

—¿No te admira, le dijo, verme en estos sitios?

—¿Por qué? No eres un buen amigo de la Baronesa?

—Si, en efecto... pero hablemos de otra cosa.

—Como gustes.

—Hace cuatro días te vi en la carrera de San Gerónimo.

—No recuerdo, pero es posible.

—¿Y no advertiste algo particular en mí?

—Te aseguro...

—Recordarás que no contesté al saludo que me hiciste.

—Estarías distraído.

—Te engañas.

—¡Ah! ¿No estabas distraído? Pues lo mismo da.

—¡Cómo!

—Claro, me es indiferente.

—Indiferente... indiferente, á mi nó; sepa usted caballero que si no le he saludado ha sido por que... por que he tenido á bien hacerlo así...

—En ese caso nada hay que hablar, tendrás tus razones...

—No tengo ninguna razón... ¿Pero no ve usted que no tengo razón?

—Bien y qué?

—Que el honor... y la dignidad y...

—¿Qué estás diciendo?

—En fin, tú debes pedirme satisfacciones.

—¡Estás loco!

—Satisfacciones que no te daré, es decir, que no daré á usted.

—¡Ya caigo... una broma!

—No es broma, estoy dispuesto á batirme.

—¡Já, já! Se conoce que estás de buen humor esta noche.

—Repito que hablo formalmente; indíqueme usted sitio, armas, hora.....

—Sitio Lardhy, armas dos botellas de Jerez, hora las ocho de la noche, si te conviene.....

—¡Peste de hombre! ¿No vé usted que no me bromeo?  
—decía Mariano.

Pero su amigo se alejó de allí riendo á todo trapo.

—Está visto que no podré adquirir fama por medio de un desafío..... ¡Ah! Que solo me encuentro en medio de esta turba imbécil que ni siquiera reparo en mí!

Mariano habia vuelto al salon y se acordó de Regina que debia de encontrarse en aquel sitio; la buscó con la vista, y por último la encontró mezclada entre las parejas que se movian al compás de la música.

Regina bailaba con una gracia encantadora, dejándose mecer en brazos de su caballero; Mariano la seguia con la mirada.

Era casi una niña; sus cabellos castaños resaltaban en la blancura de su cuello, cayendo en ondulantes bucles; su cara formaba un óvalo perfecto y sus ojos dulces parecian prometer, á los que ella miraba, un cielo de ventura.

—Esa mujer dice que me ama, pensaba Mariano, y sin preocuparse por no haberme visto en tantos dias se estrecha contra ese jóven, que la arrastra al torbellino del baile; dice que me ama .. y su boca se sonrie para otros, y sus miradas se fijan en unos ojos que no son los míos.  
¡Ah!

Esta noche sabré si su amor es verdadero.

El baile habia concluido y Mariano se dirigió hácia Regina á la que saludó, tomando luego asiento á su lado.

—¡Calla! Usted por aquí? le dijo ella

—¿Acaso lo siente usted?

—¡Qué sospecha! murmuró Regina en voz baja, bien sabes que solo á tu lado estoy alegre; pero me extraña que te hayas marchado á viajar sin decirme una

palabra, sin despedirte siquiera de mi familia con una targeta.

—¿Quién te ha dicho que he viajado?

—Se lo oí decir á la Baronesa.

—No sé de donde han sacado semejante noticia, pero dando por hecho que eso fuera verdad... no me parece que habrias sentido mucho mi ausencia.

—¿Por qué me dices eso?

—Al menos te he visto muy animada en el baile.

—Es cierto, exclamó Regina algo picada, pero en cambio tu entraste en el salon, saludaste á la Baronesa, paseaste por todas partes... y yo no tuve el honor de ser siquiera mirada por tí.

Y añadió despues con un movimiento de niña mimada:

—Ahora ya lo sabes, el baile fué una pequeña venganza.....

Mariano se calló.

—¡Que frialdad! pensaba. ¿Cómo es posible que la que dice estas vulgaridades sienta latir su corazon como el mio? Esta atmósfera que se respira aquí está saturada de indiferentismo, todo está muerto.....

—¿Me amas? exclamó de repente dirigiendo una mirada estraña á Regina.

Esta bajó los ojos ruborizada.

—No, prosiguió nuestro exaltado jóven, no contestes. ¿Para qué? Muchas veces cuesta trabajo decir una mentira. ¡Ser insensible, corazon inerte, labios que no saben mas que pronunciar las frases de todos los dias, ojos que ven sin mirar, alma que no profundiza los misterios de otra alma que quiere fundirse en ella..... ¡Adios, Regina! No te pido nada, seria inútil. ¿Qué méritos adornan mi persona para hacer latir tu corazon? ¿Que derecho tengo yo á exigirte una pasión como la mía? Soy una vulgaridad, lo sé, no soy ningun hombre



## CAPÍTULO III.

«Querida madre:

«Si algun dolor verdadero he sentido durante mi vida  
«es el que experimento ahora al imaginar el disgusto  
«que voy á darte Abandono voluntariamente la tierra,  
«por que la tierra me repugna. Estoy convencido de  
«que hay que *ser algo* para no ser una vulgaridad, y  
«este algo no te figures que sea el poseer un titulo de  
«abogado como yo, ni disfrutar de una renta de mil  
«duros como yo, ni tener buena educacion como yo. Al  
«fin y al cabo yonosoy nada madre mia; ya sé que me di-  
«rias estrechándome contra tu seno, ¿y para mi no eres  
«nada, hijo de mis entrañas? Es verdad; para tí soy sá-  
«bio, héroe, rey... Y mi conciencia me grita: Tú no de-  
«bias de aspirar á mas Pero á pesar de todo me he  
«vuelto ambicioso sin saber por qué. Estoy loco y mi  
«locura me lleva al sepúlcro, por que tengo grabadas en  
«mi cerebro estas palabras: O ser algo ó no ser nada. Y  
«ya que no pueda ser una gloria de mi pátria, ya que  
«no pueda dictar leyes al mundo... opto por el no-ser:  
«la muerte. Yo amaba á una jóven con delirio, digo  
«mal, la amo. Aquella mujer no quiso ver en mí mas  
«que á uno de tantos necios de los que pululan á su

alrededor... no la culpo á ella, á ella que no supo amarme del modo que yo queria.

«Y bien, ya estoy decidido; á dios, madre mia, perdóname; hasta la eternidad.

«Tu hijo.—Mariano.»

—Quedo satisfecho, dijo despues de firmar esta disparatada epistola, ahora solo me resta poner en planta mi proyecto.

Se levantó y se puso á pasear por la estancia con gran tranquilidad; en aquel momento en que calculaba friamente un suicidio, no se creia un ser vulgar, pero se encontraba solo, nadie podia juzgar de su heroicidad y hubiera querido que las paredes de su casa fueran de cristal para que todo Madrid pudiera observarle en aquella situacion escepcional.

Por lo demás él no queria confesarse una cosa: el objeto de aquel suicidio.

Y decia en voz baja:

—Abandono la vida como una carga, como una *cosa*, en fin, que estorba; yo no puedo vegetar en esa sociedad estúpida. ¡Y aun habrá quien asegure que la humanidad corre á su perfeccion! ¡Cuánto mas me hubiera valido nacer en Hotentocia, haber sido desde mi niñez salvaje y camparía entonces por mis respetos con una plumita en la nariz... ¡La vida... la existencia! Y que es eso en el mundo que llaman civilizado? Levantarse por la mañana y acostarse por la noche, ir á los cafés y á los teatros, cumplir sus obligaciones de mala gana, saludar á las gentes, mentir, fumar de vez en cuando un cigarro... y siempre lo mismo; un escenario con las mismas decoraciones; unos actores que representan siempre el mismo papel.

Mariano continuaba paseándose por su habitacion; sin duda alguna el pobre chico estaba loco ó poco le

faltaba para estarlo, puesto que el motivo de su funesta determinacion no era otro que el de adquirir celebridad aunque no fuera mas que por algunas horas.

Però ya decidido volvió á sentarse delante de la mesa, abrió el pupitre, metió en él la mano y sacó un pequeño revolver, el que examinó detenidamente.

Solo contenia una cápsula y se complacia en mirar aquella bala que debia alojarse dentro de algunos momentos en su masa cerebral.

Alzó el gatillo, se colocó en posicion digna y elegante y dirigiendo la última mirada á los retratos de su madre y de Regina que tenia sobre la mesa..... apoyó el cañon del revolver sobre la sien derecha y apretando el gatillo..... ¡Pum!!

¡Fatalidad! El tiro falló, el fulminante no comunicó su chispa á la pólvora, y por consiguiente, las cosas quedaron del mismo modo que ántes.

Mariano se levantó y volviendo á abrir el pupitre buscó precipitadamente otra olvidada cápsula; inútiles pesquisas, la cápsula no existia y arrojó al suelo con ira aquella arma inútil.

—Por lo visto, pensó, no está de Dios que muera de un pistoletazo, y casi adivino la clase de muerte que debo de adoptar; me estrellaré contra los adoquines de la calle.

Abrió el balcon; pero no habia contado con la huésped; Mariano vivia en un piso entresuelo; las losas estaban á metro y medio de profundidad.

—¿Y qué consigo, murmuró, con arrojarme desde aqui? Romperme una pierna ó un brazo; no es este mi objeto; pero no me apuro, subiré al piso tercero y haré una visita á la señora de Lopez; me asomaré al balcon con cualquier pretexto y cuando menos lo piense me arrojo de cabeza.

Guardó la carta y los retratos en un bolsillo de la levita, salió de su habitación y subiendo hasta el tercer piso, tiró con fuerza del cordón de la campanilla; pero nadie le contestó; volvió á llamar, el mismo silencio; sin duda alguna no había nadie en la casa.

—Pues señor, creo que tampoco moriré aplastado, decía mientras bajaba las escaleras; el veneno, si..., eso es, me envenenaré; esto me parece más romántico y al mismo tiempo más seguro; pero, ¿qué tósigo emplear? El ácido prúsico... alguna sal de plomo.... el arsénico.

En esto ya estaba en el portal y recordando que podía haberse arrojado desde lo último de las escaleras tuvo impulsos de volver á subir; pero se había decidido ya por el veneno y salió á la calle en busca de una botica; á los pocos pasos se encontró delante de una, entró y sacando una moneda de oro que arrojó sobre el mostrador, dijo:

—¿Me hace usted el obsequio de darme un cuarteron de ácido prúsico?

El farmacéutico dió un salto y miró estupefacto á nuestro jóven.

—No he oído bien, exclamó.

—Creo haberme explicado con claridad; he pedido un cuarteron de ácido prúsico.

—Pero... ¿para qué?

—Señor mio, no tengo obligacion de dar á usted cuenta de mis actos; pero sin embargo, le diré... que quiero matar los ratones de mi casa; hé ahí todo.

—¡Ah! Quiere usted exterminar á los ratones, dijo el farmacéutico que creia hablar con un demente; tiene usted razon, es una plaga incómoda. ¡Acido prúsico! Un cuarteron... no hay inconveniente, espere usted un

Epoco; en este frasco le tengo... ¿Ha dicho usted un cuarteron?

—Exactamente.

—Aquí le tiene usted.

—Mil gracias.

—Tome usted la vuelta.

Mariano ya no le escuchaba porque iba andando hácia su casa; entró en su cuarto y preparó un vaso de agua.

—De esta no falla, dijo desenvolviendo el papel y vertiendo en el liquido su contenido; héme aquí en presencia de la muerte; mañana saldrá en los periódicos de la corte un suelto que dirá poco más ó ménos: «Ayer noche ha puesto fin á su existencia, tomando una fuerte dosis de ácido prúsico, un joven de buena presencia etc.»

Removió el veneno con el mango de una pluma é inmediatamente se bebió hasta la mitad del mortífero líquido.

—¡Jóven insensato! dijo una voz dulce á sus espaldas, no consumas ese acto criminal; detente.

—Ya es tarde, amiga mia, exclamó Mariano volviendo la cabeza.

Pero se quedó estático, mudo, restupefacto ante la vista del ser que acababa de penetrar en su habitación.

Para los que hemos nacido en el siglo diez y nueve, que tan maravillosos descubrimientos ha dado á la faz del mundo, nada nos llama la atención; pero hay que convenir en que todas esas maravillas son cosas tan naturales que una vez explicado el misterio, nos parece imposible que pasaron tantos años sin conocerlas.

Mariano era de este siglo, y por lo tanto ni creía en brujas, ni se espantaba ante un fenómeno de física; pero

lo que tenía ante sus ojos era tan sobrenatural que ni en sueños había imaginado tal cosa.

Figúrese el lector un ser, una criatura que no obedece á las leyes inmutables de la gravedad, puesto que no apoya los piés en el suelo, que no anda, por consiguiente, ni vuela sino que flota en la atmósfera como una pompa de jabón; que posee ojos de los cuales brotan rayos parecidos á los de la luz eléctrica, de modo que iluminan poderosamente la estancia; cuyos cabellos son de oro y cuya vestidura consiste solo en una túnica que oculta imperfectamente unas formas bellisimas.

Mariano creyó que soñaba ó que ya no pertenecía á este mundo; pero su mano apretaba convulsivamente el vaso que contenía el resto del terrible veneno y esto le hacia volver á la realidad, pero era una realidad absurda, puesto que aquella criatura en forma de mujer que tenía delante sólo era un fantasma..... un sér extraño é incomprensible sin relacion alguna con las cosas terrestres....

—Detente! Te habia dicho con una voz dulce, melodiosa como el susurro de la brisa; y figurándose que la que habia pronunciado esta frase era una mujer como las demás, contestó sencillamente:

—Ya es tarde, amiga mia.

El fantasma prosiguió:

—Te engañas, Mariano, no es tarde aún; si hubieras consumido todo ese preparado mortífero es posible que á estas horas pertenecieras al número de los que no existen; la Muerte queria hacer una víctima y yo se lo he impedido; no hace más que algunos instantes estaba aquí blandiendo su guadaña sobre tu cabeza, yo pasaba casualmente y pude vencerla.

—Pero.... ¿quién eres, quién eres? preguntó nuestro jóven con temblorosa voz.

—Soy la Fortuna, tras de mi corren los hombres como insensatos y cuando alargan la mano para aprehenderme, viene la Muerte y los detiene para toda una eternidad; pero por esta vez he sido yo la vencedora y nada temas; te tomo bajo mi protección.

—¡La Fortuna!

—Si; ahora no tienes razon atentar contra tus dias; rompe esa carta, levanta orgulloso la cabeza; el mundo se prepara á admirarte..... tu eres un semi-dios.

Mariano sentia correr por sus arterias fuego en lugar de sangre.

—¡Es posible! decia.

—Acuéstate, prosiguió la Fortuna, duermes tranquilamente y mañana te levantarás rico, poderoso, célebre...

Mariano se dirigió maquinalmente hacia su lecho y se arrojó sobre él; la seductora aparicion se mecía en la atmósfera del aposento, dirigiendo al futuro genio una sonrisa indescriptible, arrebatadora..... tan llena de misterios, tan preñada de promesas que el jóven sintió dentro de su alma una certeza de su brillante porvenir; oyó á todas las bocas humanas repetir su nombre y carrió suavemente los ojos murmurando:

—«¡Regina.... Regina!»

## CAPITULO IV

## El billar y la equitación.

Al día siguiente de los sucesos que acabamos de referir y cuando los rayos del sol penetraban á través de los cristales inundando el aposento de luz y de alegría, nuestro héroe, que había dormido perfectamente toda la noche, hizo algunos movimientos, se esperezó prosaicamente, bostezó con toda la fuerza de sus mandíbulas y finalmente abrió los ojos tratando de reunir sus recuerdos.

— ¡Gracias á Dios! se dijo después de un momento, que al fin y al cabo he tenido un sueño como los que yo deseaba..... Sí, me parece que veía una mujer vaporosa que había tomado mi habitación por centro de sus operaciones y que volaba aquí y allá como una golondrina... ¿Qué me dijo aquella mujer? ¡Ah! Ya recuerdo... era la Fortunata y también soñé... vamos, esto ya es más lúgubre, que trataba de suicidarme tomando un veneno; después... después...

Y como no recordara más, saltó de la cama y diri-

giéndose al escritorio, tiró de una campanilla á fin de que la portera le llevara su desayuno.

Pero apenas fijó la vista sobre la mesa, quedóse estático, sin atreverse á avanzar un paso más; acababa de ver el vaso de agua de la vispera..... la carta dirigida á su madre, los dos retratos.....

Se pasó la mano por la frente empapada en sudor..... la verdad iluminó su inteligencia, lo que él creía un sueño, era una realidad.

Se precipitó sobre la carta y leyó: «A mi madre.» Era la misma; despues le llamó la atencion un enorme paquete con un rótulo que decia: «La fortuna á su favorito;» rompió impaciente los cordones y mil billetes de Banco se desparramaron por todas partes; era la herencia de un príncipe.

Mariano se quedó un momento inmóvil escuchando los latidos de su corazon; luego corrió á un espejo instintivamente; apenas se conocia.

Veia retratarse en la bruñida superficie un Mariano Sanchez notablemente mejorado; sus ojos eran más brillantes, más expresivos, más irresistibles..... si querian ser dulces lo eran, si terribles infundian miedo; su boca era fresca y graciosa; sus bigotes largos, sedosos; su fisonomía entera respiraba un *no sé qué* de varonil, y el resto de su persona dejaba adivinar la presencia de un sér excepcional, poderoso y superior; y sin embargo, era el mismo Mariano Sanchez.

Esto en cuanto á su fisico; respecto á su parte moral sentia nuestro héroe que se abria ante su alma un vasto horizonte; sus ideas eran grandiosas y los misterios humanos eran para él problemas sencillísimos; su mirada espiritual penetraba en los espacios infinitos, escudriñaba los pensamientos de los hombres..... adivinaba el destino de los seres y de las cosas.

Por lo tanto no se aturdió al verse tan por encima de sus semejantes, sentóse tranquilamente, tomó un pliego de papel y escribió:

«Querida madre:

«Cuando creía ser más desgraciado soy el más feliz de los mortales; el nombre de tu hijo pronto será más célebre que el de César, que el de Colón, que el de Galileo, que el de Bellini...

«No tardará en estrecharte contra su pecho, tu hijo, —Mariano.»

Cerró la misiva, guardó en el bolsillo del pantalón un puñado de billetes de Banco y salió a la calle.

—Necesito, pensó, ir preparando el terreno y luego dejaré que mi protectora la Fortuna me abra las puertas del templo de la gloria.

Dirigió sus pasos al Casino, donde encontró tres de sus amigos, que le miraron con sorpresa al notar el cambio de su fisonomía.

—¿Como va, Sanchez? preguntó uno de ellos.

—¡Aun esa frase sacramental, se dijo Mariano, pero paciencia; no tardarán en cambiarla por otra más digna de mí!

—¿Qué se dice de nuevo, señores? exclamó en alta voz.

—Esperamos á Morau.

—¿El célebre jugador de billar?

—El mismo, y á fé que me impacienta su tardanza, tenemos pendiente una partida...

—¡Adivino por que no viene! añadió otro sonriendo maliciosamente.

—¿Tú lo sabes? preguntaron los jóvenes.

—¿Ignoráis acaso que Morau se ha metido á inventor?

—¡A inventor!

—Si, pretende ser émulo de Edison y hace ya meses que se rompe la cabeza para descubrir...

—¿Qué?

—¿No lo adivinais?

—El paradero de su querida.

—No es eso.

—Pero qué es lo que quiere descubrir?

—La locomocion aérea.

Todos soltaron la carcajada.

—Es gracioso, y posible es que esa locu. a le haga olvidarse de nuestra partida pendiente.

—Nada hay perdido, repuso Mariano adelantándose. yo jugaré en su lugar.

—Tú! dijo irónicamente el jóven á quien nuestro héroe se dirigia, no quiero que el día de mañana me remuerda la conciencia, no me costaria mucho trabajo derrotarte.

—Pruébalo.

—Es inútil, eres un adversario muy débil.

—Te juego cuatro mil reales.

—Estás loco!

—Bueno, hé aquí un jugador que busca pretextos para no medir sus fuerzas con las mias.

—Yó!

—Das lugar á sospecharlo.

—Vamos, pues; deposita el dinero.

—¿Cuántas carambolas?

—Doscientas.

—Sea.

Los cuatro jóvenes penetraron en la sala de billar, donde encontraron á Arturo, á quien ya conoce el lector.

Mariano estrechó con efusion la mano de su amigo y le puso al corriente de lo sucedido.

—¿Y te atreves á jugar con él?

—¿Por qué no?

—Olvidas que es un carambolista de primera fuerza.

—Lo sé.

—Y que tú, según confesion propia, eres una *mediana*.

—Pchel! allá veremos.

El adversario de Mariano tomó un taco entre seis que revisó con suma atención; Sanchez tomó el primero que halló á mano.

Comenzó la partida.

Mariano se setó tranquilamente y vió á su contrario hacer cuarenta y cinco carambolas seguidas.

—El mozo apuntó este número y los amigos se sonreían.

Nuestro héroe abandonó el asiento y empezó á manejar el taco con una destreza sorprendente; las bolas parecían estar magnetizadas; adelantaban y retrocedían como si una fuerza misteriosa las impulsara en determinadas direcciones; á veces una carambola que parecía inverosímil, arrojaba un grito de admiración de los espectadores.

Mariano hizo las doscientas carambolas sin haber perdido ni una sola vez.

—He ganado, dijo á sus amigos estupefactos, venga mi dinero.

Le entregaron los ocho mil reales que habia en depósito y salieron á la calle; á los pocos pasos se encontró una pobre mujer que pedia limosna y le entregó aquella cantidad.

—¿Dónde vamos, señores? preguntó á sus amigos que no habian pronunciado una palabra.

—Al picadero, contestó Arturo, me han mandado ayer un potro de Sevilla y deseo montarlo.

Caminaron silenciosamente y llegaron al punto designado donde les recibió un picador que llevaba el brazo derecho en cabestrillo.

—¿Qué ha sido eso, Perez? preguntó Arturo.

—Caballerito, le aconsejo á usted que no monte ese jaco del demonio ó no doy dos cuartos por su pellejo; ayer le monté y me tiró por las orejas; vea usted el resultado.

Y enseñaba el brazo herido.

—Veamos esa fierecilla, dijo Arturo.

Entraron en la cuadra; cerca de la puerta vieron atado con fuertes cabestros un caballo alazan, joven, de aviesa mirada, intranquilo....

—¡Pardiez! dijo Arturo, malo será que yo no lo dome; desate usted el caballo.

—Don Arturo.

—¿Cree usted que tengo miedo?

—No dudo de su valor, pero como no le conoce usted... y en fin....

—Mande usted que le pongan el freno y la silla.

Dos mozos de la cuadra obedecieron, no sin trabajo.

—Sáquele ustedes al picadero.

Pocos momentos despues el caballo pateaba en la arena; Arturo puso el pié en el estribo y montó.

A los pocos minutos fue lanzado á dos metros de distancia.

—¿No se lo decía yo? dijo el picador.

Un jóven que estaba presente pidió permiso para montar; era un oficial de caballería.

El permiso le fué concedido y el oficial de caballería se cayó.

Dos mas tuvieron la misma suerte.

Mañana mismo, quitó Arturo, le mando á su tierra.

Iban á retirarse todos, cuando Mariano adelantándose, exclamó:

—Ahora me toca á mí.

Sus amigos le miraron con asombro, el picador le dijo:

—Si usted no es un buen ginete le aconsejo que abandone esa idea.

—Yo le conozco, añadió Arturo, y casi me atrevo á asegurar que no conseguirá ni montarle.

Mariano se sonreía de un modo burlon y sin hacer caso de las advertencias de todos, dió un salto sobre el caballo y empuñó enérgicamente las bridas, antes de que nadie tuviese tiempo de detenerle.

El noble animal relinchó de coraje al verse montado por quinta vez; se alzó sobre sus patas traseras y á continuación dió un terrible salto de carnero; Mariano no perdió su serenidad ni un momento y sufrió sin moverse de la silla aquellas bruscas sacudidas; el caballo se encabritó, tiró coces, se puñó de rodillas... y el ginete le martirizaba con la espuela sin que pareciera hacer caso de aquellos movimientos desordenados; el potro se sintió dominado y tascando el freno empapado de blanca espuma empezó á obedecer al domador, que le hizo andar al paso, trotar, galopar, ir de costado.

Los espectadores aplaudían frenéticamente y Arturo no salía de su asombro.

—Todo esto nos ocultaba Mariano; decía, en el billar, un jugador de primera fuerza; á caballo, un ginete consumado; esto pasa ya de *medianía*.

—Es que empiezo á ponerme los anteojos, dijo Mariano apeándose tranquilamente y estrechando las manos de sus amigos, que le miraban como si jamás le hubieran visto.

Abandonaron el picadero y poco tiempo despues se quedaron solos Arturo y Mariano.

—¿Quiéres almorzar conmigo? preguntó éste.

—Con mucho gusto, pero antes desearia ver á Morau.

—El inventor de la locomocion aérea?

—El mismo, ¿le conoces?

—No recuerdo.

—Te presentaré á él; hablaremos de su célebre invencion y despues almorzaremos todos juntos.

Arturo condujo á su amigo á la calle de Relatores y entraron en la casa señalada con el número 87.

—Te presento á mi amigo Mariano Sánchez y Gonzalez, dijo Arturo apenas vió á Morau, que estaba muy ocupado resolviendo problemas algebraicos.

Los dos jóvenes se inclinaron; Morau pareció algo contrariado por aquella visita, pero se repuso, diciendo:

—Espero que mañana asistirán ustedes á mi primera prueba.

—¿Se trata de algun globo?

—No, señores; el globo es precisamente el escollo donde se estrellan todas las hipótesis de los que, como yo, han estudiado este maravilloso invento; poseo un medio superior del magnetismo, las influencias planetarias.

Morau se disponia á pronunciar un largo y elocuente discurso, pero le interrumpió Arturo, recordándole que sus estómagos no se satisfarian con esplicaciones científicas y que habria tiempo sobrado para hablar del asunto mientras se hacia la digestion del almuerzo.

En cuanto á su conducta iba desapareciendo; en pocas horas y gracias á su capricho de pillar y á la escasa del picadero, fue objeto de conversacion anual la entre sus amigos; pero esto solo era el ardor de una sucesion de triunfos intermitentes, y el ardor pronto disminuía para volver á su fama que de-  
 mas entrista y mas... decidida.

En cuanto á su conducta iba desapareciendo; en pocas horas y gracias á su capricho de pillar y á la escasa del picadero, fue objeto de conversacion anual la entre sus amigos; pero esto solo era el ardor de una sucesion de triunfos intermitentes, y el ardor pronto disminuía para volver á su fama que de-  
 mas entrista y mas... decidida.

### La locomocion aérea.

Y no se crea que para esto tuvo que estudiar con-  
 dia ser brillante.

Regina, la seductora niña á quien hemos visto un momento en casa de la Baronesa B., debía de sufrir horriblemente al observar la conducta de Mariano, á quien amaba con todo su corazon; él la amaba tambien, pero queria sofocar en su pecho aquella atraccion irresistible, porque su ideal no igualaba al carácter de aquel tímido é inocente que no sabia más que adorarle desde el fondo de su alma sin traducir al exterior esas impresiones más que por los ojos; pero Mariano soñaba con inspirar una pasion más exagerada en sus manifestaciones, ambicionaba una mujer de fuego; queria escuchar de unos lábios frases dulces, arrebatadoras, elocuentes..... ¡Pobre loco! Como si lo que la lengua pronuncia fuera siempre verdad; por el contrario, Talleyrand ha dicho: «La lengua ha sido dada al hombre para ocultar su pensamiento.»

Donde dice *hombre* léase *mujer* y la frase será una nota á muchos siglos de historia.

En resumen: nues tro héroe, que gracias á la Fortuna habia heredado un talento tan sobrenatural, no lo tuvo sin embargo para adivinar que era amado con verdadera pasion, y picado por lo que él llamaba tibieza de Regina, se decidió á olvidarla y á buscar por el mundo otra mujer (que no dejaria de encontrar) mas valiente, mas entusiasta y mas... decidida.

En cuanto á su *vulgaridad* iba desapareciendo; en pocas horas y gracias á la célebre partida de billar, y á la escena del picadero, fué objeto de conversacion aquel dia entre sus amigos; pero esto solo era el prólogo de una sucesion de triunfos interminables, y el árduo problema que creia haber resuelto Morau, le prestó magnífica ocasion para echar los cimientos á su fama que debia ser brillante.

Y no se crea que para esto tuvo que estudiar concienzudamente, ni revolver librotos, ni profundizar en los misterios de la mecánica. Ya dijimos en otro lugar que Mariano, gracias á la Fortuna, las mas intrincadas cuestiones y los secretos mas impenetrables eran para él problemas sencillísimos; la locomocion aérea sin necesidad de aréostato ni de alas, se presentaba á su inteligencia tan clara y de tan fácil egecucion que apenas tardó media hora en construirse un aparato con todas las perfecciones posibles y estaba dispuesto á realizar todo lo que soñó Julio Verne en su *Descubrimiento prodigioso*.

Concluido su trabajo se tomó el de contar la enorme suma que la Fortuna habia de colocar diariamente en su escritorio; no habia menos de doce millones de reales; esta era su renta.

Guardó un legajo de billetes en el bolsillo, metió los restantes en el cajon de la mesa y salió á la calle en busca de Arturo, al que encontró en el Casino.

—¡Gracias á Dios que al fin te veo! dijo este.

—¿Qué hora es?

—La una dada: ¿has almorzado?

—Sí ¿y tú?

—Acabo de hacerlo. ¿Te parece que vayamos á ver á Morau?

—Como gustes; segun nos ha asegurado hoy ensayará su aparato.

—Dios quiera que no suceda alguna catástrofe.

Allá veremos, dijo Mariano, ¿quién sabe si á fuerza de estudio y de constancia habrá hecho ese gran descubrimiento?

—¿Pero tú crees que es posible?

—¿Por qué nó?

—¡Volar sin auxilio del hidrógeno!

—Hay resortes desconocidos.

—Por lo mismo que lo son...

—Ahí está el mérito, buscarlos. Muchos siglos antes de que naciera Colon ya existian las Américas y sin embargo su existencia era ignorada por la humanidad entera que habitaba el antiguo continente. La electricidad es un agente tan antiguo como nuestro planeta y aun como el Universo entero... y los hombres se electrizaraban sin saberlo; para no cansarte mas, te diré que en la actualidad estamos rodeados de mil agentes poderosos, utilísimos á nuestro progreso, agentes que no aplicamos ni conocemos y tal vez pasarán millones de años antes de que el hombre llegue á dominarlos.

Arturo callaba y aun que comprendia las razones de su amigo, no podia convencerse de que Morau fuera capaz de llevar á feliz término semejante empresa.

En tanto llegaron á casa del inventor; estaba llena de amigos y conocidos suyos, á quienes habia citado para que juzgaran como simples espectadores.

El lugar del ensayo estaba ya elegido; era un enorme pátio en el cual se había levantado un armatoste de madera, que asemejaba un patíbulo, al cual había de subir Morau para volar desde allí á su capricho; con todo, y á pesar de las facultades de pájaro que se quería abrogar el inventor, el tablado sólo se elevaba del suelo un par de metros; circunstancia que dió lugar á que algun maldiciente dijera que con un poco más de seguridad debía de hacerse el ensayo desde el tejado de la casa, que tenía cinco pisos.

Mariano veía todo esto y parecía preocupado por alguna idea fija; sin duda se acercaba para él un extraño acontecimiento, pero en tanto, no dejaba de observar con interés los preparativos.

Todos los amigos de Morau bajaron al pátio por consejo de éste y á los pocos momentos apareció el hombre pájaro en escena; eran las dos y cuarto de la tarde.

Hubo entre los espectadores un murmullo particular, unos reían, otros hablaban en voz baja, los más tosían irónicamente.

El jóven inventor se presentó ataviado de una manera muy extravagante; llevaba á la altura de los hombros dos ruedas de madera con anchas paletas de lienzo destinadas sin duda á azotar el aire; en la parte posterior ostentaba una especie de cola como la de un pájaro, que se movía en todas direcciones y que debía servirle de timón; con la mano derecha oprimía un pequeño resorte de uso desconocido que aparecía en una caja de madera que llevaba sobre el pecho y de la cual partían algunos alambres al centro de las ruedas; con la mano izquierda sostenía un para-caídas plegado, sin duda con objeto de salvarse en caso de una caída; pero no podemos jamás condenar á un hombre por exceso de prudencia....

Morau subió al tablado y dirigió la palabra al auditorio.

—Amigos míos, dijo, los siglos se suceden unos á otros sin interrupcion como las olas del mar que se estrellan en la fina arena de la playa.

—¡Bravo! dijo una voz.

—Desde la edad de piedra hasta la del vapor, la humanidad ha seguido recta por el camino del progreso; de poco ha valido que algunas miserables tortugas hayan querido retrasar el vehiculo de la civilizacion; miles han sido los esfuerzos de cuatro fanáticos ignorantes por detener los gigantescos pasos de la humanidad.....

—¡Muy bien! gritaron los espectadores.

—Cada día vemos nuevas muestras de que ella corre á su perfeccion física y moral; maravillas sin número nos ofrece á cada momento la ciencia..... pero tengo derecho á decir que de todas las invenciones humanas ninguna puede igualar á la de la locomocion aérea. Miradme, yo estoy solicitado, como todos vosotros, por la fuerza eterna é inmutable de la gravedad; el peso de mi cuerpo, oprime la tabla que le sostiene; pues bien, voy á destruir la gravedad. ¿Entendeis bien? ¡Destruir la gravedad! Esta es la última palabra de nuestro siglo. ¡Adios amigos míos, voy á cruzar la atmósfera..... voy á visitar esas nubes que se ciernen sobre nuestras cabezas..... voy á volar!

Y al decir esto se colocó al extremo del tablado, oprimió con fuerza el pequeño resorte, las ruedas dieron algunas vueltas y Morau..... cayó pesadamente sobre un robusto aragonés que le esperaba con los brazos abiertos; era un primo suyo que le habia dicho veinte veces:

—No te empeñes en hacer habilidades y... créeme á mi, ¡no vueles!

Los amigos del desgraciado jóven, que casi habian llegado á entusiasmarse oyendo su discurso, no pudieron contener la risa al ver aquel resultado, que con todo ya se esperaba.

Todo el mundo hablaba á un tiempo y consolaba á Morau, que se tiraba desesperadamente de los pelos, cuando Mariano, que habia permanecido mudo hasta entónces, subió á su vez al tablado y dijo:

—Señores: este incidente que acabamos de presenciar no significa nada, ni la ciencia ha de avergonzarse por ello; el hombre domina los elementos; inventó monstruos de hierro que le trasladaron rápidamente sobre la superficie de la tierra; inventó aparatos flotantes que le dieron el dominio de los mares, ¿por qué no ha de haber inventado también *algo* que le haga señor de la atmósfera? Creedme, no desesperéis por un hecho frustrado, y convenceos de que en el mismo lugar donde muere una planta nace otra que estiende sus frondosas ramas, para atestiguar que la vida y el progreso son eternos.

Y contra lo que nadie esperaba, Mariano saludó graciosamente con la mano izquierda y se elevó con rapidez en el aire, promoviendo un ¡ah! de admiración en todos los lábios.

Y al decir esto se colocó al extremo del tablado, miró con fuerza el pedáneo resorte, las ruedas dieron algunas vueltas y Morau... cayó pesadamente sobre un robusto arjón que le esperaba con los brazos abiertos; era un primo suyo que le habia dicho veinte

## CAPÍTULO VI.

**Impresiones de viaje.**

Quando el viajero, despues de largas jornadas y de peligrosos accidentes, llega á un país desconocido, no tiene ojos bastantes para admirar todo lo que le rodea; son paisajes tan distintos á los que él veía desde su niñez, habitantes tan estraños, costumbres tan diferentes, que su imaginación se confunde á cada momento y el grito de la sorpresa brota á menudo de sus lábios.

Y si esto es así, ¿qué diremos del que abandona su elemento natural para lanzarse al reino de las aves?

Mariano apenas pudo darse cuenta de su situacion en los primeros momentos; flotaba sobre Madrid; sus miradas se perdian en un océano de tejados y á la gran altura á que en un momento había ascendido distinguia á sus piés las anchas yias de la córte y se le antojaban pequeñas veredas por las que pululaban todo un mundo de hormigas.

Pasadas las primeras emociones se serenó completamente y sin dejar de extasiarse ante el cuadro encan-

tador que tenia á su vista, maniobró convenientemente y en pocos minutos perdió de vista á Madrid, que se hundió en el horizonte, tomando desde luego la ruta de Segovia.

Volaba, si queria, con una velocidad de diez y seis leguas por hora, lo que puso en práctica, pues su objeto no era otro que el de llegar cuanto antes á Gijón, donde vivia la que le habia dado el ser; pero necesitaba emplear, para hacer este trayecto, seis ó siete horas, y como habia salido de Madrid á las tres de la tarde y los dias eran cortos, pues estos acontecimientos se verificaban en el mes de Marzo, el aéreo jóven se decidió á hacer noche en algun pueblo ó venta.

En tanto pasó á mas de mil metros sobre el Escorial, del cual distinguió el célebre Monasterio, y en poco más de media hora vió bajo sus piés las nevadas cimas del Guadarrama, vió despues el real sitio de San Ildefonso como una mancha negruzca formada por miles de árboles; mas adelante saludó los vetustos muros de Segovia, su soberbio alcázar y su acueducto. y tomando una direccion mas marcada al Oeste, hizo pié en un lugar solitario no léjos de Arévalo.

Eran las cinco menos cuarto y el sol, cuyos rayos amortiguaban densas nubes, iba declinando en el horizonte.

Mariano caminó durante media hora y pronto se encontró al pié de un terraplen del ferro-carril del Norte; á lo lejos distinguió la casilla de un guarda-agüja, hácia la cual se dirigió.

En la puerta jugaba una niña á los piés de su madre, que se ocupaba en hacer calceta; á dos pasos de ellas se veia un hombre que fumaba tranquilamente un cigarro.

—Buena gente, les dijo cuando estuvo cerca, ¿podreis indicarme una venta ó posada donde pasar la noche?

La buena gente le miró sorprendida, la niña cesó de jugar, la mujer abandonó la calceta y el hombre se quitó el cigarro de la boca para preguntar:

—¿Es usted un viajero?

—Si; es decir..... sali con varios amigos de caza, pero me separé de ellos inadvertidamente y estoy extraviado por estos campos.....

El guarda-aguja le miraba con desconfianza; Mariano se aproximó á él y le metió en el bolsillo dos monedas de oro; el hombre se serenó y contuvo un tropel de preguntas que iban á salir de sus lábios.

—Con qué decíamos, prosiguió Mariano, que la posada.....

—Valdria mas que fuera V. hasta Arévalo, pero hay una legua larga y seria pesado; pero ahora recuerdo que en la carretera de\*\* está el parador del Pavo Real; allí suelen hacer noche los traficantes que van á Medina del Campo; si usted quiere le serviré de guia.

—Con mucho gusto, amigo mio.

El hombre tomó su cayado, habló algunas palabras con la mujer, dió un beso á la niña y tomó una senda por donde Mariano le siguió; entraron en la carretera y despues de un cuarto de hora de marcha divisaron á lo lejos el parador del Pavo Real.

Era este un antiguo castillo, mitad arruinado, mitad convertido en casas de labor, que conservaba aun en buen estado alguno que otro torreón con sus almenas y ventanas ojivales.

—¿Ve usted la venta, señor? preguntó el guia.

—Sí.

—Dicen que en otro tiempo era un castillo muy fuerte que poseia el Conde de Dávila; pero aquella familia se

conoce que vino á manos y el último Conde vendió las cuatro paredes que le quedaban, con la condicion de que se le habia de permitir habitar en aquella torre.

—¿Y ese señor vive solo?

—Le acompaña una sobrina... ¡pobre señorita!

—¿Por qué dices eso?

—Es una historia muy triste.

—Puedes contármela por el camino.

—Pues sabrá usted que la señorita se llama Adela y es hermosa como un sol; desde que murieron sus padres la tomó su tio bajo su tutela, haciéndose depositario de su dote; era entonces muy niña, apenas contaria nueve años. Pasó el tiempo y la señorita Adela continuaba encerrada en aquel torreón de donde no salia jamás; muchas personas, compadecidas de su aislamiento, hablaron al señor de Dávila, pero es este un hombre tan brusco é intratable que se disgustaron de sus contestaciones y no volvieron á dirigirle la palabra. Una noche, hace de esto dos años, y Adela debe tener ya diez y ocho, llegó á la posada un jóven viajero á quien contaron esta historia y deseoso de conocer á la señorita, no se ocupaba en otra cosa que en pasear por un pátio desde el cual se ven las ventanas del cuarto en que ella vive; como se arreglaría, no lo sé, pero si sé que logró hablar con la señorita Adela, de la cual se enamoró perdidamente; la jóven le correspondia y no era un secreto para nadie, menos para el tio que se acostaba muy temprano, que el jóven viajero y Adela hablaban todas las noches, ella asomada á la ventana y él en el pátio. Al parecer eran felices y Fernando,—este era el nombre del huesped—no ocultaba su deseo de pedir al señor de Dávila la mano de su sobrina; pero una noche Fernando esperó á su amada, la cual no acudió á la cita como tenia por costumbre; presintiendo alguna

desgracia y no siendo dueño de contenerse se decidió á subir hasta la ventana, y para lograrlo se agarraba de las cornisas y piedras salientes..... No se sabe como pasó, pero el infeliz cayó desde una gran altura; hay quien dice que llegó hasta la ventana y que esta se abrió, apareciendo en ella el señor de Dávila, que le precipitó contra las piedras del pátio ..

—¿Y no pudo probarse ese crimen?

—Hubiera habido necesidad de averiguar por qué aquel jóven escalaba el edificio?

—¿Y murió el desgraciado?

—Fué conducido, con pocas esperanzas de vida, á la villa de \*\*\*, en donde parece que se restableció algun tanto.

—¿Y despues?

—Dicen que marchó á Valladolid, donde vive con su familia; desde esta fecha nadie ha vuelto á saber de él.

—¿Y Adela?

—Al principio sintió tanto aquel accidente que se desmejoró en términos que los que la podian ver aseguraban que era un espectro; despues recobró por completo su salud y sigue la misma vida que siempre, encerrada entre aquellas cuatro paredes.....

—Así son todas, pensó Mariano, ingratas y olvidadizas.

En tanto llegaron á la posada, el guia se despidió y Mariano fué conducido á una habitacion situada en el piso bajo, con una ventana que correspondia á un estenso pátio cubierto de ruinas y malezas; en uno de sus extremos se levantaba imponente el viejo torreón que nuestro jóven sospechó seria el habitado por Adela y su adusto tio.

Mariano habia pedido la cena y poco despues apareció una criada con algunos alimentos; mientras comia,

su memoria pasaba revista á los hechos acaecidos en aquellos últimos dias; su conocimiento con la Fortuna, las palabras de esta, que le prometia la inmortalidad, su triunfo aquel mismo dia y el asombro de sus amigos, que habrian hecho correr la maravillosa noticia por todos los ámbitos de Madrid, de modo que su nombre se repetiría de boca en boca; luego pensaba en Regina, á quien trataba de olvidar; en su madre, á quien pronto estrecharia entre sus brazos, llenándole de ventura..... y el orden lógico de los acontecimientos le llevaba tambien á recordar la historia de aquellos amores que acababa de relatarle su guia.

Con estos pensamientos acabó de cenar y se asomó á la ventana; la noche habia cerrado y la luna difundia en la atmósfera, algo empañada por vapor acuoso, una incierta claridad; á sus oidos llegaba el rumor de las voces de los arrieros y demás gente del parador; una de las ventanas del torreón aparecia iluminada y mas de una vez creyó percibir una graciosa silueta por detrás de los cristales.

—¿Será ella? pensó nuestro héroe; sin saber por qué me interesa esa jóven y el que fué su amante... Pero á fé que puedo satisfacer mi curiosidad á poca costa; yo no corro el peligro de romperme el cráneo contra estas piedras, á pesar de que en otra ocasion pensé ponerlo en práctica. Nada, estoy decidido, primero cerraré la puerta, por si vuelve la criada, despues electrizo el aparato y subo al nivel de esa ventana...

Mariano ejecutaba estas maniobras segun las iba combinando; cerró la puerta, dispuso su aparato de locomoción aérea y saliendo por la ventana se encontró pronto junto á la de la jóven.

Se refugió en un extremo á fin de no ser visto y dirigió una curiosa mirada á través de los cristales; Adela

escribía con precipitación sobre una mesa pequeña, sus lábiosse entreabrían graciosamente ó se frulcían, según las ideas que cruzaban por su cerebro y sus lindos dedos hacían correr la pluma sobre el papel; vista de este modo estaba preciosa.

A su lado, sobre un libro, se veía una paloma, blanca como un rayo de sol, que estendía las alas perezosamente haciendo oscilar la luz de un velon, en lo cual no parecía fijarse la atareada jóven.

Mariano se devanaba los sesos para averiguar que era lo que escribía, pero pronto salió de dudas; Adela firmó el escrito, repasó con la vista algunos párrafos, enmendó las faltas y tomando entre sus manos á la paloma, que parecía acostumbrada á estas demostraciones de cariño, la cubrió de besos, colocó en su cuello una cinta y ató de ella la carta que acababa de escribir.

—Vé, paloma, Pitusa mia, dijo á media voz, de modo que el jóven pudo oírlo; lleva noticias de la que padece y vuelve pronto á mi ventana trayéndome una contestación de él; único bálsamo que cure la herida de mi corazón.

Adela se levantó con la paloma en las manos y se dirigió hácia la ventana; Mariano huyó á ocultarse tras de una almena desde donde distinguió á la jóven que abrió los cristales, dió un último beso á la mensajera y le dejó en libertad.

La Pituaoa, según la llamaba, estendió sus ligeras alas, proyectó algunos círculos en el aire y tomó finalmente una dirección determinada hácia el Norte.

Mariano, cuya curiosidad iba en aumento, no dudó un instante sobre el partido que había de tomar y elevándose rápidamente emprendió la persecución de la paloma.

Esta seguía sin vacilar un camino en línea recta,

como si no fuera la primera vez que hacia aquel trayecto; el jóven la seguia á una respetable distancia para no asustarla con su presencia y de este modo perseguido y perseguidor volaron sin cesar por encima de montañas, torrentes, villas, campos cultivados, caseríos... todo envuelto en la confusa claridad de la luna, que prestaba á los objetos un tinte fantástico; el jóven no perdía de vista á la paloma, que semejaba una pequeña sombra cenicienta.

Al cabo de hora y media se distinguió en el horizonte gran número de luces que estendian en un pequeño rádio una claridad rojiza; aquello era sin duda una capital ó poblacion de importancia, pero Mariano no pudo darse cuenta de su situacion, é ignoraba que ciudad seria aquella.

En tanto la paloma torció ligeramente su rumbo hacia la izquierda y atravesando un rio de regular anchura, á cuya orilla estaba la ciudad, pasó ya con el vuelo mas bajo sobre las paredes que cercaban un jardin, en medio del cual se elevaba una casa de campo y voló directamente á una ventana tambien iluminada, en donde se veia la silueta de un hombre que tomó á la paloma y cerró perfectamente, dejando á nuestro curioso jóven muy contrariado por aquella accion.

Dudó algunos momentos y decidiéndose al fin voló valientemente á la ventana en cuyos cristales llamó con los dedos; oyó el roce de una silla en el pavimento, sin duda aquel hombre se levantaba alarmado; volvió á llamar, sintió algunos pasos y un instante despues apareció en la ventana el jóven oprimiendo en sus manos las culatas de dos pistolas.

—No soy ni un ladron ni un enemigo, exclamó Mariano.

—¿Qué quiere usted entonces?

—¿Usted se llama Fernando?

—Es verdad.....

—Yo acabo de ver á Adela.

Y como Fernando le mirara asombrado, saltó al interior de la habitacion, tomó una silla y se sentó tranquilamente.

—¡Vaya! Deje usted esas pistolas y véngase á mi lado.

—Pero... quién es usted?

—Con saber mi nombre nada habrá usted adelantado; me llamo Mariano Sanchez; he aqui todo.

—Pero... ¿cómo ha subido usted? preguntaba Fernando, que no cesaba de mirar las lisas paredes de la casa.

—No crea usted, jóven, que haya imitado lo que usted hizo para ver á Adela, yo poseo medios superiores; pero, amigo mio, cierre esa ventana, siéntese á mi lado y veamos esa carta.

El jóven le obedeció maquinalmente.

—Pero Dios mio..... ¿quién es usted que tan enterado parece de mis asuntos?

—Solo soy un favorecido de la Fortuna, y como tal deseo repartir sus beneficios; usted sufre, yo vengo á enjugar su llanto.... pero lea usted, amigo mio, lea usted esa carta, sepamos lo que dice.....

Fernando creia soñar, pero tomó la carta y leyó con temblorosa voz, en tanto que la paloma revoloteaba por la estancia.

## CAPÍTULO VII.

**Continuacion del anterior.**

La pobre Adela habia trasladado al papel todo un poema de amor; la vida, sin Fernando, era la muerte, la luz, tinieblas.... El pensamiento volaba, como la fiel Pitusa, al lado del que idolatraba, al lado de aquel cuya mirada no se confundia con la suya desde aquella noche fatal. ¡Fernando! ¡Fernando! Hé aquí la nota dominante de aquella melancólica y dulce composicion.

Mariano escuchó religiosamente aquellos ayes de amor; aspiró emocionado aquel torrente de pasion.... y acaso imaginaba que su corazón necesitaba para satisfacerse un amor como aquel.

Acabada de leer la carta, Mariano explicó al asombrado jóven que apenas se daba cuenta de aquella situacion, las circunstancias especiales que habian originado su presencia en aquel sitio, y acabó diciendo:

—La tiranía es la peor y mas horrible de las fealdades humanas; el señor de Dávila es un pequeño tirano á quien prometo dar una leccion..... Yo soy poderoso, gra-

cias á la fortuna, si se necesita dinero me sobra, si in-  
vectiva la poseo, si fuerza no me falta, si valor lo tengo  
acreditado.....; amigo mio. estrecho usted mi mano,  
A dela será su esposa.

Era tal su acento de verdad al pronunciar estas frases  
que Fernando le apretó las manos con efusion.

—Si, le creo á usted, dijo:

—Esto me satisface; pero permitame usted que le ha-  
ga algunas preguntas antes de proseguir.

—Puede usted preguntar.

—¿Qué ciudad es esta?

—Valladolid.

—En el caso de que yo no hubiera venido.... que pla-  
nes tenia usted combinados?

—Hace dos años me persigue una idea fija, que jamás  
me hé atrevido á poner en práctica; el tio de Adela es un  
villano muy sagaz.

—¿Fué él quien le arrojó desde la ventana?

—Sí, más despues de una corta lucha.

—¿Fué usted vencido?

—Merced á un puñal que me atravesó el pecho; vea  
usted la cicatriz.

—¿Qué miserable!

—El señor de Dávila tiene interés en que no se case  
su sobrina, puesto que como tutor, es depositario de su  
dote.

—¿A cuánto asciende?

—Dos millones de reales.

—Comprendo su conducta; es un avaro.

—Acertó usted.

—Y bien, ¿cuál era su proyecto?

—Proponerle la fuga.

—¿Hubiera ella aceptado?

—¡Me ama!

Mariano reflexionó un momento.

—¿Qué hora es? preguntó

—Las nueve y media.

—¿Cuánto tarda la paloma en hacer su trayecto?

—Corre diez leguas en hora y media.

—Pues bien, tome usted papel y escriba.

Fernando obedeció sin comprender; pero se sentía arrastrado por una secreta confianza; Mariano le dictó:

Adela mia: ¿Quereis reunirte conmigo? Poseo medios seguros para tu fuga y mañana mismo un sacerdote bendicirá nuestra union; no te admires de nada. Si aceptas mi proposicion, asómate á la ventana y saca un pañuelo blanco en la mano.

En este caso pon entera confianza en la persona que se ha de presentar á ti, él es nuestra providencia; nada temas, pues soy yo el que te lo dice y yo te amo mas que á mi propia existencia.

Si aceptas, dentro de breve tiempo te estrechará contra su corazon tu

FERNANDO.

P. D. ¡Por Dios no temas nada, vida mia, ten valor, ten confianza!

El amante de Adela continuaba sin comprender la idea del que parecía ser su bienhechor, el cual tomó la carta, la sugetó con la cinta que pendía del cuello de la Pitusa, y exclamó:

—Suéltela usted, amigo mio, digala que me guie á la morada de Adela y confie usted en Dios que todo saldrá bien.

Los dos jóvenes se abrazaron con tal cariño que no p parecia sino que eran amigos de la infancia.

—Hasta dentro de tres ó cuatro horas, murmuró Mariano lanzándose al espacio en pos de la paloma; Fernando, á pesar de estar advertido, no fué dueño de contener un grito de espanto, mientras el viajero aéreo se perdía á lo lejos entre los cenicientos vapores.

En poco mas de hora y media llegaron hombre y paloma á la posada del Pavo Real; eran las once de la noche.

Desgraciadamente en la ventana de Adela no habia luz y aparecia completamente cerrada, pero no se apuró por esto el inteligente animal, á quien habria sucedido igual percance en otras ocasiones y comenzó á picotear con fuerza en los cristales.

No pasó un minuto sin que se abriera la ventana y entonces la paloma entró; Adela, que se habia levantado del lecho, encendió una luz y llena de zozobra y angustia desdobló la carta y leyó con azorados ojos su contenido.

Acabada su lectura dirigió una temerosa mirada al pátio, volvió á leer... miró la letra con detenimiento... era la de su amante; él le proponía la fuga... le indicaba la manera de aceptar.... ¿Y bien? ¿Debia de dudar un solo momento? No, tendria valor, su amante la esperaba, pero... ¿quien era ese ser... ese protector que habia de visitarla? ¿De que medios se valdria?

Adela luchó un momento consigo misma, pero al fin se venció y dirigiéndose á la ventana agitó desde ella un pañuelo blanco; despues se retiró al fondo de la habitacion, sin poder contener un temblor convulsivo; la infeliz niña estaba muerta de miedo.

Mariano, que todo lo observaba, no quiso presentarse de repente y acercándose á la ventana, dijo en voz baja:

—Señorita!...

—¿Es usted el enviado de Fernando?

—Sí, ¿puedo entrar?

—Tengo confianza.

Mariano entró en el cuarto fingiendo haber escalado el torreón.

—¿Ha venido él?

—No.

—¿Por qué? ¿Por qué no ha venido... estará enfermo quizás?

—Deseche usted tales ideas; Fernando es feliz por que espera ver á usted muy pronto.

—¿Y mi tío?

—De eso yo me encargo, y aseguro á usted, pobre niña, que mañana tendrá usted su perdon y su beneplácito; pero no perdamos el tiempo, cúbrase usted con algun abrigo y recoja los objetos que desee llevar consigo.

Adela obedeció, y estrajo de un secreter un paquete de cartas.

—Estoy pronta, dijo.

—Preciso es que tenga usted en mi absoluta confianza, y que deseche todos los temores... Para bajar al pátio es preciso correr algun peligro á cuya presencia temblaria usted.

—Y bien, que debo hacer.

—Yo soy fuerte y podré sostenerla con el brazo derecho, mientras con el otro me afianzo á la cuerda; pero en tanto cierre usted los ojos para no ver el abismo. ¡Valor!

Adela hizo lo que se le indicaba y se dejó enlazar por el robusto brazo del jóven, al mismo tiempo que cerraba los ojos; solo el amor era capaz de hacerla tan valerosa.

Mariano saltó á la ventana con su preciosa carga y siguió rápido como el águila á la paloma que parecia dotada de inteligencia, pues emprendió por tercera vez la misma ruta.

Adela se sintió mecer en la atmósfera, pero no podía apreciar su situación; así pasaron algunos minutos, al cabo de los cuales abrió los ojos... Puede el lector adivinar su terror al verse en aquellas alturas; dió un grito y se desmayó, apoyando su linda cabeza sobre el hombro de Mariano.

Este sostenía, no sin algun trabajo, á la jóven y de buen grado se hubiera hecho mas ligero para prestar nueva potencia á su aparato.

De pronto se acordó de un puñado de oro que llevaba en el bolsillo del pantalon; metió en él la mano y arrojó al espacio aquel dinero que al llegar á la tierra fué recogido por un infeliz que corría á suicidarse por falta de recursos...

¡Desdichados los que atentan contra sus dias sin pensar que un minuto mas de vida puede traerles la felicidad!

Poco antes de llegar á Valladolid volvió Adela de su desmayo, el jóven la animó hablándola de Fernando y al descubrir á lo lejos la casa de campo alumbrada por los últimos rayos de la luna, aceleró su movimiento y llegó como una flecha á la ventana, en la cual esperaba Fernando que al besar los labios de su adorada no querría creer en tanta dicha ni encontraba palabras de gratitud hácia su bienhechor que los miraba sonriendo.

—Ahora, amigos míos, dijo, vuelvo á la posada del Pavo Real á arreglar el último negocio; á las primeras horas del dia tendré una entrevista con el Sr. de Dávila

Adela, que miraba á todas partes sorprendida, se sonrojó intensamente al escuchar aquellas palabras. ¿Iba á quedarse sola con Fernando?

Mariano adivinó su delicadeza.

—Nada tema usted, la dijo, dentro de algunas horas

un sacerdote os unirá con lazos indisolubles, pero en tanto su futuro no hará mas que adorarla de rodillas.

Y sin esperar respuesta desapareció por la ventana.

Clareaba la aurora á través de los apiñados vapores cuando en la ventana ó parador del Pavo Real se oyeron gritos, ruido, movimiento de caballerías; todo el mundo habia saltado de la cama preguntándose unos á otros: ¿Qué sucede? Hubo quien gritó: ¡ladrones! y en fin, era tal la confusion que nadie se entendia.

La voz del señor de Dávila dominaba las de todos, diciendo:

—Caballero... armas, no deben estar lejos... Pronto... ¡Voto al demonio!

—¿Pero qué le pasa á usted? preguntaba alarmado el posadero.

—Mi sobrina, mi sobrina que ha sido robada!

—¡Imposible! ¿Y por quién?

—Eso es lo que no tardaremos en saber, imbécil!

—Alguna gente armada se esparció en varias direcciones buscando á los fugitivos, fué advertida la pareja de la guardia civil y se hicieron indagaciones en todas partes; el señor de Dávila se arrancaba los pocos pelos que poseia viendo lo infructuoso de sus pesquisas, cuando se le presentó Mariano.

—¿Estamos solos? preguntó.

—¿Qué quiere usted?

—Dar noticias de Adela.

—¿Usted sabe donde está?

—Yo he sido su raptor.

—¡¡Socorro!! ¡La guardia!

—No grite usted por que nada adelantará... Y yo acostumbro á tirar á las gentes por la ventana cuando no se dan á razones; ya sé que para usted no es nuevo

el procedimiento, pero tengo buenos puños y usted no está armado como aquella noche.

—Eso es una calumnia, una infame calumnia!

—Hablemos con calma y nos entenderemos mejor.

—Diga usted....

—Su sobrina Adela está á estas horas en compañía de Fernando y pronto se casarán, si es que ya no lo han hecho.

—¡Ah pérfida.... desagradecida!

—Paciencia, mi buen señor, no se irrite usted inútilmente y escuche mi proposición.

—¿Qué intenta usted?

—Todo es muy sencillo; Adela está dotada por mi en dos millones; usted se guardará esa cantidad que le pertenece y además puede recrear su vista con estos papeles.....

Mariano tiró sobre una mesa un paquete regular de billetes de cuatro mil reales.

El avaro se abalanzó á ellos, los miró con sus ojillos relucientes, los contó, les dió besos.....

Mariano separaba sus ojos con repugnancia de aquel miserable.

—¿Y qué debo de hacer? Mande usted, jóven.

—Consienta usted en su enlace.

—Consiento.

—Escribalo usted.

El viejo tomó una pluma y un papel, sobre el que trazó algunas líneas que Mariano leyó.

—Está bien, dijo guardando el papel y volviendo las espaldas sin saludar siquiera á su interlocutor.....

Dos horas despues saludaba cordialmente á los jóvenes amantes participándoles el resultado de su entrevista con el señor de Dávila y presentándoles el deseado permiso.

Nuestro héroe se vió agobiado por las muestras de reconocimiento que le daban aquellos dos seres; pero notó en Adela una languidez estremada, su rostro estaba pálido y sus ojos brillantes; sin duda los acontecimientos de aquella noche, tan llena de peripecias, habían dejado huellas en su encantadora fisonomía.

—Supongo, dijo Mariano, que estará todo dispuesto para el matrimonio.

Adela miró á su amante de un modo particular y éste exclamó haciendo un esfuerzo y evitando las miradas de la jóven:

—Nada sabe aun mi familia, que hasta ignora la presencia de Adela en esta casa; pero mas adelante...

—Es preciso no retardar ese asunto, amigo mio; por mi parte estoy contento de haber hecho vuestra felicidad. Ahí tiene usted, Adela, su dote, son tres millones....

Mariano puso sobre la mesa aquella cantidad; la Fortuna no se habia olvidado de él.

Y como el jóven habia terminado ya su voluntaria mision, se despidió de los felices amantes que pugaban por detenerle y desapareció en lontananza ante los asombrados ojos de algunas personas que creyeron, de buena fé, distinguir por los aires una enorme ave de especie desconocida.

Mariano se iba diciendo:

—Comienzo siendo útil á mis semejantes; estoy satisfecho de mi obra.

## CAPÍTULO VIII.

## Ya es algo.

El caminante aéreo siguió breves instantes el curso del río Pisuerga, é inclinándose á la izquierda tomó directamente la direccion del Noroeste; tenia que dar un salto de cuarenta leguas para llegar á Gijon, pero solo debia de emplear dos horas y media á razon de diez y seis leguas por hora.

Bajo sus piés se multiplicaban las ciudades y los pueblos; dejó atrás la provincia de Valladolid; cortó transversalmente el trozo mas occidental de la de Palencia, entró en la de Leon y vió á lo lejos la cordillera Cantabra.

Peró cuando se encontró sobre las fantásticas cimas del puerto de Pajares, que espectáculo mas bello se presentó á sus ojos!

Cansada su vista de contemplar las llanuras amarillas y tristes de Castilla, renació su entusiasmo al admirar el pintoresco panorama con que Astúrias parecia saludarle; vegetacion exuberante, torrentes que se precipi-

tan espumosos por entre las quebradas hendiduras, especie de pasillos que conducen á precipicios á cuyo fondo no alcanza la mirada; picachos que se elevan mas allá de las nubes, como si fueran pedestales para llegar al cielo; bosques sombríos y poéticos, donde las náyades y faúnos de la mitología hubieran colocado su morada.

Mariano acertó la velocidad de su carrera para contemplar estas maravillas, tras de una loma, y atisbando la inocente presa, vió un enorme lobo de aviesa mirada y dientes afilados. Tuvo un pensamiento, se precipitó rápido como el condor y cogiendo con fuerza al carnívoro por la piel del pescuezo, se elevó con él á gran altura desde donde le arrojó sobre una pedregosa montaña.

Pareció quedar satisfecho de su accion, cuando no lejos del lugar donde yacia el inanimado cuerpo de la fiera, vió cuatro lobeznos que se movian pesadamente lanzando débiles aullidos de dolor; sin duda eran los hijos de la loba que acababa de matar.

Mariano voló de aquel sitio con el corazón entristecido. ¿Qué ser es ese que llamamos madre y que aún perteneciendo á la categoria de fiera nos inspira respeto y compasion?

Nuevos y variados panoramas disiparon su melancolía y le hicieron olvidar aquel incidente; atravesó sobre el río Nalon, que va á desaguar no muy lejos de Avilés y meciéndose á gran altura, no tardó en pasar sobre la capital del Principado, desde donde comenzó á distinguir la costa cantábrica, el azulado mar que se extendia de Este á Oeste como una faja inmensa.

Finalmente descubrió el pintoresco puerto de Gijón, villa coquetona, que semeja una voluptuosa ondina que baña sus piés en el oceano.

El viajero descendió á un cuarto de legua escaso de

Gijón, en la carretera de Somió; algunos aldeanos huyeron lanzando gritos de terror y repitiendo las palabras asturianas: «yé el diaño,» (es el diablo.)

Mariano procuró llegar cuanto antes á la villa, llamando lo menos posible la atención; despues de media hora vió la casa en donde habia nacido y pronto estrechó á su madre contra su pecho; aquel dulce momento no le hubiera cambiado por todos los favores de la Fortuna, por todos los honores humanos; su celebridad, sus triunfos, su porvenir... todo lo olvidaba leyendo en los ojos de su madre un amor infinito, como sólo las madres saben prodigar á los hijos de sus entrañas....

Pasados los primeros transportes, Mariano contó á su madre la historia detallada de todos los acontecimientos porque habia pasado en aquellos últimos dias; luego la condujo á un balcon que caia no lejos de la playa.

—¿Ves ese mar, la dijo, esa inmensidad de agua que se pierde á nuestras miradas? ¿Ves esa atmósfera azulada y transparente que envuelve nuestro planeta? ¿Ves, en fin, esa tierra fértil de Astúrias, esas bellísimas alquerías, esas deliciosas vegas? Estiende tu vista á todas partes, madre mia, dime que ambicionas; á una palabra, á un movimiento tuyo te haré Reina de ese mar, de ese aire, de esa tierra..... Todo es para ti.... ¡nadie podrá igualarte en poderio!

—Tengo miedo..... miedo, decia la madre mirando á su hijo; Mariano, no seas ambicioso, conténtate con mi cariño y con tu antigua situacion mediana; despide á la Fortuna, mira que ella no es la felicidad.

—¡Cómo! madre mia; cuando poseo medios para *ser algo*, es decir, para ser poderoso, célebre, inmortal; cuando puedo ponerlo todo á tus piés ¿me dices que rechace á la Fortuna?

—No eras *algo* ántes de ahora?  
 —No; era una vulgaridad, una insignificancia, un sér que pasaba desapercibido en el mundo en que vivia, una gota de agua en el oceano de la humanidad.

La madre bajaba la cabeza tristemente.

—Yo siempre soñé con gloria, con riquezas, con amor: y ahora que veo realizados mis sueños, ¿quieres que me confunda con el mundo? ¿qué renuncié á lo que más he ambicionado?

La pobre mujer callaba siempre; pero su hijo no estaba dispuesto á retroceder una vez emprendida la senda de la gloria; la descubrió sus proyectos; quiso hacerla participe de sus ideas y concluyó suplicándola que le acompañara á Madrid; su madre le rogó que la dejara permanecer en Gijón, de donde no pensaba salir; le hizo mil reflexiones, le aseguró que seria dichosa con su celebridad y que si marchaba á Madrid presentia muchas penas; pero Mariano fué inflexible y se empeñó en salirse con la suya, lo que consiguió enteramente. ¿Qué cosa se le pedirá á una madre que ésta niegue á los hijos?

El futuro génio colosal que habia de admirar al mundo, se apresuró á hacer sus preparativos; dispuso un tren especial en el que podria su madre hacer el viaje cómodamente, y dos dias despues se instalaban ambos en un suntuoso palacio de la Castellana, que no costó á Mariano menos de veinte millones de reales.

Sepamos lo que habia pasado en Madrid, durante el viaje de Mariano por los aires.

Dejamos á sus amigos mudos de asombro, estáticos, sin atreverse á creer lo que tenian ante sus ojos; la risa siguió al desgraciado accidente de Morau; la admiracion, casi podemos decir el terror al espectáculo inver-

simil con que les obsequió Mariano. ¡Un hombre que vuela... que desaparece perdido en las altas regiones de la atmósfera!

Desde Montgolfier á nuestros días, todo el mundo se acostumbra á los globos, el número de aereonautas es prodigioso, las escursiones aéreas no son una novedad; pero elevarse sin auxilio de globo...

Esto solo se ve en las novelas de Julio Verne.

A las dos horas de este acontecimiento, Madrid entero estaba al corriente de él; unos lo creyeron, otros no; pero á estos últimos no pertenecian los que le habian visto ascender, excepcion hecha del aragonés, primo de Morau, que aseguraba que todo era una *filfa*, una trampa.

Pero habia un dato en que se apoyaban los crédulos, y era el siguiente:

El inventor se llamaba Mariano Sanchez y vivia en la casa núm. 15 de la calle de San Sebastian, piso entresuelo... y la portera, encargada de servirle la comida, no le habia vuelto á ver desde el memorable dia.

Con esta curiosidad general, la porteria era un continuo jubileo; todo el mundo, amigos y desconocidos venian á preguntar por el jóven hasta el punto de que la portera tuvo á bien, á fin de no verse tan molestada, poner un targeton en la puerta con letras de medio metro, que decian:

*El señor don Mariano Sanchez no está en casa.*

La prensa tomó tambien carta en el asunto y un periódico jocoso, de esos que nunca faltan en Madrid, insertó en la seccion de *partes telegráficas*, el siguiente:

«Londres...

Mr. Stffar, individuo del Observatorio astronómico, explorando con su magnífico telescopio las cercanias

de Tycho (1) le llamó la atención cierto bulto, de pequeñísimas dimensiones, que se movía sobre la superficie de nuestro satélite; fijando más su atención, se convenció de que aquel bulto no era otra cosa que un ser humano, y dados los antecedentes y noticias que se nos han remitido desde Madrid últimamente, no sería aventurado suponer que ese individuo que se paseaba tranquilamente entre los cráteres y ranuras salenitas, no es otro que el ya célebre D. Mariano Sanchez; su presencia en aquel lugar es la mejor prueba de que existe una atmósfera baja en la Luna; pero siempre será un misterio, á menos que el Sr. Sanchez no vuelva á la tierra para ilustrarnos sobre tan importante asunto, de qué medios se sirvió para recorrer aquellas noventa y seis mil leguas de espacio privado de aire respirable.»

Los fotografías se apresuraron á reproducir la imagen del inventor y en dos días se vendieron más de cuarenta mil copias; en una palabra, Mariano llegó á ser popular y su nombre, según él ambicionaba, se repitió de boca en boca.

Por fin se supo que el héroe estaba en Madrid, pero que había trasladado su residencia á un palacio del paseo de la Castellana; de modo que Mariano vió de pronto su domicilio completamente rodeado por una muchedumbre inmensa que le aclamaba sin cesar.

El señor ministro de Fomento, que lo era entonces don Pancracio Jeringuilla, que no nos dejará mentir, tuvo á bien personarse en el palacio de Sanchez, á quien hizo una afectuosísima visita y habló en nombre del pueblo de Madrid que estaba deseoso, según él, de presenciar una prueba de su aparato.

Nuestro jóven prometió dar gusto á todo el mundo, y

---

(1) Montaña de la Luna.

por último se vió libre de importunos, delante de los cuales tenia que presentarse sereno é indiferente cuando la alegría le rebosaba en el semblante; ya solo se arrojó en brazos de su madre diciendo:

—¡Soy feliz.... feliz!

Pero la pobre anciana seguia pensativa.

Pasaron algunos dias; Mariano demostró al pueblo de Madrid la facilidad con que su aparato le trasportaba de un lado á otro; todos quedaron satisfechos.

Pero el ambicioso jóven queria mucho mas y como favorecido siempre de la Fortuna, consiguió todo lo que se propuso.

Fué diputado á córtes y asombró, cual otro Castelar, con su palabra elocuente; tuvo un duelo con un inglés, un espadachin que quiso tener la honra de morir á manos de Sanchez, lo que consiguió; su inmensa fortuna le permitia lucir espléndidos trenes y sin descuidar el adelanto de su pátria construyó una estensa red de ferro-carriles en toda España, empezando por la del Noroeste, cuya construccion parecia eternizarse; abrió anchos canales de riego que fertilizaron las estériles llanuras de la mancha y otras provincias ántes olvidadas, proyectó y llevó á cabo la construccion de puertos de mar y pagó los gastos para la adquisicion de ocho hermosos buques acorazados para defensa del pabellon español; compró el Peñon de Gibraltar y volvió al dominio de España algunas repúblicas americanas.

Inútil nos parece decir que el Gobierno recompensó servicios tan importantes condecorándole con grandes cruces y dándole el titulo de Grande de España y otros muchos honores; en fin, cuando vió que por cualquier parte que fuera se le saludaba con respeto; cuando observó que las más insignificantes de sus palabras se

repetían como sentencias; que la curiosidad llevaba á su palacio personajes de todas las naciones del mundo; cuando se convenció, en fin, de que no era una vulgaridad..... entonces respiró con toda la fuerza de sus pulmones, diciendo:

—¡Gracias al cielo que *soy algo!*

## CAPÍTULO IX.

**La reunion de la señora de Zoya.**

Una tarde hermosísima de primavera, paseaba Mariano con su amigo Arturo por una de las avenidas del Retiro.

—¿Crearás que soy del todo feliz? dijo, parándose de repente y como contestando á sus propios pensamientos; te figuras sin duda que he llegado al pináculo de la dicha y te engañas; *busco algo...*

—Siempre esa palabra!

—Algo que no encuentro, dijo Mariano concluyendo la frase.

—¡Pardiez! Desea una cosa y la verás cumplida. ¿No eres el mimado de la fortuna?

—En efecto, nadie tiene menos derecho que yo á quejarse... pero con todo, no he podido inspirar un amor como el que en mis sueños he dado forma.

—Debo de creer al escucharte, ó que eres ciego como el niño tras del que corres, ó que tu ideal no es una cosa de este mundo.

—No te comprendo.

—Deseas ser amado, pues bien... no una, cincuenta, ciento, mil mujeres se disputan una mirada tuya; concédelas esa mirada y las verás rendidas; pero amigo mio, desde que eres un génio te das cierto aire de Sultan aburrido... miras al bello sexo por encima del hombro y te haces un interesante exagerado.

—¿De veras?

—Además, recuerdo que antes de tu época de gloria galanteabas á la señorita de Clota... á Regina... ya recordarás...

Mariano al oír pronunciar este nombre, bajó los ojos disgustado de sí mismo; aquel recuerdo le hacia daño.. Pero deseaba inspirar una pasion enloquecedora; él estaba seguro de que Regina continuaba amándole, nada mas que como ella sabia amar y quizás de la manera que se hace una sola vez en la vida.

¡Pobre muchacha! ¿Cómo levantar sus ojos hasta aquel génio poderoso que lograba llamar la atencion del mundo entero?

Sin duda que ella pensaria: «Mientras se llamaba Mariano Sanchez creo que me amaba, porque yo era igual á él; pero desde aquella noche en que adivinó que habia de llamarse el eminente, el célebre; el inmortal.... se olvidó de mí, ¿qué soy yó mas que una pobre mujer que sufre en silencio?

Nosotros que penetramos en el pensamiento de Mariano debemos decir que Regina no estaba completamente olvidada; trataba, sí, de separarle de su memoria, pero no lo conseguía..... Muchas veces su imágen modesta y tímida se presentaba antesus ojos y la conciencia le gritaba: ¡Eres un ingrato!

Pero la conciencia es una serpiente que hay que ahogar, porque sino es ella la que ahoga; Mariano lo sabia

y buscaba una mujer de fuego que le hiciera olvidar aquella niña de nieve incapaz de dececirle: «Me muero por ti...»

Todos estos pensamientos pasaron en algunos segundos por el cerebro de Mariano, el cual haciendo un esfuerzo salió de su abstraccion preguntando á su amigo:

—¿Y te figuras que esas mujeres de que me hablas sienten por mí un amor verdadero?

—En cuanto á Regina....

—¡Por Belcebú! ¿Quién habla ahora de esa? Me refiero á las otras....

—¡Ah! Perdona....

—Desengáñate, amigo mio, no buscan mi omor, sino un reflejo de mi celebridad; no los méritos de mi persona, sino mis riquezas, son ambiciosas, egoistas que esperan la satisfaccion de su nécio orgullo.

—Quizás tengas razon.

—La tengo sin disputa; pero se me ocurre una excelente idea.

—Sepamos.

—Probaré si en efecto soy capaz de inspirar una verdadera pasion; me despojaré de esta brillante aureola que me sigue por todas partes; me disfrazaré de desgraciado, seré un cualquiera.... y gracias á mi incógnito sabré la verdad....

—No me disgusta el pensamiento.

—Tiene atractivo por lo ménos.

—Si quieres, podemos inaugurar mañana nuestras tareas.

—Aprobado... ¿y cómo nos arreglaremos?

—Empezando por desfigurar tu fisonomia; tienes el pelo castaño.... una peluca negra llena el objeto; alguna sombra en la cara, las cejas teñidas; hay que tener

en cuenta que tu retrato le tienen hasta los chiquillo de la calle.....

—¿Y después de tomar esas precauciones?

—Yo conozco á un jóven comerciante al que te presentaré como un simple particular; él nos llevará á una reunion de la clase media, de que varias veces le he oido hablar.

—¡Soberbio! Quedamos, pues, convenidos en que me presentarás á.....

—Manolito Rascon.

Contentos después de su decision pasaron media hora mas; subieron al coche y comieron juntos aquella tarde, hablando sin cesar de su proyecto.

Al dia siguiente Arturo cumplió su palabra é hizo la presentacion; dos dias después entraban en la nueva sociedad.

La reunion se verificaba todos los domingos en casa de la viuda de Zoya, cuyo domicilio estaba situado en un piso segundo de la calle de Leganitos.

Concurria allí toda clase de gentes, pero abundaban los empleados, algun estudiante de último año, militares de poca graduacion y algun que otro zurupeto trasnochado.

El bello sexo estaba en mayoria; veíanse algunas fisonomias agraciadas y mas de una alumna del Conservatorio, pizpireta y descarada, que llevaba el alta y baja de las noticias de sensacion.

La señora de Zoya obsequiaba á sus comensales con sendos vasos de agua y azucarillos; hablaba con todos á la vez, obligaba á cantar á la que presumia saber y se deleitaba sobre todo cuando algun poctastro salía al centro del salon para leer unos versos, que todos solian concluir de este modo:

...y en sus brazos amorosos  
hallé yo un mágico eden!

Entre todas las jóvenes que vió Mariano en aquella casa, le llamó la atención una en cuya fisonomía se retrataba algún oculto pesar; sus ojos eran bellísimos, pero impregnados de tristeza; cuando le dirigian la palabra contestaba brevemente, haciendo asomar á sus lábios una amarga sonrisa. ¿Por qué si era desgraciada venia á aquel lugar en donde todos buscan la diversion?

Esto es lo que no sabia Mariano y para salir de dudas se acercó al joven que le habia presentado.

—¿Conoce usted á aquella señorita? le dijo.

—¿Irene?

—Ignoro si será ese su nombre; me refiero á esa que parece tan triste.

—Sí, es la misma; Irene.

—Debe de tener un carácter sombrío.

—Por el contrario, le tiene jovial y es muy expansiva, pero ahora sufre....

—¿Por qué viene entonces al baile?

—Su padre la obliga.

—¿Su padre! ¿Y está aquí?

—Sí; es aquel caballero alto que está al lado de la puerta.

En aquel momento se oyó un murmullo entre la concurrencia; muchas cabezas se inclinaron mostrando curiosidad, los jóvenes se amontonaron en la puerta; pero Mariano sin fijarse en aquel movimiento continuó preguntando:

—¿Por qué la obliga á venir?

—¡Ah! Es muy largo de contar; pero dispense usted caballero, creo que ha llegado ya.....

—¿Quién?

—La Condesa.

—¿Qué Condessa?

—¿No sabe usted nada? Hoy deberá venir la jóven Condessa de Franc... es una mujer bellisima...

—Pero bien, Irene....

—Perdone usted, amigo mio, voy á tener el honor de saludar á la Condessa, dijo el comerciante marchando á esperar, lleno de fatuidad, á que le tocara el turno para dar la mano á la recién llegada.

Mariano maldijo la pedantería de Rascon, que le dejaba con gran curiosidad de saber quien era aquella jóven que parecia tan desgraciada y buscó á su amigo Arturo.

—¿Has visto? le dijo este; la llegada de la Condessa ha producido aquí una verdadera revolucion.

—¿La conoces? preguntó Mariano algo alarmado.

—No, pero confieso que he encontrado pocas mujeres tan seductoras.

—¿De veras? dijo Mariano distraido.

—Puedes juzgar por tí mismo.

—En efecto.... es hermosisima.

—¡Que mirada mas penetrante! Son los suyos unos ojos que dicen «quiero» y todo lo pueden.

—Te entusiasmas, amigo mio, pero.... ¿á que viene aquí esa muger?

—¡Buena pregunta! Será amiga de la señora de Zoya.

—¿Y será una condessa.... de veras?

—Eso está por averiguar.

En tanto, la titulada Condessa, libre ya de tanto cumplimiento, logró encontrar una silla no lejos de donde estaba Irene; un aficionado se puso al piano haciendo oír los acordes de una mazurka, y los bailarines se encontraron en el pleno uso de sus facultades, como aprovechados discipulos de Tersipcore.

Mariano se acercó á Irene y al pasar por delante de la Condesa, esta le dirigió una mirada particular, mitad admiracion, mitad fuego.

Mariano no pudo menos de convenir consigo mismo en que aquella muger era seductora y se fijó un momento en ella.

Un poco gruesa, pero admirablemente formada, ojos y pelo negros, sonrisa perpétua en unos lábios frescos y rosados, manos blancas y finas y un pié chiquito, que asomaba coquetonamente por debajo de una tentadora enagua.

Un *no sé qué* en su frente despejada y en su entrecejo hacian adivinar una mujer de talento no vulgar y de grandes recursos, añadiéndose á esta circunstancia unos modales distinguidos y una perfecta amabilidad para con todos que le dirigian la palabra.

La condesa siguió con la vista á Mariano, que se acercó á Irene invitándola á bailar, lo cual rehusó la jóven modestamente dando las gracias por aquel favor; ya presumia nuestro héroe este resultado, pero deseoso de hablarla usó de aquel ardid.

—¿Por qué no invita usted á sus amigas? preguntó.

Irene se puso colorada al decir:

—No es que no la desce, sino que he llegado á conocer que me fatigo con facilidad.

—De todos modos parece usted preocupada, triste....

Iba á contestar Irene y se detuvo al ver acercarse á ella un caballero.

—¿Por qué no bailas? la dijo secamente.

—Pero papá.....

—Ya te he dicho que me disgusta tu conducta; quiero que te diviertas, que hables, que te rias como yes que hacen todas las jóvenes de tu edad. ¡Pardiez! A menos que no quieras encerrarte en un claustro!

A Mariano le parecieron bastante bruscas las palabras de aquel caballero, que tan mal usó hacia de sus derechos de padre, y por no disgustarse se retiró después de saludar con un movimiento de cabeza á la jóven.

La condesa ya no estaba en el mismo sitio donde la habia dejado; bailaba con una especie de coloso, torpe y pacienzudo que la arrastraba de un lado á otro sin compás ni regla alguna; ella se reía de todo corazón y se dejaba llevar alegremente.

Mariano no pudo menos de sonreír y en una de las vueltas se encontraron segunda vez sus miradas; Arturo le tocó en el hombro.

—¿Que has hablado con aquella jóven?

—Casi nada.

—¿No quiere bailar?

—No, pero su padre la obligará contra su voluntad.

¿Y que sabes tú de la condesa?

—Su nombre, su posición social...

—¡Hola!

—Se llama Romana, es huérfana de padre y madre y vive en compañía de un primo...

—¡Qué dices!

—No te asustes; su primo, el baron de Rosela, es un viejo que la sirve de administrador y que da representación á su casa.

—Estás bien enterado.

—Es andaluza y al parecer inconquistable; segun he podido colegir es una mujer estraña, quemá con los ojos y hiela con la palabra; nadie ha podido oír de sus labios un «te quiero.»

—No es lo que busco, pensó Mariano.

—Pero plazas más fuertes se han rendido, añadió Arturo enfáticamente.

—¿Piensas conquistarla?

—Me seduce esa idea.

Acercóse Rascon á los dos amigos.

—¿Qué tal? exclamó alegremente; no me negarán que la nueva presentada es una encantadora criatura.

—En efecto, sí, dijo Mariano dirigiendo una ojeada á Irene; Rascon siguió la direccion de sus ojos y se sonrió picarescamente.

—Parece que se toma usted mucho interés por Irene.

—¿Cree usted eso?

—Es fácil de adivinar, pero tengo el disgusto de anunciarle que aquel corazon tiene ya dueño.

—Puede ser.

—Es cierto; bien que si las cosas no varian me parece que el señor Ferran no la hará feliz.

—¿Quién es el señor Ferran?

—Su padre.

—Ah! El padre de Irene.

—Sí; la pobre muchacha tenia un nóvio, un honrado sugeto, grabador inteligente; los jóvenes se amaban con todo su corazon, pero de repente el señor Ferran prohibió á su hija hablar con Valentin, que así se llama el nóvio, precisamente cuando se iba á tratar ya del matrimonio.

—¿Y Valentin que hizo?

—Puede usted figurarse, está desesperado; quiso hablar con el padre de la muchacha, pero sus amigos le quitaron tal idea de la cabeza, porque Ferran no tiene nada de amable.... Pero dispense usted, están tocando un vals y le tengo pedido á la Condesa.... hasta luego.

Arturo tomó del brazo á su amigo y le condujo á un gabinete, donde se pusieron á fumar un cigarro.

—¿Que te parece de esto? preguntó Mariano.

—Que es enloquecedora esa muger.

—Quien... Irene?

—No, la otra.

—¿De quien hablas?

—De Romana, así me figuraba yo que era mi vecina, ya sabes, la de Pozuelo.

—¡Bah! Yo me refiero á esa interesante jóven de que nos acaba de hablar Rascon; tengo deseos de conocer por completo esa historia.

—¡Divina! Y sobre todo que ojos!

—Estás insoportable con tu Condesa.

—Es que... casi estoy por enamorarme.

—Mal hecho, quizás sea una aventurera.

—Mejor, repuso cínicamente Arturo; por de pronto la invitaré para el otro baile.

Callaron y á los pocos momentos entró en el gabinete Rascon.

—Me he vuelto loco buscando á ustedes por todas partes, la Condesa ha dado conmigo algunas vueltas de vals... ¡qué vueltas! En fin, me aseguró que la dolía un pié y ha vuelto á sentarse... y luego me ha hecho una pregunta que concierne á uno de ustedes.

—¿A mí? preguntó con precipitación Arturo.

Rascon movió la cabeza negativamente, señalando con un dedo á Mariano.

—A usted, dijo.

—Una pregunta, exclamó el jóven tratando de ocultar su turbacion, pues temia haber sido reconocido á pesar de la artistica peluca negra.

—Si, continuó el comerciante, me preguntó su nombre.

—Y qué le contestó usted?

—La verdad, que se llamaba Luis Ortego; pues con ese nombre, si mal no recuerdo, le presenté á usted Arturo.

—En efecto. . . y ella que dijo?

—Bajó la cabeza como tratando de reunir sus recuerdos y luego se sonrió diciendo que le habia confundido con otro á quien se parecia usted.

Mariano respiró al saber que no habia sido descubierto y giró luego la conversacion sobre asuntos indiferentes.

## CAPÍTULO X.

### Todo por una madre.

Duró el baile hasta la una de la noche y Arturo no desperdició ocasión de entablar relaciones con la Gorda. Bailó con ella; alabó el buen gusto de su tocado y sobre todo el brillo de sus ojos, recibiendo en pago de la graciosa morena un número bastante considerable de sonrisas con las que lucía la placera de sus compañeras. Arturo estaba fascinado y pidió permiso para acompañar hasta su casa á la bella romana; el baron de Rosela encontró muy simpático al nuevo amigo.

Mariano recibió las escusas de Arturo por su abandono y se retiró una hora antes de terminada la tertulia; en coche le esperaba en la plaza de Santo Domingo.

Así á tomar asiento en el carruaje llegó á sus oídos un apurado acento:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Ardió presuroso hacia el lugar de donde venia aquella voz y encontró una pobre mujer que se retorcia en el suelo, presa de un fuerte accidente; llamó al

## CAPÍTULO X.

**Todo por una madre.**

Duró el baile hasta la una de la noche y Arturo no desperdició ocasión de entablar relaciones con la Condesita, bailó con ella, alabó el buen gusto de su tocado y sobre todo el brillo de sus ojos, recibiendo en pago de la graciosa morena un número bastante considerable de sonrisas, con las que lucia la blancura de sus dientes. Arturo estaba fascinado y pidió permiso para acompañar hasta su casa á la bella Romana; el baron de Rosela encontró muy simpático al nuevo amigo.

Mariano recibió las excusas de Arturo por su abandono y se retiró una hora antes de terminada la reunion; su coche le esperaba en la plaza de Santo Domingo.

Iba á tomar asiento en él cuando llegó á sus oídos un apagado acento:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Acudió presuroso hácia el lugar de donde venia aquella voz y encontró una pobre mujer que se retorcia en el suelo, presa de un fuerte accidente; llamó al

lacayo y ambos prodigaron sus cuidados á aquella infeliz.

Al cabo de diez minutos cesó el ataque, pero la enferma se encontraba sin fuerzas para continuar su camino; el jóven la condujo hasta su coche, donde la hizo entrar, y ordenó al cochero que la condujera hasta su casa.

Mariano se dirigió lentamente hácia la Fuente Castellana, pero aquella noche lo era de aventuras.

Al cruzar por los jardines de Recoletos observó un individuo que trataba de cortarle la retirada; lo consiguió, y poniéndole una pistola al pecho, dijo con voz tartamuda:

—¡Dinero!.....

Mariano miró lleno de asombro al que así le hablaba; era un jóven vestido decentemente, aún cuando se notara á la luz de los faroles que aquella ropa era reluciente de tan usada; Mariano se hallaba completamente desprevenido y tuvo impulsos de arrojarle sobre aquel miserable, pero se contuvo, el cañon de la pistola apuntaba á su corazon y.... ¡le era tan preciosa la vida!

Ser poderoso, rico, célebre.... y dejarse matar de aquella manera, perder la existencia por un puñado de oro, á él que tanto le sobraba....

Metió la mano en el bolsillo y sacó un portamonedas.

—Toma... y déjame en paz, dijo.

El ladron tomó el bolsillo repleto de oro, le abrió, metió en él sus dedos y sacó una moneda de plata, la única que habia de este metal; despues devolvió el bolsillo y se alejó precipitadamente sin mirar hácia atrás.

Mariano se quedó estupefacto ante aquella accion; por cierto que habia dado con un género de ladrones desconocido hasta el dia.

Pero aquello ¿qué significaba?

Siguió con la vista al jóven de la pistola y le vió alejarse hacia el salon del Prado.

—Sabré quién es, se dijo emprendiendo la persecucion, este hombre no es ladrón, su voz temblaba al pedirme el dinero, y además... ¿quién sabe el misterioso secreto que se encierra en esa accion incomprensible?

El presunto ratero se metió por la calle del Sordo, sin ocurrirsele siquiera una vez volver la cabeza; llegó á una puerta cerrada y la golpeó fuertemente con el puño; era una farmacia.

Un jóven asomó la cabeza por un ventanillo.

—¿Qué se ofrece? preguntó.

—Abra usted pronto.

—Necesito saber quien es usted.

—Una persona que desea comprar un medicamento.

—No son horas de despacho.

El ventanillo se cerró, el jóven tomó una enorme piedra y golpeó la puerta con ella, hasta el punto de hacer crujir los goznes.

El ventanillo volvió á abrirse.

—Llamaré á la guardia.

—Y yo, si no abre usted la botica... prenderé fuego á la casa, ¡voto á mil demonios!

Y siguió dando porrazos á la puerta; el manco de la botica tuvo á bien bajar y abrir.

El jóven entró, y á poco rato, Mariano, que lo observaba todo desde el umbral de una puerta, le vió salir con un frasco en la mano, con el que corrió calle arriba hasta detenerse ante una casa de pobre aspecto; el portal estaba abierto y el jóven desapareció en la oscuridad.

Mariano le siguió sigilosamente á tientas, pues la

oscuridad era completa y solo se guiaba por el ruido que producian los pasos del jóven, que continuaba sin vacilar, por que, á no dudarlo, aquel lugar le era muy conocido; salió á un patio irregular y empujando una puerta que se veía á mano derecha entró, cerrando tras sí.

El espionage terminaba allí donde el espiado desaparecia de la escena introduciéndose en su casa; Mariano reflexionó un momento, pero vencido por la curiosidad y presintiendo que aquello tal vez le proporcionaria ocasion de favorecer á un semejante suyo, lo cual era su norma constante, se atrevió á llamar delicadamente en la puerta:

Oyóse rumor de pasos y apareció en el umbral el jóven, con una luz en la mano.

—¿Qué desea usted, caballero? preguntó; pero al fijarse en la fisonomía de Mariano, una palidez mate se estendió por su cara y retrocedió lleno de confusion y vergüenza; habia reconocido al robado.

Este se descubrió, diciendo con perfecta politica:

—Perdone usted si vengo á su casa á una hora intempestiva.

—Pero usted es..... es; murmuró el jóven lleno de terror sin atreverse á concluir la frase.

—Solo soy una persona que desea ser amigo de usted ¿podré tener esa dicha?

El interpelado se pasó la mano por la freute empapada en frio sudor; luego saliendo de su quietismo dejó paso al visitante, exclamando á media voz:

—Pase usted.

Mariano siguió por un estrecho pasillo y se encontró en una sala pequeña y pobrisimamente decorada; el jóven dejó la luz sobre una mesa y ofreciéndole una

silla, se quedó él de pié y con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Mariano ántes de sentarse se acercó á la mesa donde vió una pistola y la examinó; estaba descargada.

—Hé aquí un arma tan inútil como un pedazo de madera.

Y como el jóven le mirara asombrado, añadió sentándose cómodamente:

—Es preciso hablar con claridad, usted no es un malhechor; yo me precio de conocer las fisonomías y la suya me dice que tengo ante mi una persona honrada; ¿me engaño?

El jóven desgraciado, pues debia de serlo, se arrojó impetuosamente en brazos de Mariano.

—Si, lo soy..... pero ¿qué pensará usted de mí?

—Ya sabe usted mi opinion; ahora bien, ¿puedo aminorar su desdicha? ¿puedo servirle de consuelo?

—Siempre es un consuelo encontrar una persona á quien hacer oír el relato de nuestras desventuras; además yo le debo una explicacion para vindicar mi conducta, quizás usted sabrá perdonarme y aceptar mi pobre amistad. Pero dispense usted que le abandone por un momento; en esa habitacion contigua hay un ser que necesita de mis cuidados; pronto vuelvo.

Mariano se encontró solo y pudo examinar mejor el sitio en que se encontraba; dijimos ántes que el mueblage de la sala le habia parecido muy pobre y en efecto; una mesa de nogal, algunas sillas de paja, un trozo de espejo en la pared y un jiron de estera en el suelo; hé aquí el mobiliario; aquello más que pobreza era miseria.

El jóven volvió á los pocos momentos y tomó asiento al lado de Mariano, quedándose desde luego sumergido en la meditacion de la que se arrancó exclamando:

—Yo era feliz hace tres meses; poseía un capital de cuatro mil duros, el amor de una joven que iba á ser mi esposa, y además mi madre que era tambien dichosa con mi felicidad.

Hace cuatro años conoci á una joven bella como un rayo de luna y pura como la sonrisa de un niño; nos entendimos con la mirada y llegamos á amarnos con delirio sin pensar en los obstáculos que podrian atravesarse en el camino de nuestras ilusiones. Yo era pobre y el padre de mi adorada es un hombre frio y reservado, cuyo corazon jamás se ha enternecido á la vista de una desgracia; calculador y franco hasta la groseria en todo lo que se refiere á intereses, me dijo en cierta ocasion: «Usted ama á mi hija, lo sé, pero ¿con qué fortuna cuenta para mantenerla?—Soy grabador, le dije.—¡Grabador! bonito patrimonio. ¿mi hija tiene una dote de ocho mil duros, reuna usted otro tanto y hablaremos.

No quise saber más; desde aquel dia trabajé con ahinco; no rehusé ningun trabajo; consumí noches enteras con el buril en la mano sin escuchar las súplicas de mi madre, que me aseguraba que acabaría por perder la vista; pero á mi me arrastraba la esperanza y me decia interiormente: «por ella, todo por ella.»

Así se fué pasando el tiempo; cuando me encontré dueño de cuatro mil duros me atreví á presentarme al padre de mi amada; habia experimentado ésto pérdidas en su fortuna y consintió en ser mi suegro por la mitad del precio estipulado.

Yo era el hombre mas feliz de la tierra; nuestro matrimonio estaba aplazado hasta principios del año próximo; todos los dias iba á ver á mi futura y leia en sus ojos todo un poema de amor; las horas á su lado me parecia que duraban lo que un rápido suspiro.

Pero una tarde mi madre fué atacada de una terrible

enfermedad; corri en busca del médico el cual movió tristemente la cabeza al ver á la enferma; yo no me atrevia á hacer ninguna pregunta... temblaba como una planta seca azotada por el viento; el médico se marchó sin atreverse á decir una palabra. Sacudí mi inercia y llamé en socorro de mi madre á todo el proto-medicato de Madrid; convinieron en que la enfermedad era mortal... ¿Pero no hay un remedio...? La junta se disolvió sin haber podido adelantar un paso para curar aquella enfermedad desconocida y terrible... yo creí volverme loco.

Al dia siguiente mi madre estaba casi en la agonía; algunas vecinas caritativas se ofrecieron á socorrerme y yo con la cabeza entre las manos era presa de mi desesperacion.

Senti que me tocaban en el hombro; y al levantar los ojos vi delante de mí un viejo, vestido con un gran leviton.—¿Qué quiere usted? le dije.—Curar, si usted lo desea, á su señora madre.—¿Cómo que lo deseo! pase usted, caballero, no se defenga... está esperando.—Poco á poco; á mí me gustan las cosas formales; yo podré curar á la enferma, si lo consigo me pagará usted cuatro mil duros, si no lo consigo, ni un ochavo.

Un pensamiento cruzó por mi imaginacion como un hierro candente. Cuatro mil duros... el precio de mi felicidad, sin ellos *ella* seria de otro, pero con ellos salvaba la vida de mi madre. ¡Ah, caballero! La vida de una madre! Apenas dudé un segundo, tomé por un brazo al anciano y le arrastré á la alcoba, diciendo:—Si... tendrá usted los cuatro mil duros...—¿Dónde están? preguntó aquel hombre de hielo. Corrí á mi secreter y saqué un paquete de billetes de Banco que puse sobre la mesa.—Salve usted á mi madre y luego llévase usted *eso*... dije sin poder contener las lágrimas.

El viejo se decidió á entrar en la alcoba de mi madre, tomóla el pulso, la auscultó, examinó el color de sus encías y despues de hacerme infinidad de preguntas, estendió una receta.

A los cuatro dias mi madre estaba fuera de peligro, aun que no completamente buena; por el contrario una recaída hubiera sido fatal y era preciso obrar con una prudencia ilimitada.

Una noche el anciano médico se embolsó los cuatro mil duros y me dejó una nueva receta diciendo:—Cada dos dias medio vaso de esta disolucion.

Quedé solo y pobre, pero al lado de mi madre que aún ignora lo que sucede; me acordé de mi amada y corrí á su casa; traté de enternecer á aquel hombre bárbaro con la relacion de mis desgracias... ¡inútil tarea! Sin los ochenta mil reales yo era en aquella casa un extraño y fui despedido de ella; mi madre tan solo pudo evitar que yo cometiera un suicidio.

Las cosas desde entonces fueron cada vez peor; mi vista cansada no sabia dirigir la mano torpe, casi me era imposible hacer el mas pequeño trabajo; la medicina que debia de tomar mi madre cada dos dias era cara, no costaba menos de veinte reales; recurri á los amigos... todos me volvieron las espaldas; tomé los pocos objetos de valor que poseía y los empené, otros los vendi; por último llegué á encontrarme cara á cara con la miseria, llegó un dia en que no tuve dinero para comprar la medicina para mi madre y su salud se quebrantó nuevamente; pasaron ocho dias... mi madre empeoraba, los editores no querian servirse de mis trabajos que juzgaban imperfectos..... sin recursos..... viendo languidecer á mi madre..... ¿qué hubiera hecho otro? No me quedaba otro camino y... robé!!

—No... no robó usted, exclamó Mariano abrazando

al desdichado jóven y vertiendo sobre su frente compasivas lágrimas; el amor de una madre, todo .. todo lo disculpa.

Callaron un momento; solo se oía la entrecortada respiracion de ambos jóvenes, que desde aquella noche se habian de unir por lazos de eterna simpatía.

Mariano fué el primero que rompió el silencio.

—Voy á suplicar á usted un favor, dijo, acepte usted este bolsillo.

El jóven bajó la cabeza avergonzado y rechazó el donativo.

—Ese dinero, murmuró, no lo he ganado; luego no me pertenece.

—Es para su madre.....

—Moriré á su lado trabajando; Dios me dará fuerzas para ello y para olvidar la punible accion de esta noche.

No quiso nuestro héroe insistir y respetó aquella delicadeza, pero preguntó:

—¿Podré saber su nombre de usted?

—Valentin Robés.

—¡Valentin! espere usted un poco, dijo Mariano queriendo recordar.

—¿Acaso ha oido usted hablar de mí.

—Sería casualidad; su amada de usted se llama Irene?

—Sí, contestó muy admirado Valentin.

—Irene Ferran.

—Exactamente

—¡Ay, amigo mio! aún ántes de conocerla me inspiraba interés.

—No comprendo.....

—Hace hora y media que he hablado con Irene.

—¡Usted!

—Sí, yo mismo, en casa de la señora de Zoya, donde

la lleva su padre á fin de que se distraiga y le olvide á usted; pero nada consigue con esto; Irene está triste, abatida.

—Pero, ¿quién es usted? preguntó Valentin.

—Mi nombre no le enseñará nada nuevo, me llamo.... Luis Ortego y es la primera noche que entro en aquella casa; un amigo me puso al corriente de algunos pormenores referentes á sus relaciones con Irene y al enterarme sentia nacer en mí cierta simpatia por ustedes.

—¡Gracias!

—Son precisas dos cosas ahora; la primera curar por completo á su buena madre, la segunda convencer al señor Ferran; para ambas cosas me ofrezco á usted, acepte mis servicios y no le pesará. ¿Quién sabe? Quizas podré hacer mucho por ustedes.

—Caballero.....

—Llámeme usted su amigo, pues desde esta fecha lo soy; quedamos pues en que trabajaremos para arreglarlo todo.

Sonó la una en los relojes de la capital; Mariano estrechó con cariño las manos de Valentin y se retiró á su palacio.

## CAPÍTULO XI.

**Del amor y de la caridad.**

—Al despertarse Mariano al siguiente día pasó en su memoria revista á los acontecimientos de la pasada noche; envidiaba á Irene y Valentin que si bien eran desgraciados se amaban con toda su alma; admiró el noble sacrificio de aquel jóven cuyo cariño á su madre le arrastraba hasta la locura, y sin explicarse la razon le llevaba su pensamiento al recuerdo de aquella Condesa cuyas ardientes miradas se habian fijado en él.

«Quema con los ojos y hiela con la palabra» le habia dicho Arturo, «nadie ha podido escuchar de sus lábios un *te amo*.»

—Decididamente pensaba, la Fortuna me da honores, gloria y riquezas, pero no realiza mis deseos en lo que concierne al amor; esa misma superioridad de que hago gala; esas fabulosas riquezas con que deslumbro son un dique que me separa de mi ideal. El célebre Mariano Sanchez no puede ser amado sino por lo que

ha hecho en el mundo; Luis Ortego, ese ser perdido en la sociedad como un grano de arena en la playa, tampoco puede inspirar una pasión por la misma causa que no la inspiraba antes de su conocimiento con la Fortuna ¡Siempre el deseo! ¡Siempre los extremos odiosos que destruyen las ilusiones más queridas!

Mariano se levantó, y después de tomar maquinalmente un refrigerio, metió bajo un sobre un billete de cuatro mil reales y puso las señas al domicilio de Valentin.

Luego pasó á la habitación de su madre y dió orden á los criados de que no estaba visible para nadie escepto para Arturo.

—Hijo mío, dijo la anciana al verle entrar, estás pálido y al parecer fatigado. ¿Por qué no dejas esas ocupaciones, esas tareas que voluntariamente te impones?

—Es un deber ser útil á mis semejantes.

—¿Sabes si ellos te lo agradecerán?

—Sé que la ingratitud es una cualidad humana, pero no soy pesimista y creo mucho en las escepciones; además, en los actos mismos que practico llevo el premio de mis afanes. Dichoso el que puede evitar una desgracia ó variar el curso de un acontecimiento infausto ó favorecer á un semejante suyo. ¿Qué galardón mayor que el mismo placer, la satisfacción misma de haber sido el brazo de la Providencia.

Nada contestó la anciana á estas frases y pasado un momento de silencio, dijo:

—Has dado al olvido tus antiguos conocimientos; ayer estuve á visitar á la señora de Clota.

—¿La madre de Regina?

—Sí, me preguntaron por ti con mucho interés; he oído decir que Regina se casará pasados algunos días.

—¿De veras? exclamó Mariano con alguna turbacion.  
¿Y quién es su futuro?

—Un joven médico.

—¿Su nombre?

—José Fernandez.

—No le conozco.

—No es ninguna celebridad, pero estudia, no carece de talento y se ha creado una posicion regular.

—¿Y Regina le ama?

La madre miró á su hijo, y contestó sencillamente:

—Lo ignoro.

—Regina es una niña, continuó Mariano, incapaz de sentir los efectos de una verdadera pasion; diez y seis años y una educacion exageradamente escrupulosa, ¿qué pueden enseñar al corazon?

—Hijo mio; tu talento, que tan lejos te lleva cuando trata de sondear los misterios de la ciencia.... no cabe hacerte comprender las causas morales. Hay algo para lo cual no se necesita estudio y ese algo es *amar*.... Un pobre pescador puede querer á su esposa con mas fuego que el encumbrado aristócrata, curtido por la esperiencia que dan esos amores frivolos de salon.

Algo anticuadas halló nuestro héroe las apreciaciones de su madre, pero no queriendo contradecirla, sonrió de un modo imperceptible, estampó un beso en su frente y se retiró á la sala de armas, donde ya le esperaba Arturo, sentado delante de un veladorcito sobre el que se veía una cafetera y dos tazas de China que esperaban el aromático liquidó que bullía en el recipiente.

Los dos amigos se saludaron cordialmente y encendiendo un habano, se reclinaron en los mullidos divanes.

El dia era claro y sereno; un rayo deslumbrador de sol se reflejaba en las brillantes amarduras que decoraban el magnífico salon.

Mariano y Arturo apenas hablaban; ambos con los ojos fijos en el artesonado techo, dejaban vagar sus pensamientos, que quizás coincidirían en el fondo, así como el humo de sus cigarros se fundía en una nube para desvanecerse en el aire.

Mariano rompió el silencio para contar su aventura de la pasada noche; demostró gran interés por Valentin y acabó suplicando á su amigo se encargara de buscar un editor que pagara espléndidamente los trabajos del jóven artista.

—¿Y la Cóndesa? preguntó despues de un modo indiferente.

—Una conquista imposible, contestó Arturo, una fortaleza inespugnable, un trozo de hielo que ningun fuego es capas de fundir.

—Exageras.

—No por cierto; esa es su historia; pero por lo mismo puede asegurarse que llegaria á amar con delirio si hallara en su camino un hombre que no la inspirara esa indiferencia que es su estado normal; tales han sido sus palabras de ayer noche.

—¿Y tiene adoradores?

—Es de suponer; el hombre adora lo imposible, su mismo desdén produce atraccion. Pero hablando de otra cosa, ¿cómo van tus negocios? Sé que se han inaugurado algunas de esas obras colosales con que admiras al mundo; eres un arquitecto de génio, tus creaciones son maravillosas.... ¿Y la locomocion aérea? ¿Por qué no das á conocer tu invencion?

—Ese es un punto muy delicado; popularizar semejante aparato equivaldria á la desnivelacion social; descubrimientos como ese, no pueden ser útiles á la humanidad en el estado imperfecto en que ésta se halla; para conocer las ventajas de volar, seria necesario pasar antes

por un oceano de sangre... ¡Adios hogar doméstico! Adios pátria, adios ciencia, virtud! El furor de libertad sin limites se desencadenaria en todos los cerebros; la debilidad seria ultrajada.

—Pero en cambio, interrumpió Arturo sonriendo de un modo extraño; la posesion de ese secreto en uno solo le hace rey del mundo; inventa una armadura que te libre de las balas y verás las naciones á tus piés; el hombre se arrastra sobre la tierra, se eleva alguna vez ligado á un trozo de tafetan arrastrando mil peligros, pero tu... ¡Ah!

—Hasta ahora, dijo lentamente Mariano, todos han respetado mi secreto y por mi parte apenas hago uso de él; allí, añadió señalando con el dedo una primorosa caja de hierro incrustada en oro; allí le tengo guardado; su mecanismo es tan sencillo, el impulso que le mueve es tan natural que cualquiera cabeza, medianamente organizada, podria comprenderle á poco exámen que de él hiciera.

Arturo clavó su vista en la indicada caja y dos rayos, que duraron un segundo, brotaron de sus pupilas.

Una hora despues Arturo abandonó el palacio; Mariano pretestó un dolor de cabeza y retirándose á su alcoba, salió á poco rato disfrazado con su peluca negra y convertido por lo tanto en Luis Ortigo, pues pensaba ir á casa de Valentin.

Una escalera secreta le condujo á los jardines y de allí al Paseo de la Castellana; antes de llegar á la Cibeles se halló manos á boca con Rascon.

—¡Caramba! Es necesario convenir en que es usted un hombre afortunado, dijo este apenas le vió.

—¿Por qué?

—Usted juzgará; ayer honró la casa de la señora de Zoja una jóven Condesa....

—Sí, lo sé...

—Mujer irresistible que trastornó muchas cabezas, incluso la de Arturo y mía, pero estas beldades son caprichosas... mas de tres veces me preguntó noticias de usted; la dije que no sabía en que se ocupaba y solamente la enteré de su domicilio...

—¿El mio?

—Justamente, calle de la Greda, núm. 44.

—No, es el 98.

Entonces le di las señas falsas, pero me alegro, mañana con esa excusa pasaré por su casa ¡soy feliz!

Y Rascon se separó de Mariano restregándose las manos lleno de gozo.

Nuestro héroe había alquilado en efecto una habitación en la calle de la Greda; aquel domicilio estaba en consonancia con la ficticia posición que se había impuesto á fin de secundar sus miras particulares; algunos días solía almorzar con su amigo en aquella casa y la vecindad le conocía, pero sin sospechar que se ocultaba, bajo aquella aparente modestia, la mas grande de las celebridades contemporáneas.

Cuando Rascon se hubo alejado de Mariano, sintió este cierta satisfaccion por el interés que por él se tomaba la misteriosa condesa; ¿podria ser feliz con el amor de aquella mujer?

—No, pensaba; no nos dejemos mecer por la esperanza que suele ser tan engañosa como los colores brillantes de una pompa de jabon..... seducen, atraen..... y apenas la mano roza aquella superficie delicada solo queda el polvillo impalpable del agua, que se evapora; no quiera avergonzarme de mí mismo al conocer mi engaño..... soy superior á los demás..... pero de todos modos esa mujer..... es encantadora.

Unos brazos que le apresaron como alicates, sacaron

á nuestro héroe de su abstraccion y al fijar sus miradas sobre la persona que de esta manera le saludaba, se vió delante de un caballero de alguna edad, alto, elegantemente vestido y de rostro jovial, que le dijo:

—¡Querido Luis! ¿Qué tal se ha pasada la noche? Pero noto en su fisonomía que aún no ha recordado usted de mí.....

—En efecto.....

—No me estraña; yo tambien soy mal fisionomista y muchas veces me encuentro manos á boca con alguno de mis acreedores..... quise decir, de algun amigo, sin que se me ocurra torcer la ruta de antemano; pero vamos al asunto. ¿Nó ha visto usted ayer á mi prima?

—Pero caballero.....

—Sí, en casa de la señora de Zoya, mi prima es la Condesa de Franc, Romana.....

—¡Ah! exclamó Mariano con alguna turbacion, es verdad.

—Ya decia yo que al fin habia usted de recordar; su amigo de usted, Arturo, nos hizo la honra de acompañarnos hasta casa; mi prima es de un carácter franco y alegre, tan partidaria de la confianza amistosa como enemiga del amor, porque dice que los hombres cuando se enamoran se vuelven bestias... quise decir, tontos, y no le falta razon, ¿no es verdad?

—Algunas veces.

—¿Como algunas veces? ¡Siempre, caballero, siempre! Mi prima tiene muchos admiradores y hemos podido observar ese fenómeno; sobre todo hay un poeta, es decir, él dice que lo es; ya sabe usted que hoy en dia todo el mundo es poeta; pero el nuestro es digno de estudio, todas sus composiciones son descriptivas, en lo cual dice que aventaja al mismo Ovidio, pero yo le tengo por un infeliz; el otro dia le recordé la anécdota de aque-

académico, que queriendo describir al cangrejo, dijo: «Es un pececito colorado que anda para atrás;» definición exactísima, si no fuera que el cangrejo ni es pez, ni es colorado, ni anda para atrás.

Y el primo de Romana se puso á reir de una manera estrepitosa; Mariano empezaba á encontrar muy divertido al Barón.

—Lo cierto es, continuó, que de nuestra casa está desterrada la tristeza, no faltan nunca distracciones, pero sobre todo la música ocupa el primer lugar; mi prima toca el piano á la perfección y canta con una voz de un timbre agradabilísimo, pero.... ¿por qué no viene usted algun día y podrá juzgar por sí mismo?

—Apenas he tratado á esa señora....

—¡Vamos! No sea usted tan escrupuloso; desde luego será usted bien recibido; además mi prima ha reparado en usted por lo mismo que no ha seguido el sistema de los demás en eso de descargar una andanada de cumplimientos y alabanzas á su hermosura; mañana á las ocho de la noche tomaremos café en su gabinete... quedamos en eso; ahí tiene usted mi trajeta.

—Mil gracias.

El Barón estrechó las manos de Mariano y desapareció entre la gente.

El jóven continuó su camino y al cabo de un cuarto de hora entraba en la habitación de Valentin, el cual le recibió con los brazos abiertos.

—¿Y su madre de usted?

—Parece tranquila; esa medicina le alivia siempre aun que por poco tiempo.

—Tiene usted los ojos irritados. ¿Por qué trabajo usted tanto?

—¡Trabajar! Eso sería mi dicha; el estado de mis ojos no proviene de eso, sino del insomnio; algunas ve-

ces he querido entregarme al sueño, pero sin resultado; la acción de ayer noche.....

—No recordemos eso.

—Hablemos entonces de otra cosa, dijo Valentin sacando una carta de un cajón de la mesa y entregándosela á Mariano; no crea usted Luis que soy orgulloso..... Pero devuelvo á usted.....

Mariano, como sin comprender de que se trataba, abrió la carta y sacó un billete de Banco, haciendo que se retratara la sorpresa en su fisonomía.

—¿Qué significa esto, amigo mio?

—Aun que con pesar debo de repetir á usted lo que ayer noche le dije: «ese dinero no lo he ganado.»

—Aseguro á usted que no comprendo.....

—Usted tiene un corazón de oro, si, pero no puedo aceptar ese ofrecimiento; esta mañana me entregó la portera una carta, que es la misma que tiene usted en sus manos.

—¡Ah! exclamó Mariano fingiendo comprender; usted se ha figurado que yo habia sido el dador.... Permitame usted que me asombre de semejante sospecha. ¿Cómo habia yo de disponer de semejante cantidad? Reflexione usted que mi sueldo anual apenas excede del valor de ese billete.....

—¿Y sin embargo, lleva usted un portamonedas repleto de oro?

—¿Sabe usted si me pertenecia?

—No obstante.....

—Resumiendo, querido amigo, yo no soy quien le ha enviado á usted la carta, y por lo tanto es inútil que se empeñe en que acepte una cantidad que no me pertenece; usted es dueño de ese dinero, á quien sin duda ha llegado á enterarse de su situación y no debe

usted avergonzarse por aceptar ese donativo; no olvide usted que su madre necesita de él.

Mariano colocó la carta sobre la mesa, mientras Valentin bajaba la cabeza sin atreverse á pronunciar una palabra.

—Por mi parte, continuó Mariano, he pensado en usted y venia con el objeto de participarle el resultado de mis gestiones; aunque sin poder asegurarlo de una manera cierta creo que podrá proporcionarle trabajo; pero sin que haya necesidad por eso de perder la salud dedicándose á él de un modo excesivo.

—¿Qué bueno es usted!

—¿No debemos ayudarnos unos á otros?

—¿Si todos pensarán del mismo modo!

Un retrato de muger pintado al óleo que estaba colgado en una de las paredes de la sala atrajo las miradas de Mariano, que reconoció en él las facciones de Irene; Valentin que observaba á su amigo, dijo:

—¿Está usted mirando mi obra? No tiene mérito alguno... en la actualidad no se parece al original; no hace aún mucho tiempo los ojos de Irene eran lo que expresa esa pintura..... el reflejo de la felicidad que rebosa en las pupilas; hoy las cubre una nube de tristeza.

—¿Es usted tambien pintor?

—Fué mi primera carrera; ese retrato le hice de memoria y adolece de muchos defectos.

—Por el contrario, veo en él excelente colorido, espresion, verdad... ¡Muy grabada debe usted de tener esa imágen en su memoria para que haya salido tan perfecta!

—Usted se chancea.

—Le hablo con sinceridad... soy algo inteligente en pintura y algunos bocetos cubren las paredes de mi

cuarto. Pero se me ocurre una idea; hace algunos días se me proporcionó hacer el retrato de una señora de la aristocracia; y tengo mi manera de vivir y no necesito por ahora recurrir al jornal. ¿Quiere usted encargarse de ese retrato?

—Pero...

—Decididamente mañana le mandaré á usted una targeta de esa señora y puede usted empezar el trabajo.

—¿Como podrá pagar á usted tantas bondades?

—Teniéndome un poco de cariño.

Valentin tomó la mano de su bienhechor y, antes de que esta pudiera evitarlo, estampó en ella un beso bañado en lágrimas.

## CAPÍTULO XII.

**El ideal del amor.**

Arturo había hecho un viage al Escorial donde pensaba permanecer algunos días y Mariano se felicitó por esta circunstancia que le permitía visitar á la Condesa sin tener que enterarle de esta entrevista; no olvidaba que su amigo había manifestado en casa de la señora de Zoya gran entusiasmo por Romana, lo cual no dejaba de preocuparle, pero un pensamiento no deja lugar á otro y la imágen de la seductora Condesa ocupó definitivamente la memoria de Mariano.

A las nueve y media un criado anunciaba á Luis Ortego en el gabinete de la hermosa, y ésta apareció en el umbral de la puerta, donde estrechó con expansiva franqueza la mano del recién venido; detrás de Romana se destacó la figura del Baron que saludó cantando a estilo de sochantre.

—Yo aseguro que vendria usted, dijo, y mi prima que nó; esta niña mimada se empeña en ser adivina y no tiene vocacion para ello; pase usted, Luis, le esperaba

ese sillón que es el de los predilectos..... ¿Nó es verdad prima que este jóven es muy apreciable?

—Señor Barón, contestó riendo la Condesa, si no tiene usted más formalidad, será necesario que busque otro administrador de mis bienes. Caballero, añadió dirigiéndose á Mariano, agradezco la visita..... y espero que ésta será la primera de una série numerosa.

—Condesa, por mi parte temía abusar de su reconocida complacencia; es tan moderna nuestra amistad.....

—No son las amistades antiguas las mejores, sino las que nacen de una verdadera simpatía, aun cuando esta date de ayer. ¿Y Arturo?

—En el Escorial.

—He tenido la satisfaccion de ofrecerle esta casa y me complazco en suponer que nos acompañará algunas veces.

—¿Quién lo duda? gritó el Barón sin poder contener su locuacidad; existe en el carácter intimo de cada persona un sentido especial, que le hace adivinar al primer golpe de vista, que seres son los que podrán con el tiempo ser los compañeros de viaje por ese camino de la vida que todos recorreremos con más ó ménos gusto; Arturo y Luis serán de mi opinion, á fuerza de leer el libro de la etiqueta, llega á hacerse insoportable su lectura y se le envía al diablo: es exactamente lo mismo que me ha sucedido á mí con las trufas, ¿recuerdas, prima? Durante dos meses seguidos no hice otra cosa que comer trufas mañana, tarde y noche; me cansé de ellas y entonces cobré gran aficion á las piñas..... En cada viaje de vuelta que hacen nuestros vapores trasatlánticos, me traen algunas arrobas.....

Una mirada y un movimiento de impaciencia de

Romana hicieron callar al Baron; en tanto Mariano contemplaba á la jóven.

Dibujaba sus redondeadas formas una bata de raso blanco, guarnecida de primorosos encages, sujeta en la garganta con un lazo del mejor gusto; sus cabellos negros y sedosos estaban peinados con suma gracia y un cintillo de perlas se perdía como una culebra entre sus guedejas brillantes.

Ella misma sirvió el humeante café, dirigiendo á veces miradas de fuego á Mariano, el cual sentía una emocion grata cada vez que sus pupilas se encontraban; pero hay ojos que no saben mirar de otra manera, así como hay rostros que expresan una malicia que no existe en realidad; por eso no es bueno dejarse guiar por las apariencias.

—Ahora que estamos dispuestos á ser los mejores amigos del mundo, dijo la condesa despues del primer sorbo de café; me atrevo á hacer una proposicion.

—¡Bravo!

—Aceptada de antemano.

—Contemos cada cual nuestra historia; esto nos dará á conocer más pronto y estrechará los lazos de nuestra naciente amistad.

—Aplaudo la idea, repuso Mariano, y estoy dispuesto á escuchar religiosamente todo lo que de su vida pasada me haga el honor de relatarme.

—¿Yó la primera?

—Le corresponde de hecho y de derecho.

—Cuatro rasgos y sabrá usted quien soy. Nací en Cádiz hace veinticuatro años; mi padre era el conde de Franc; su fortuna era considerable, y como única hija suya, no soñaba en otra cosa que en cumplir hasta los más insignificantes de mis caprichos; esto engendró en mí un carácter que algunos tacharon de orgulloso; y

como no puedo ser juez de mí misma, abandono este punto al criterio de cada cual. Tenía quince años cuando murió mi madre y por aquella época se pensó en mi matrimonio; nuestra fortuna consiste principalmente en vapores que hacen su carrera mensual á América; mi padre estaba muy delicado de salud y presentia que á su muerte habia de verme sin el apoyo de un hombre que supiera conservar mi herencia; pero todos cuantos pretendientes me indicó fueron deshechados por mí, lo que dió motivo para que se me tachara de mujer sin corazon..... Sin embargo, yo le siento latir aquí, añadió sonriendo y colocando su mano izquierda sobre el pecho; pero ¿por qué habia de sacrificar mi hermosa libertad en aras de una conveniencia social que no habia de hacerme feliz? Cinco años despues murió mi padre sin ver realizados sus deseos y me nombró un tutor, que no es otro que mi primo el Baron de Rosela, persona de carácter alegre, pero excelente enel fondo.

El Baron se inclinó.

—Hacedos años trasladé á Madrid mi residencia, pues aún que tengo en Palma de Mallorca algunos parientes, me sedujo la córte. La señora de Zoya es viuda de un honrado sugeto amigo antiguo de mi padre; tiempo hacia que pensaba asistir á sus reuniones de confianza y estoy satisfecha de haberlo verificado; pues eso me proporcionó el placer de ser su amiga.

A, su vez tocó á Mariano el turno de inclinarse.

—¿Y usted!, Baron?

—Mi historia se dice en dos palabras; pero la reservo para cuando usted nos haya hecho oír la suya.

Apenas tuvo que esforzar Mariano su imaginacion para inventar una novela, y dijo:

—Soy ingeniero, desde mi infancia demostré una afi-

cion decidida por las ciencias exactas, y mi padre no quiso torcer mi voluntad. Sin gran boato, pero con suficientes comodidades, no me creo ni feliz ni desgraciado; pertenezco á la clase media; he amado á una mujer que no supo comprenderme.... porque soy poco aficionado á lo vulgar y ella sólo sentia por mi ese amor de que tenemos noticia en cada hogar doméstico. ¿Es que soy un loco que busco lo imposible? No sé, pero me dejo arrastrar por la ilusión sin saber que encontraré al final de esa senda que recorro. Mi familia sólo es noble por sus hechos y mi título se reduce á llamarme Luis Ortego. Ya ve usted, Condesa, que mi historia no puede ser más vulgar.

El Baron de Rosela, dijo:

—Cuando llegué á tener uso de razon me pregunté con asombro que motivos habria tenido la Providencia para dar mi interesante persona al mundo; filosofando sobre este importantísimo tema y buscando la alegría á mi alrededor he llegado á cumplir los cincuenta años; y esa consideracion es un disgusto crónico que trato de ahogar comiendo piñas; tener cincuenta años equivale á haber sido dueño de cincuenta millones que se han ido derrochando sin ton ni son. Aún así no pongo ceño al destino y lo arrostro de frente; recuerdo esta sentencia de Pitágoras: «Si quieres vivir mucho guarda un poco de vino rancio y un amigo viejo.» En cuanto al vino, gracias á mi bien surtida bodega, no tengo cuidado; pero ese amigo viejo es mi pesadilla y estoy casi decidido á considerarme amigo de mi mismo, puesto que soy viejo y me conozco desde hace muchos años....

Unos golpes discretos que sonaron en la puerta del gabinete, interrumpieron al Baron que gritó esforzado:

—¿Nó he dicho que no se nos molestara?

La Condesa tocó un timbre y la puerta se abrió apa-

reciendo en su umbral un respetuoso criado que traía en la mano un sobre cerrado.

—Para el señor Baron.

—¡Ah! Un despacha telegráfico.... Perdone usted, Luis, dijo pasando su vista sobre las líneas que contenía; ha llegado á Cádiz el vapor *Romana*.... traerá mis piñas; mucho siento no poder continuar en tan agradable compañía; pero asuntos urgentes me llaman al despacho de mi agente de negocios; mañana pasaré á saludarle á su casa, ¿dónde vive usted?

—Calle de la Greda núm. 97.... Ahí tiene usted mi tarjeta.

—Gracias, hasta mañana.

El Baron estrechó la mano del jóven hasta el punto de hacerle daño y salió de la habitacion.

La Condesa hizo un gesto encantador, cuyo significado no comprendió nuestro héroe.... y se levantó, temiendo abusar, si permanecía en aquel sitio despues de la ausencia del Baron.

—¡Cómo! ¿Se retira usted ya?

—Señora....

—Ya veo que su delicadeza es esquisita, dijo la Condesa recalcando la frase; confíese usted que por hallarse á solas conmigo.... Pero por otra parte eso es una refinada crueldad, me quedaré sola é indudablemente ocupará este sitio el fantasma aterrador del aburrimiento.... Esta noche no espero á nadie, ni pienso salir de casa. ¡Vamos! vuelva usted á ocupar su asiento y continuemos como antiguos amigos.

—Es usted encantadora.

—Poco á poco ¿Debo de tomar esa frase por galantería ó por qué en efecto halle usted mi proceder agradable?

—¿Quiéndo duda?

—Destaparé esta botella que contiene un licor que quizás usted no conozca, dijo Romana vertiendo en las transparentes copas un líquido del calor del topacio.

Ambos brindaron y las copas quedaron vacías.

—¡Excelente! murmuró Mariano sintiendo un extraño calor en su estómago.

—Es *Lágrima de Venus*, según lo llama mi primo, que es á su vez el inventor.

—Mitológico está el buen Baron y recomendables disposiciones tiene para confeccionar semejante néctar.

—¿A qué no adivina usted en que estaba pensando?

—¡Es tan difícil adivinar el pensamiento de una muger!

—Me decía que por mi empeño en que ha de hacer penitencia á mi lado, he sido causa de un disgusto... y aunque le haga una ofensa al confesar mi incredulidad, aquel párrafo de su historia *he amado á una muger*, no me convence de que el tiempo sea en pasado; un poco mas de franqueza y hubiera usted dicho: *amo á una muger*.

—Y usted cree que en otro lado...

—No hago mas que hacer suposiciones; bebamos otra cosa y cambiemos de conversacion. ¿Que quiere usted, amigo mio? Acabará usted por convencerse de que á mi lado no ha de pasar bien el tiempo.

—¿Puede usted sospechar tal cosa? dijo Mariano inclinándose hácia la jóven y mirándola de un modo extraño.

—Para el que ha conocido el amor... la amistad le parece insulsa; además la conversacion de las mugeres carece de interés; pero yo trataré de enmendarme... hablémos de política.

—Por Dios, Condesa...

—De ciencia, de literatura... hagamos una revista de los últimos acontecimientos; he oido decir que el célebre

Mariano Sanchez tiene un proyecto grandioso, como todos los suyos.

Mariano tembló al escuchar estas palabras y bebió maquinalmente el contenido de una copa.

Romana no se apercibió de la turbación del jóven y continuó diciendo:

—Hé ahí un hombre que ha llegado al pináculo de la gloria y de la fortuna; pero no sé que fatalidad arrastra al orgullo á esos hombres que se han levantado de la nada.

—¡El es orgulloso!

—Antes de *ser algo* amaba á una jóven de la clase media, esto nadie lo ignoraba, y luego... cuando su nombre se repitió por todo el mundo creyó sin duda que era poco para él aquella pobre muchacha. ¡Oh! ¡Jamás podría amar á ese hombre!

Mariano vació otra copa; una sensacion extraña recorria todo su cuerpo, su memoria vacilaba y su inteligencia parecia vaga, confusa...

—Hablemos de otro asunto, dijo á media voz.

—¿Y de qué hablaremos?

—De usted.

La Condesa se echó hacia atrás riendo como una loca y mostrando una dentadura de marfil; estaba hermosísima.

—Bebamos mas aun, dijo Mariano poseido de un vértigo y ofreciendo á la jóven una copa.

—¡Precioso solitario! exclamó ésta fijándose en una sortija que llevaba Mariano; ¿á ver?

—Y para examinar á su gusto la joya tomó entre sus dedos la mano del jóven, que á aquel contacto experimentó una sensacion como de una serpiente de fuego que rodeara su cuerpo.

—¡Jamás he visto un brillante tan magnífico! Su pre-

cio debe ser una fortuna entera, señor ingeniero. ¿Acaso ha encontrado usted el secreto de fabricarlos tan hermosos?

—Es un regalo... un recuerdo.

—No pretendo saber.

—Pues bien, yo deseo que usted sepa algo de mi...

¿Quiere usted adivinar mi secreto?

—¿De qué modo?

—Bebiendo en mi copa.

—Soy curiosa y acepto.

Romana apuró el líquido.

—Continúo sin saber nada.

—¡Imposible! tartamudeó Mariano acercándose á la Condesa hasta el punto de tocar sus rodillas.

—Si no me cuenta usted la historia de ese brillante...

—¿Hablabamos de él?

—Creo que sí, estoy algo aturrida...

—Pues bien, voy á decir mi pensamiento. ¿Estamos solos?

—Sí.

—Sé que si de antemano no le pido perdon por mi atrevimiento...

—¡Llamémosle confianza.

—Usted no es una muger vulgar... ¿Temeusted al «que dirán» mas que á su conciencia?

—Soy franca, ni á lo uno ni á lo otro; pero acabe usted pronto. ¿No vé que me muero de curiosidad?

—Vea usted este brillante.

—Su procedencia, su pasado....

—Quiero hablar de su porvenir; estoy viendo una mano blanca, mórbida..... ésta que estrecho entre las mias, ¿qué no valdria esta piedra en uno de sus dedos?

—¡Luis!

—Tengo el perdón... y el permiso ¿no es verdad? Ya está...

—Pero si esta sortija es un recuerdo...

—¿Qué mejor recuerdo para mí que el de este delicioso momento? Condesa... déjeme usted ser su verdadero amigo... no se ofenda por tan pequeña cosa y si algún átomo de resentimiento guarda usted en su alma... firmemos la paz...

—¿Como?

—Con un beso.

—¡Ofrece tan poco aliciente un beso amistoso!

—¡Usted puede trasformarlo á su placer!

—¡Oh! Ya veo que tendré que incomodarme...

—Y entonces habria que firmar la paz dos veces... ¡Perdón Romana! No me culpe usted á mí, culpe usted á la naturaleza que ha dotado á usted de unos ojos que matan, de una sonrisa que enloquece, de unos hechizos que atraen... culpe usted á la naturaleza que ha puesto en mi pecho un corazón sediento de pasiones...

Romana quiso incomodarse y no pudo; fijó sus hermosos ojos en el techo; el lazo que cerraba la parte superior de su bata se soltó y un seno blanco y de forma escultural se dejó adivinar tras el rosado encaje; Mariano estaba loco; por sus arterias se precipitaba la sangre como un torrente... sin saber cómo, sus labios tropezaron con los de la jóven... y un abrazo unió aquellos dos pechos palpitantes.

—¡Tú! Tu eres el ideal de mi amor, dijo en voz baja Mariano sintiéndose desfallecer...

## CAPÍTULO XIII.

**Ayudar al prójimo.**

Fantasmas seductores del amor; pensamientos que toman forma en la oscuridad; dulces frases que acariciaban el oído y se pierden como un eco á lo lejos; luces, aromas, flores.... felicidad.....

Mariano soñó con todo esto; su cabeza, al despertar, era un mundo de recuerdos que le prometían la dicha para el porvenir.

Quiso respirar el aire y se asomó á un balcon que daba á los estensos jardines del palacio; el sol brillante vertía luces y calor sobre los copudos árboles; las plantas aspiraban los esfluvios poderosos de la primavera; los pájaros empezaban á formar su nido entre el follage, y cien mariposas blancas revoloteaban alrededor de las primeras flores; el amor hacia sentir su dulce yugo al animal y á la planta.

Mariano se sentía feliz.

Pero en su felicidad no entraba el egoismo; recordó que habia seres desdichados que necesitaban de su

amparo, y tocando un timbre sacó de un armario una bolsa llena de oro, que puso en manos de su ayuda de cámara, para que repartiera aquella cantidad entre los pobres.

Después pasó á su despacho.

Allí le esperaba una persona que no es desconocida al lector; el señor Ferran, padre de Irene, que al ver al jóven, se inclinó respetuosamente.

—Siéntese usted, señor Ferran, y hablemos; he sabido que usted es muy inteligénte en contabilidad.

—Señor, exageran sin duda.

—Por lo tanto, y contando con su beneplácito, he pensado en colocar á usted en mis oficinas del ferrocarril de Sória.

—Excelentísimo señor.....

—Su sueldo anual será de sesenta mil reales. ¿Le conviene?

—Estoy lleno de reconocimiento y no sé como pagar....

—Bien, puede usted retirarse; mañana venga usted á verse con mi secretario general, que le pondrá en posesion de su destino.

El señor Ferran no se atrevió á contestar, y despidiéndose de un modo ceremonioso, se disponia á marchar, cuando le detuvo la voz de Mariano:

—Un momento. ¿Qué dia piensa partir para su destino?

—Mañana mismo, si es necesario.

—No; me han dicho que ciertos asuntos de familia podrian retrasar su marcha á Sória.

—Señor, ignoro á que asuntos de familia se referirán....

—¿Usted tiene una hija?

—Sí, señor.

—¿Y no va á casarse un dia de estos?

—¡Casarse!

—Sí... con un jóven grabador, cuyo nombre no recuerdo.

—¡Ah! Valentin Robés

—El mismo.

—Ya no se casa con mi hija.

—¡Qué dice usted! Pero ya comprendo lo que habrá sucedido y me convenzo una vez más de que la ambicion arrastra al hombre á cometer villanias. Aún no hace un mes, Valentin era tan pobre como usted y entonces queria casarse con su hija; ahora acaba de heredar, no una gran cosa, es verdad, pero lo suficiente para que aquel dinero le haga olvidarse del cumplimiento de su palabra.

El señor Ferran abrió los ojos lleno de asombro al escuchar aquellas frases, pero reponiéndose súbitamente prestó á su fisonomía la más hipócrita de las expresiones, y procurando verter una lágrima, exclamó con tono compungido:

—Pues bien, excelentísimo, es verdad todo cuanto acaba de decir... Mi pobre hija está inconsolable... Aquel hombre robó su honor y la abandonó despues ignominiosamente.

—¡Qué robó su honor! dijo Mariano conteniendo á duras penas la indignacion que le produjeron las palabras de aquel miserable; y queriendo sacar partido de las circunstancias, añadió con pausada voz:

—Señor Ferran, cuente usted conmigo; escriba usted mañana mismo una carta lacónica á ese tunante intímándole á que cumpla con su deber y de no hacerlo así ya encontraremos manera de castigarle.

—¡Oh qué bueno es usted! dijo el padre de Irene fingiéndose arrastrado por el agradecimiento y pugnando

por tomar entre las suyas las manos del jóven, que las retiró con repugnancia invencible.

—Siga usted mis consejos, no quiero que se ausente usted de Madrid sin ver el matrimonio de su hija.

Mariano hizo un movimiento de despedida y el señor Ferran salió de la habitación.

—¡Humanidad estúpida que no vives más que por el oro! Dávila.... Ferran, dos lindos personajes representantes de una clase muy numerosa. En fin, puesto que el dinero todo lo puede, hagamos de él el mejor uso posible.

Concluido este monólogo, Mariano llamó á uno de sus escribientes.

—¿Qué ha hecho usted?

—Cumplir sus órdenes.

—¿Encontró usted al médico?

—Espera en la antesala.

—Muy bien, Garcia, estoy satisfecho de sus servicios; hágame el obsequio de decir á ese caballero que pase.

Minutos despues entraba en el despacho un hombre como de sesenta años, grueso, vestido con un gran leviton y llevando sobre la nariz unas enormes antiparras verdes.

—Me han dicho que deseaba hablarme su excelencia.

—En efecto. ¿Es usted médico?

El interpelado se estremeció; pero esforzándose por parecer tranquilo, exclamó:

—No acostumbro á mentir, aunque mi ingenuidad me traiga fatales consecuencias; no soy médico, es decir, no poseo el título que da derecho á ejercer la profesion....

—Me lo habia figurado; los verdaderos médicos se diferencian mucho de usted.

—Sin embargo, amo la medicina, y sin tratar de

parecer modesto creo tener un golpe de vista y una certeza en mis pronósticos que me envidiarían muchos de los mas aventajados discipulos de Hipócrates.

—No me disgusta esa franqueza y voy á emplear la misma con usted. Sé que se hace pagar caro ese don que le ha concedido la naturaleza; hace algunos meses salvó usted la vida de una anciana que vive con su hijo en la calle del Sordo.

—Lo recuerdo.

—Aquella cura le valió á usted cuatro mil duros.

—Por cierto que no creí hallarlos en tan miserable albergue.....

—Pues bien, señor curandero, va usted á devolver al hijo de aquella señora el doble de la cantidad que entregó á usted.

—¡Como! Eso es.....

—Sobre to lo no haga usted suposiciones aventuradas; usted necesitaba aquellos cuatro mil duros para llevar á cabo cierto negocio legal que habia de proporcionarle una ganancia exorbitante; el negocio se llevó á efecto con toda felicidad, usted se ha guardado ocho mil duros y como persona de conciencia entrega usted otros ocho mil á su sócio; ahí tiene usted dos cantidades, estos cuatro mil duros los une usted á igual cantidad que le dió el hijo de aquella anciana y son de usted; estos ocho mil le pertenecen á él.

Y como el caballero grueso no se atreviera á moverse, Mariano puso en sus manos los dos paquetes de billetes de Banco.

—Vaya usted hoy mismo á llevar á su dueño esa cantidad y evite usted otras esplicaciones con él que las que le acabo de dar. No hay necesidad de que usted me nombre para nada..... y advierta usted que yo sabré

encontrarle si tratara de no cumplir lo que acabo de indicar.

El señor de las antiparras verdes salió del despacho.

De este modo iba Mariano cumpliendo la mision que que él mismo se habia impuesto.

Y no solo ayudaba con su poderoso valimiento á personalidades aisladas; gracias á él mas de veinte mil operarios ganaban su sustento en fábricas, carreteras, ferros-carriles, etc.; la mendicidad habia llegado á desaparecer de España; los imposibilitados para el trabajo tenian en cada capital de provincia casas de beneficencia ó asilo, donde la vida era agradable y cómoda. A cada cambio político acudian al palacio de Mariano gran número de cesantes que tenian la seguridad de un destino en cualquiera de las infinitas dependencias que habia fundado nuestro héroe: academias, bibliotecas, ateneos, teatros.... y si era necesario fundar nuevos establecimientos para colocar algunos pretendientes..... Mariano no vacilaba.

La emigracion, antes tan frecuente á América, Orán y otros paises, se suspendió por completo y España era la que recibia en su seno millares de extrangeros atraídos por los beneficios que proporcionaba la Península á sus moradores. Portugal era una provincia española.

Mariano despues de conferenciar con varios personajes, almorzó con gran apetito, hizo la visita á su madre, y peniéndose la peluca negra, salió del palacio sin ser visto, encaminándose hácia su cuartito de la calle de la Greda.

En el portal le detuvo la portera para entregarle una carta.

Mariano entró en su habitacion y rasgando el sobre buscó la firma que consistia en una R.

—¡Romana! murmuró lleno de gozo; la carta decía:

«A las seis de esta tarde un coche de un caballo pasará por delante del Obelisco de la Castellana; el carruaje pintado de negro, no llevará escudo, las cortinas estarán corridas y el lacayo ostentará en el sombrero una escarapela morada.

»La persona que irá en el carruaje, espera que Luis Ortego sacará un pañuelo que se llevará á la boca.

R.»

Mariano consultó su reloj, eran las dos y cuarto y temeroso de no llegar á tiempo, se encaminó hácia el lugar de la cita.

¿Necesitamos decir que todo se verificó segun lo que indicaba la misiva? El jóven se encontró pronto en brazos de su amada con la que comió aquella tarde en las Ventas del Espíritu-Santo.

Pero estas entrevistas, en un principio fáciles, habian de tropezar con obstáculos imprevistos; cuatro dias después llegó Arturo del Escorial, y como no se separaba de Mariano discurría éste un medio para alejar á su amigo, que conocia el secreto de su disfraz y estaba además enamorado de Romana.

Pretestó serias ocupaciones y contra lo que esperaba, Arturo sólo venia al palacio el momento de tomar café con él en la sala de armas.

Un dia se fué Mariano á hacer su visita á Valentin.

Apenas éste vió á su amigo, se arrojó en sus brazos relatándole lleno de alegría lo que no ignoraba nuestro héroe; una carta amabilísima del señor Ferran, pidiendo perdon por su anterior negativa; una visita de aquel médico, que parecia tambien arrepentido de haber exigido al jóven una suma tan considerable y la devolucion del dinero é intereses fabulosos.

Mariano felicitó á su protegido por tantas venturas y Valentin se escusó de hacer el retrato convenido, por que muchos editores solicitaban trabajo suyo.

Una semana despues contrajeron matrimonio Irene y Valentin; Mariano asistió á la comida de boda.

El señor Ferran partió para Soria á tomar posesion de su destino y arreglado todo segun el deseo de Mariano, no pensó éste más que en su felicidad, en su amor por Romana.

Ella le amaba con todo el fuego de la pasion ... y le amaba como á Luis Orlego; es decir, como al ser desconocido que inspira amor por sus méritos personales y no por sus riquezas. Mariano pensó en hacer á Romana señora de Sanchez, premiando de este modo su desinterés, pero.... ¿quién puede adivinar los acontecimientos un minuto ántes de sucedidos?

## CAPÍTULO XIV.

**Nubes.**

Una horrorosa tempestad inundó algunas provincias de España; en otras se perdió la cosecha y sobreescitado ya el pueblo con tales desastres, vino á exasperarle un cambio de gobierno que dió por resultado un aumento en las contribuciones; por todas partes se murmuraba; no en vano se acostumbró la nación á la felicidad durante un año; todos discutian con calor y protestaban contra estas disposiciones desacertadas; la carestía de los artículos de primera necesidad iba en aumento cada día.

Mariano olvidaba algo sus negocios por que no se ocupaba mas que del amor de aquella muger; ella ocupaba casi enteramente su pensamiento.

Una tarde se dirigió á su casa de la calle de la Greda; en el portal le esperaba el Barón de la Rosela, en cuya fisonomía no se retrataba aquella expresión jovial que le daba carácter; por el contrario, un pronunciado entrecejo, los dientes apretados y las manos metidas

hasta la muñeca en los bolsillos del pantalon..... fueron señales que hicieron temer al jóven que el baron estaba enterado de sus amores con la Condesa y que no estaba dispuesto á tomar el asunto á broma.

—¡Gracias á Dios! gritó al ver á Mariano; hace cuatro dias que no dejo de venir todas las tardes.

—¿Qué sucede, amigo mio?

—Subamos y podremos hablar con más libertad; he podido hacerlo en casa..... Pero temiendo que mi prima se enterára.....

Mariano condujo al Baron á la sala y ambos tomaron asiento.

—Me tiene usted lleno de curiosidad, sepamos ¿qué pasa?

—Una cosa horrible de que no tiene noticia mi prima.

—Querrá usted acabar?

—Sencillamente: está arruinada.

—¿Romana!

—Sí. ¿Comprende usted mi desesperacion?

—Pero espíquese usted claro.

—Voy á hacerlo, y advierta usted que le cuento esto porque no tengo otro amigo á quien confiar semejante desgracia..... ¡Oh que razon tenía Pitágoras!

—Déjese usted de rodeos.....

—Ya tendrá usted noticias del terrible huracán que se desencadenó dias pasados; pues bien, hace una semana que debieran haber llegado á Cádiz tres vapores, el *Guadalquivir*, el *Franc* y el *Cuba*, todos ellos pertenecientes á la Condesa; yo no dormí muchas noches temiendo una desgracia..... y mis pronósticos resultaron ciertos desgraciadamente!

—¿Naufragaron?

—Los tres; las tripulaciones y pasajeros del *Franc* y *Guadalquivir* se salvaron... de la del *Cuba* no hay no-

ticias... ¿Comprende usted ahora? Mi prima está arruinada, solo le queda el «Romana,» que era el de menos valor... ¡Dios mio! ¡Mas de siete millones sepultados en el Océano! ¡Todo perdido... perdido!...

El Baron daba muestras de estar desesperado, se tiraba de los cabellos y paseaba como un loco por la estancia.

—Cálmese usted.

—¿Cómo doy la noticia á mi prima! ¿Cómo la digo que tiene que abandonar esas comodidades á que está acostumbrada desde su infancia? ¡Suprimir coches, criados, palco, aderezos, todo.....

Mariano trataba de calmar, aunque inútilmente, al Baron; por fin éste se dejó caer abatido en una butaca.

—Amigo mio, dijo despues de un momento; yo no me siento con fuerzas para dar tan fatal noticia á la Condesa, pero confio en usted.

—Baron, no quiera usted encargarme de semejante mision que desde luego me disgusta; tratemos de parar ese adverso golpe de la fortuna.

—¿Y de qué modo?

El jóven reflexionó; no le importaba hacer aquel considerable desembolso como Mariano Sanchez; pero como Luis Ortego, el asunto ofrecia muchas dificultades, porque aún no queria descubrir su verdadera posicion: sin embargo dijo:

—Ya sabe usted que la Condesa es persona á quien aprecio de todo corazón.

—¿Y bien? repuso el primo de Romana lanzando una escrutadora visual á Mariano.

—Desde luego puede usted contar conmigo, mi fortuna no es la de un Creso, pero tampoco es tan mezquina como quizás usted se figure.....

—¡Ah, jóven, de ningun modo puedo admitir.....

—No pensemos más que en evitar un grave disgusto á Romana; usted poseerá algunos bienes.....

—¡Oh! murmuró con triste voz el Barón, si yo fuera rico no sería tan grande mi desesperación; yo lo siento por ella..... por ella!

—Bueno, ¿cuánto podría usted reunir?

—Pues..... vendiendo una quinta de recreo que poseo en Andalucía..... y negociando algun papel del Estado, y..... en fin, podría disponer de unos cuarenta y cinco mil duros.

—Yo haré un sacrificio, cuente usted con dos millones.

—¡Dos millones! dijo el Barón abriendo los ojos desmesuradamente.

Y arrojándose de pronto al cuello del generoso jóven, gritó:

—¡Querido Luis! ¡Usted es mi salvador! ¿Cómo podré demostrar á usted mi agradecimiento? Es verdad que las pérdidas ascienden á siete millones; pero los vapores estaban asegurados, aunque no por su valor.... ni la cuarta parte; pero por el pronto procuremos ocultar á mi prima lo sucedido. ¡Aún podrá ser feliz..... y yo continuaré comiendo piñas!....

El Barón pasó de la más negra melancolia á los transportes más frenéticos de júbilo, de modo que parecia no recordar aquellos millones de déficit que resultaban y de los que tenia que dar cuenta á su dueña.

Mariano cumplió su palabra y al dia siguiente entregó la cantidad ofrecida en un talon contra el Banco de España; el primo de Romana le estendió un recibo en regla.

En cuanto á la Condesa parecia ignorar completamente lo sucedido; su carácter era franco y alegre como

siempre y estaba cada vez mas enamorada de Mariano, el cual apenas veia al primo en aquella casa.

Arturo, por su parte, aparentaba estar preocupado; tampoco visitaba á la Condesa y evitaba con su amigo toda conversacion respecto á ella; era puntual en venir á tomar café con Mariano y cuando este volvía del despacho siempre le encontraba en la sala de armas.

Un dia entró un poco mas temprano que de costumbre y al sentirle Arturo, que estaba de espaldas á la puerta, se volvió súbitamente y una palidez mate se estendió por su rostro; Mariano le invitó á tomar asiento, pero pretestando él quehaceres de importancia y tartamudeando algunas excusas, salió á la calle.

Mariano no se fijó en nada de esto; tomó su café solo y salió despues á dar un paseo á pié.

Como no llevaba disfraz era saludado por gran número de personas; por cualquier parte que pasara solo se oia decir: «Ahí va el célebre Mariano Sanchez.»

En el transcurso de su paseo no pudo menos de observar cierta agitacion en el público; los agentes de seguridad parecian mas numerosos, las mujeres andaban muy de prisa, como temiendo hallarse lejos de sus moradas, y algunas frases de ambigua significacion llegaban á sus oidos; sin tratar de explicarse aquel fenómeno, volvió á su palacio.

Los criados tenían orden de conducirle al cuarto de su madre.

—¿Eres tú, hijo mio?

—Sí, querida madre, ¿quieras decirme algo?

—¿De donde vienes?

—He paseado á pié.

—¿Solo?

—Completamente.

—¿Y que sucede en Madrid?

—Nada he sabido.

—¿Ignoras que se habla de un pronunciamiento?

—¿Y por qué?

—Las cosechas se han perdido este año; las contribuciones, según dicen, son onerosas..... hay muchos pobres.....

—¡Pobres! ¿Y los asilos de beneficencia que he fundado?

—¡Están llenos!

—¿Y las limosnas que mando repartir?

—La miseria es grande.

—¿Y qué quieren?

—¡Pan! El hambre, ese espectro horroroso, asoma su descarnada faz por las puertas del obrero...

—Yo cargaré cien buques en Oriente é inundaré de trigo la Península.

—¿Y el tiempo?

—Por Dios, madre mia, no aflijas mi corazón; nunca he sido tan feliz, nunca ha brillado tan puro el sol de mi dicha. ¿Por qué ese afán de tender nubes por todas partes? ¿No soy poderoso? ¿No tengo oro?

La anciana suspiró sin contestar ni una palabra; el jóven besó su mano y salió de aquella habitación con la tristeza en el alma.

Pero al poco tiempo levantó aquella frente donde brillaba la antorcha del génio.

—¡Sí! se dijo; escasea el pan, la carne, las legumbres..... Dentro de dos semanas habrá en España provisiones para alimentar á veinte millones de habitantes durante un año entero!

Entró en el despacho y llamó á su secretario general.

—¿Cuánto dinero poseo?

—¿En Madrid?

—En Madrid, en provincias.... en el extranjero...

—Difícilmente podré satisfacer con exactitud su deseo.

—Pero se puede calcular.

—Sí.

—A próximadamente.....

—Diez mil millones.

—Todo ese dinero al Asia, á la América del Norte.....

á cualquier pais de donde nos puedan enviar inmedia-

tamente trigo, bueyes..... legumbres.....

—No pronuncie la palabra *imposible* ó creeré que no sirve usted para cumplir mis órdenes.

—Se hará.

—Diariamente se me darán noticias del asunto.

—Será servida su excelencia.

Mariano salió del despacho, se puso la peluca negra y corrió al lado de Romana.

Esta al verle entrar dió un suspiro de satisfaccion.

—¡Ingrato! dijo en voz baja, poniendo su rosada mejilla á merced de los lábios del jóven; sabes cuanto te amo, y en un dia como el de hoy vienes tan tarde.....

—Querida amiga ¿y qué dia es hoy?

—¡Buena es esa! ¿Y la revolucion?

—¡Vaya al diablo la revolucion! Desde esta mañana me están torturando los oidos con esa frase.

—¿Pero por qué has tardado?

—Hija mia, he tenido que hacer;...

—Sin duda tomar algun plano ó trazar algun proyecto de puente..... ¡Vamos Luis! Te suplico que olvides tu profesion de ingeniero... quiero que pienses mas en mí que en la ciencia.

—¿Y lo puedes dudar?

—Sí, cuando me olvidas...

—¡Olvidarte yo, vida mia! murmuró Mariano apoyando su frente en el seno de Romana. ¿Qué paraíso

mejor que este rincón? A tu lado soy tan feliz.... que pierdo hasta la idea de mi existencia.

Pero Romana se apartó de su amante y moviendo la cabeza como una niña mimosa fué á sentarse en un rincón del gabinete.

Mariano la miró é iba á volar á su lado, cuando sus ojos tropezaron con un elegante album de poesías que habia sobre un veladorcito; le abrió y buscando una hoja en blanco, escribió unos versos.

Romana luchó un momeneo, hasta que vencida por la curiosidad, se levantó, andando de puntillas y acercándose á Mariano, leyó por detrás de su hombro esta decima:

Como se adivina el día  
tras de la aurora rosada,  
aunque esa aurora..... velada  
esté por nube sombría,  
de ese modo, vida mia,  
aunque me muestres enfado,  
á través del ceño airado  
que dibujas con candor....  
miro en tus ojos.... amor  
por las pestañas velado!

—¡Adivino! dijo la joven abrazando á Mariano, y como casualmente pasara sus dedos por la peluca, éste se levantó súbitamente.

—¿Qué tienes?

—Nada.... creí escuchar.

—Si, es el pueblo, déjale que grite; esta noche no sales de mi casa.

—¡Imposible! ¿Y tu primo?

—No entra en mis habitaciones si no le llamo yo.

—Y mi familia.....

—¿La tienes en Madrid? Nada me has dicho.

—Ayer ha venido mi madre; ya ves que no puedo complacerte, pero otra noche...

—¡Oh mortales sin esperiencia, que abandonais la dicha presente por la aventurada del porvenir!

—Bueno, ahora vas á ser filósofa.....

—Solo soy una muger que te ama mucho mas que á su vida.

Mariano entreabrió los lábios para dejar libre una sonrisa de felicidad; decididamente aquella muger llenaba por completo sus aspiraciones.

Pero la pasion no le cegaba hasta el punto de olvidar que su madre le esperaria aquella noche con impaciencia; recordaba sus temores de aquel dia y pensando en estas cosas bajaba la cabeza y por primera vez vacilaba en tomar una resolucion.

Romana tomó la frente del jóven entre sus manos y le miró con ardiente amor, en sus ojos brillantes ardía la llama del deseo, su boca entreabierta dejaba escapar suspiros abrasadores.

Mariano la apartó de si dulcemente.

—Me espera mi madre, murmuró con apagado acento.

Su amada le enlazó con sus brazos.

—No me amas como yo á ti; dijo vertiendo una lágrima que formó un brillante surco en sus nacaradas megillas.

Mariano enjugó con sus lábios aquel brillante líquido y olvidando á su madre y á la gloria y á la fortuna y al mundo entero, estrechó contra su pecho aquella muger que le volvía loco.

## CAPITULO XV.

**Empieza el desengaño.**

Ni el Barón ni Arturo aparecieron por casa de la Condesa al día siguiente de los sucesos referidos; Mariano almorzó con su amada y esta se empeñó en retenerle un día mas á su lado, pero ya la reflexion habia dado lugar al transporte frenético del amor.

Durante aquella noche se habian oido en la calle gritos confusos, movimiento desusado de gente; y esto que era un motivo para que Romana se afirmara mas en su idea de no dejar salir de casa á Mariano, era una poderosa causa para que éste se decidiera á volver á su palacio y dedicarse algo mas á los negocios públicos.

Así y todo la noche comenzaba á tender sus sombras sobre la capital cuando abandonó la casa de Romana, no sin haberla prometido antes volver al día siguiente.

Las calles estaban casi desiertas y la mayor parte de los establecimientos cerrados; algunos grupos cruzaban silenciosos de un lado para otro; segun iban acercándose al paseo de la Castellana los grupos aumentaban y un lejano murmullo de voces llegaba á oídos del jóven.

De pronto se quedó inmóvil, aterrado, á lo lèjos divisó su magnifico palacio envuelto entre las brumas del crepúsculo, á su alrededor veia la masa informe de un pueblo que rugia.

Mariano corrió á mezclarse entre la muchedumbre.

—Qué quieren? se decia lleno de asombro y preguntaba á todos los que hallaba á su lado, pero las contestaciones eran gritos que nada le explicaban; por todas partes veia rostros en los que se retrataba una ira interna; ojos centelleantes..... manos que se elevaban sobre las cabezas amenazando algo desconocido.....

Empleando esfuerzos inauditos logró entrar en su palacio; en la escalera le esperaba su madre con los ojos preñados de lágrimas, presa de una suprema angustia; al ver á su hijo, le abrazó estrechamente y por algunos momentos no pudo articular una sola palabra; luego le arrastró á sus habitaciones.

—¿Ves..... ves? exclamó con desgarrador acento; ese pueblo te busca. ¿Por qué? ¿qué quiere? ¿qué espera de tí?

—Madre mia..... ¿estás segura de lo que dices?

—Silencio..... escucha lo que dicen: «Mariano Sanchez..... él es la omnipotencia, no tenemos pan!..»

El jóven creia luchar con una horrible pesadilla; abandonó á su padre y corrió á su despacho; allí le esperaban su secretario general y algunos de sus empleados de confianza... todos trémulos, demudados...

—¿Ha cumplido usted mis órdenes?

—Señor, en un dia no puede hacerse todo... falta tiempo...

—¡Tiempo! ¡Maldita palabra!... con ella se escuda usted para disculpar su apatia imperdonable!

Todos callaron; de la parte de afuera llegaba hasta

aquel recinto el rumor de la muchedumbre: á veces se oía gritar:

—¡Que salga Mariano Sanchez! Queremos verle... ¡que hable!

—¡Ah... quieren oirme? Pues bien, daré gusto á esa gente...

Mariano se precipitó hácia la puerta... y le detuvieron veinte brazos.

—¿A donde va su excelencia...?

—¡Dejadme!

—Nosotros no podemos consentir...

—El pueblo me llama, ¿le ois? Quiere conocerme de cerca....

—¡Pero eso es una locura'....

—Atrás!

—Señor.....

—¡Atrás, digo, no me detengais ú os haré probar mi poder.....

Se le dejó el paso franco y el jóven, presa del delirio, corrió á una sala, abrió el balcón y extendió el brazo....

Un silencio sepulcral sucedió al grito de triunfo que hizo exhalar su presencia.

—¿Qué quereis? exclamó con voz de trueno.

Otra voz salió de las masas, que dijo:

—Vosotros los poderosos no sabeis que el pueblo padece, que el obrero ve á su muger y á sus hijos perecer de hambre; vosotros le insultais con vuestro fausto, con vuestros brillantes trenes que sacuden lodo á los ojos de los que pasan á su lado...

—¿No teneis trabajo? Yo os lo daré...

—Pero el pan está tan caro que no bastan vuestros recursos...

—¿No he fundado establecimientos de beneficencia?

—¡No bastan!

—¿No reparto limosna á manos llenas?

—¡No bastan... no bastan!

—¡Silencio!

—¡Tenemos hambre! ahulló la multitud.

Mariano se precipitó á los cajones de una mesa y sacando de ellos enormes paquetes de billetes de Banco y bolsas de oro, corrió segunda vez al balcon...

—¡Toma! gritó con ronca voz, arrojando lleno de ira aquellas riquezas. ¡Estúpidos! Yo lo puedo todo..... comprad pan, pagando la libra á cuatro mil reales..... ¿Estais contentos?

—¡Muera! vociferó el pueblo despreciando el donativo..... no podemos digerir oro..... ni esos trozos de papel sirven para otra cosa que para hacer una hoguera con que incendiar tu palacio!

Sonaron algunos disparos de armas de fuego; Mariano fué arrastrado por sus fieles servidores al interior del palacio; las puertas de este crugieron..... la marea humana pronto invadiría aquel recinto.

—¿Con qué el oro no todo lo puede? pensó Mariano. ¿Quereis asesinarme porque no puedo daros lo que pedis? ¡Bien! Buscad á Mariano Sanchez y á su madre; ellos partirán á otros países menos ingratos.... ¿Quereis luchar? ¿No sabeis que soy un semi-Dios?

Entró en su sala de armas, abrió la caja de su aparato de locomocion aérea..... y lanzó un grito de rábía; la caja estaba vacía.

Sin perder tiempo buscó precipitadamente una pistola que guardó en un bolsillo despues de asegurarse de que estaba cargada; voló al gabinete de su madre y la arrastró al jardin por una escalera secreta; los gritos eran cada vez mas cercanos.

Una llave, que guardaba siempre Mariano, abrió la puerta que dió paso á los dos fujitivos, encontrándose

ambos en un sitio solitario, en la parte opuesta á donde continuaba el pueblo su obra de exterminio.

Mariano recordó su habitacion de la calle de la Greda y allí pensó en trasladar á su madre; pero antes de alejarse mucho de su palacio volvió hácia él la cabeza y pudo distinguir un penacho de denso humo que se cernia en el espacio; despues algunas chispas brillantes que parecian estrellas fugitivas.... y luego una llama inmensa que iluminó á Madrid entero con su luz satúrgienta.

El palacio era un volcan en ignición.

La anciana, sin fuerzas para soportar aquel espectáculo, cayó en brazos de su hijo:

—No temas, le dijo él con sonrisa terrible; quieren la guerra... y la tendrán; ignoran que puedo exterminarles con mis rayos como un nuevo Júpiter; ignoran que todo lo puedo y que sobre las humeantes cenizas de ese edificio haré en poco tiempo, levantar otro mil veces mas grandioso y fuerte.... ¡Ay de ellos si se empeñan en ser mis enemigos! Puedo organizar un ejército que les extermine.... ó si se me antoja convertir en escombros la populosa ciudad que les da albergue....

Al decir estas palabras, Mariano se irguió soberbio, arrojó una mirada de desprecio al lugar del incendio y siguió su ruta llevando á la anciano del brazo.

Con mucho trabajo por parte de esta llegaron á la indicada casa.

Mariano hizo acostar á su madre en el único lecho de que disponia; él se encerró en su gabinete, se sentó delante de una mesa y con los codos apoyados en ella y las manos en la frente; reflexionó sobre los acontecimientos que acababan de suceder.

Estaba decidido á abandonar á España y llevarse consigo á su madre y á Romana; un castillo que poseia

en Suiza, rodeado de bosques, salpicado de fuentes y largos sería su mansion en lo sucesivo. ¿A que pensar en lo pasado?

Haciendo estos proyectos le sorprendió la aurora y entónces se asomó al balcon. El mundo estaba tranquilo: la naturaleza y las pasiones humanas. Luego pasó á la alcoba de su madre, halló á esta vestida; tampoco habia dormido aquella noche y Mariano la dirigió palabras de confianza, anunciándola su resolucion de marchar á Suiza; luego llamó á la portera y le entregó algun dinero para que les tragese de salmorzar.

Madre é hijo no se separaron en todo el dia, pero al vano oír Mariano recordó la promesa hecha á Romana de ir á verla y despidiéndose de su madre, salió á la calle y tomó un coche, que le condujo á la morada de la Condesa.

Ya en el pasillo le detuvo una doncella, anunciándole que su señora no estaba en casa.

—Pues bien, la esperaré.

—No volverá hasta muy tarde.

—Pasaré á su gabinete á descansar.

La doncella se interpuso delante de nuestro jóven, que habia dado ya algunos pasos.

—¿Qué significa esto? pensó, observando extraña turbacion en la muchacha; y apartándola bruscamente corrió á la habitacion de Romana y abrió la puerta con violencia.

Oyóse un grito de muger:

—Mariano!

Este dudó un momento de si lo que tenia ante sus ojos era real y verdadero; Arturo estaba á los piés de Romana y ella rodeaba con un brazo su cuello. La sed

de sangre y venganza abrasó el pecho del joven, que buscó inútilmente una arma con que sacrificar á aquellos dos miserables....

Arturo se levantó súbitamente á la presencia de Mariano y dirigiéndole un saludo, acompañado de la más cínica de las sonrisas, se precipitó al balcón que daba á un jardín y desapareció por detrás de las barandillas; Mariano estendia sus brazos para ahogar, como Hércules á Anteo, á su pérfido amigo, y al mirar la acción de éste, gritó asomándose al balcón:—  
—Tu mismo te has castigado... ¡solo eres una masa inerte!... ¡Que Dios te perdone como yo!

Una carcajada burlona, sarcástica, contestó á estas frases; Mariano levantó con asombro la cabeza, pues el sonido de aquella carcajada provenía de lo alto, y pudo entonces distinguir á unos cuarenta metros de altura el contorno de Arturo que se mecía en el aire.

Todo estaba comprendido; Mariano recordó las continuadas visitas á la sala de armas... él recordó su desesperación al encontrar vacía la caja donde guardaba su aparato, precisamente en aquellos momentos en que el pueblo se precipitaba en su morada... ¿Qué otro que el infame Arturo le había robado su secreto?

Mariano se retiró del balcón y tropezó su mirada con aquel otro ser á quien había adorado como á un Dios... Romana, que tan bien había sabido fingir y que yacía, al parecer sin sentirlo, sobre una butaca... Ella sabía el verdadero nombre de Luis Ortego... era simplemente una aventurera; la historia de los naufragios contada por aquel supuesto primo, era solo una farsa para embolsarse aquellos millones... Y en tanto que él hallaba su felicidad en brazos de aquella mujer sin delicadeza... Arturo, en connivencia con ella, le robaba su aparato aéreo...

¡Amor! ¡Amistad!..... ¡Todo perdido en un momento!

Pero el alma de Mariano era grande como sus obras; la roca del Oceano resiste altiva y sin vacilar el embate eterno de las olas que se estrellan contra su pedregoso cimientto.

El jóven contuvo con un poderoso esfuerzo los latidos anormales de su corazon; sofocó con voluntad de acero un grito de angustia que su alma lacerada iba á precipitar por sus lábios... y dijo á los sollózos que se amontonaban en su pecho: ¡Callad!

Luego miró con desprecio á aquella mujer á quien tanto habia amado y salió lentamente... lentamente.

Dolor y vergüenza.

¿Esta enseña en el mundo mejor que un desagrüo:  
el grito en angustia la multitud se estremes y la  
de la de la mano y de la mano el grito que sale  
de la boca de la multitud y la multitud.

Mariano pasó otro noche sin dormir, su cabeza era  
un rocan de ese el momento en que se convence de  
que romana era una mujer in digna, otro hombre se fue  
de su memoria... y aquel hombre era como una  
enseñanza solitaria de su conciencia.

Región.

¿Que podía ofrecer ella sino su amor, pura herida,  
el habia despreciaó su amor por encerrada vulgar  
Habia cambiado una violeta por una canchala vulgar  
marchita, abasaba por el refugio ventura del beso,  
Oh! ¡Mariano! ¡Mariano! ¡Mariano! ¡Mariano!  
traces que previerten el espíritu y agita la copa del  
placer para dejar una que un velo horroroso en el

## CAPÍTULO XVI.

**Dolor y venganza.**

Nada enseña en el mundo mejor que un desengaño: al gustar su amargura la inteligencia se esclarece y la idea de lo bueno y de lo justo ocupa el lugar que antes llevaban el fanatismo y la ilusion.

Mariano pasó otra noche sin dormir, su cabeza era un volcan; desde el momento en que se convenció de que Romana era una mujer indigna, otro nombre se grabó en su memoria... y aquel nombre era como una acusacion solemne de su conciencia:

¡Regina!

¿Qué podia ofrecer ella sino su amor puro de niña. Y él habia despreciado su amor que encontraba vulgar! ¡Habia cambiado una violeta virgen por una camelia marchita, abrasada por el lujurioso vendaval del deseo! ¡Oh! Maldito afan el suyo, de buscar sensaciones exageradas que pervierten el espiritu y agotan la copa del placer para no dejar mas que un vacio horroroso en el alma!

Un nuevo pensamiento se presentó á la mente de Mariano..... recordó lo que le habia contado su madre; Regina iba á casarse... quizás lo estaria ya.....

Hizo un poderoso esfuerzo para no pensar en semejante probabilidad; como el que vé una áscua al parecer casi apagada y no quiere mover la ceniza que oculta el fuego interir..... ahogó el remordimiento y quiso embriagarse con la idea de la venganza.

No pensó en Romana... ni en el falso Baron... Arturo, aquel amigo hipócrita que le robó á un tiempo la muger amada y el secreto de su invencion.

Mariano dejó vagar una sonrisa terrible por sus lábios; estaba aun seguro de su poder... apenas necesitaba luchar con sus enemigos... estender el brazo y anadarlos; hé ahí todo.

Ya de dia se puso á trabajar con ardor. en una hora construyó un nuevo aparato de locomocion aérea y despues de comer con su madre, salió á la calle.

El sol era brillante, ni una nube interrumpia el hermosísimo azul del cielo; el jóven no habia salido con otra idea que con la de refrescar su ardorosa frente y entregarse á solas á sus pensamientos, pero se olvidó de que era un personagé de estos que no pasan desapercibidos entre el vulgo, y como se habia olvidado de ponerse la peluca, á cada momento se veia obligado á contestar á los infinitos saludos que se le hacian; otros se acercaban solícitos, ávidos de conocer los pormenores de aquella noche en que fué incendiado su palacio.

En menos de un cuarto de hora llevaba tras de sí un numeroso estado mayor y para verse libre de tanto importuno tomó un coche de alquiler y se despidió de todos.

Hizo presente al simon su deseo de pasear por el

Retiro y corriendo las cortinillas se arrellenó en el asiento y se entregó con nuevo ardor á sus pensamientos.

Pero apenas habian pasado algunos minutos, cuando el carruage se paró; Mariano pudo oír el murmullo de mucha gente y á su cochero que daba algunos gritos.

—¿Qué sucede? preguntó asomando su cabeza por la ventanilla.

—Señorito, es imposible pasar por esta calle.

Mariano tendió su vista en derredor; estaba cerca de un templo á cuya puerta se veían gran número de carruages; la gente se agolpaba curiosa en aquel sitio, como esperando ver llegar alguna cosa.

—¿Quiere usted que demos la vuelta, señorito? preguntó el auriga.

—No, contestó Mariano que sentía una vaga atracción por ver lo que allí iba á suceder; procura acercarte cuanto puedas á la puerta de esa iglesia y quedate allí.

Obedeció el cochero, no sin tener que gritar al pueblo para que le dejara paso y colocó el carruage en tan buen punto de observacion, que Mariano veía perfectamente las elegantes damas que bajaban de sus coches y desaparecían despues tras el doble tapiz que representaba escenas de la Historia Sagrada, á la entrada había tambien grupos de caballeros vestidos de etiqueta que conversaban animadamente; Mariano conocía á muchos de ellos y procuraba no ser visto.

Al poco tiempo se oyó un rumor que partía de todos los lábios, la gente se apartó á uno y otro lado para dejar calle libre á un carruage tirado por dos soberbios alazanes que se detuvieron, tascando el freno cubierto de espuma, delante de la iglesia.

Del carruage salió primero una señora vestida con un rico traje negro y la cara cubierta por una espesa mantilla de encage; detrás de ella bajó una jóven, que hacia

singular contraste con su compañera por el vestido de raso blanco que ostentaba; en su cabeza lucia una preciosa corona de azahar; su apostura arrogante, la gracia de todos sus movimientos y la notable hermosura de su cara... arrancaron un grito de admiracion de todos los curiosos que la rodeaban.

—Esta es la novia, se decian unos à otros.

—¿Y el nóvio?

—Aquel elegante jóven que la saluda en este momento.

—¡Qué felices parecen!

—¿Como no lo han de ser si realizan el deseo de su vida?

Mariano escuchaba estas conversaciones y el aguijon de la envidia torturaba su alma; él rico, poderoso, admirado... no habia podido gustar aquella felicidad, para él desconocida.

Por una extraña coincidencia la jóven que se iba à desposar daba la espalda à Mariano, de modo que este no habia podido aún ver su cara, pero al entrar en el templo, se volvió rápidamente para hablar con la señora que llevaba vestido negro.

Mariano ahogó un grito de angustia; aquella muger era Regina..... Regina, que se disponia à entrar en la casa de Dios para jurar, al pié del ara, fidelidad eterna à un hombre.....

Una nube cubrió los ojos del jóven; le pareció que toda aquella gente le miraba de una manera burlona, que le señalaba con el de lo..... y Regina subia pausadamente las escaleras sonriendo sin cesar à un hombre que la miraba con amor..... No fué dueño de contenerse..... abrió la portezuela del carruage, saltó rápidamente à tierra y estendiendo anhelante sus brazos exclamó en alta voz:

— ¡Deteneos! ¡Deteneos!

Y separando con hercúlea fuerza aquella muralla humana que se interponía entre él y el objeto de sus deseos, trató de ganar el pórtico.

Suelto su cabello, ardiente su mirada, jadeante... con las manos extendidas... apenas tenía fuerzas para gritar:

— ¡Deteneos!

— Es un loco, empezaba á decir la gente.

— ¡No... no soy loco! Esperad y os convencereis... esa muger no puede ser de otro.

Los que formaban la comitiva se detuvieron asombrados sin comprender lo que sucedía; Mariano llegó, después de inauditos esfuerzos, al lado de Regina y antes de que esta se diera cuenta de lo que pasaba, la tomó una mano y continuó diciendo:

— Esta muger me ama; lo entendeis?

El novio sintió que la cólera le cegaba, y se acercó á Mariano; este le miró frente á frente y le dijo:

— ¿Quiere usted convencerse? Pues bien... ¡que ella lo diga!

Y volviéndose hácia la jóven, cuya mano conservaba entre las suyas, la dijo:

— Regina... á la faz de todos; pon la mano sobre tu corazon. ¿No es verdad que me amas?

Regina retiró con un esfuerzo su mano; miró á su futuro esposo y á los convidados, y dirigiendo luego una soberbia mirada de desdén á Mariano, exclamó con voz glacial:

— No conozco á este hombre; debe ser un loco.

— ¡Es un loco! repitieron cien voces; llevadle... .

Creyó Mariano que en efecto iba á volverse loco y sin fuerzas, ni aun para hacerse cargo de su situación, vió como pasaba delante de él la comitiva; después sintió

unos brazos que trataban de sugetarle; eran agentes de seguridad pública... al verlos sintió hervir su sangre y apartándolos bruscamente de su lado, dijo:

—¿No me conocéis? Soy Mariano Sanchez.

—Sí, es verdad; decían unos.

—Pero está loco; añadian otros en voz baja.

Mariano volvió á su carruaje, ordenando al conductor que le llevara á su casa; al entrar en ella y ver á su madre, no pudo ya resistir tantas emociones y cayendo en sus brazos, exclamó sollozando por primera vez.

—¡Madre mía... que desgraciado soy! ¡Oh que verdad decias en Gijon cuando me aconsejabas lo vida tranquila á tu lado! Pero la ambicion me cegaba; ese deseo de *ser algo*, me arrastró al torbellino del mundo y donde creia encontrar felicidad solo hallé la desgracia; todos me han engañado. ¿De que me sirvió entonces ese talento extraordinario que me regaló la fortuna á par de las riquezas?

La anciana le consoló del modo que sabe hacerlo una madre y supo entonces todo lo que le había pasado.

Pero la debilidad de Mariano solo duró algunos momentos y volvió á pensar con empeño en su viage á Suiza; la tierra de España le abrasaba los piés... Pero antes de abandonarla tenia que vengarse, es decir, tenia que castigar.

—Regina fué una ingrata, se decia sin reflexionar que lo habia sido él; Romana una... muger, el baron un caballero de industria... Pero Arturo es un canalla, un miserable á quien no puedo perdonar...

Las maletas y demás objetos de viage estuvieron dispuestos para el dia siguiente.

Mariano apenas probó alimento alguno; hacia tres noches que no dormia, y la fiebre quemaba sus entrañas. Ya oscurecido salió de casa llevando el aparato aéreo.

y se dirigió á la de Romana; pero no queriendo entrar por la puerta rodeó la casa y pronto se halló tras de las tapias del jardin.

Un viento fuerte amontonaba en el cielo nubarrones que á veces ocultaban la luna.

El jóven saltó al jardin y dirigiendo una mirada hácia las habitaciones que solia ocupar Romana, vió en ellas luz.

Algunas formas oscuras se movian de un lado para otro y por sus movimientos rápidos parecian agitadas.

Los balcones estaban abiertos á causa del calor que empezaba á sentirse; Mariano, haciendo uso de su aparato, se elevó hasta uno de los balcones y usando de gran precaucion para no ser visto, deslizó una mirada al interior.

Romana, Arturo y el Baron conversaban animadamente, mientras algunos criados arreglaban baules, embalijaban objetos de valor y no cesaban un momento de clavar y poner rótulos á varios cajones que se veian diseminados aqui, y allá; de la habitacion de Romana habian desaparecido todas aquellas preciosidades artisticas que recreaban la vista; ni un espejo, ni un cuadro, ni una estátua.

—¿Qué hora es? preguntó Romana.

—Las ocho, contestó Arturo consultando su reloj; el tren sale á las nueve... tenemos tiempo.

—No estaré tranquila hasta verme á doscientas leguas de Madrid.

—¿Por qué?

—Ese hombre me da miedo.

—No es tan grande su poder como dicen y además su estrella va eclipsándose; el pueblo quemó su palacio; su amada, prosiguió Arturo sonriendo y mirando á Romana,

su amada le engañó y el Baron le sacó los cuartos. ¿Y á esto se llama tener talento?

—De todas maneras, repuso el Baron interviniendo, bueno será que no le volvamos á ver más.

—Eso espero, murmuró Romana.

—En Italia, añadió Arturo, seremos felices, el oro no nos falta... y además pienso dar á conocer este maravilloso aparato que convierte al hombre en ave.

Mariano escuchaba esta conversacion, al principio con gran calma, pero no pudiendo soportar por mas tiempo la odiosa presencia de Arturo, entró por el balcon de un gabinete contiguo á aquel en que hacian proyectos los tres sócios, y dando vuelta por un pasillo se presentó ante ellos tranquilo, con los brazos cruzados, como la personificacion de la venganza.

El terror paralizó á los tres, que no acertaron ni á dar un grito, ni á hacer un movimiento, como si el ser que tenian delante de sí fuera un espiritu ó fantasma y no un hombre.

—Por cierto que llego á tiempo, dijo Mariano, os marchais á Italia y ni por galantería me mandais una tarjeta de despedida; yo soy más político y vengo á daros el último apretón de manos, sobre todo á Arturo..... ¡el último! Vaya, amigo mio, continuó con reconcentrada ironía, tiéndeme tu mano como otras veces lo has hecho.... tu amistad es sincera, tengo pruebas de ello. ¿Vacilas?

Arturo sacudió su inercia y levantándose súbitamente sacó una pistola... la amartilló... y el fognazo y la detonacion fueron instantáneas.

Pero la mano del homicida temblaba, su puntería se desvió y la bala fué á penetrar en la hermosa cabeza de Romana, que dió un grito ahogado y cayó cadáver.

El Baron se precipitó sobre ella y un grito del alma,

un grito de verdadero dolor... de esos que solo una vez en la vida se exhalan, hijo del paroxismo de la desesperacion salió de sus labios temblorosos:

— ¡Hija mia!... ¡Es mi hija!

Y cayó, perdida la razon, sobre el ensangrentado cuerpo de la jóven.

— ¡Justicia de Dios! dijo Mariano,

Arturo, horrorizado de su obra, quiso aproximarse al cadáver de Romana, pero al ver á Mariano que pálido y tranquilo avanzaba hácia él, sólo pensó en salvar su vida y volviendo las espaldas, desapareció por el balcon.

Pero ya habia previsto esta eventualidad Mariano le siguió por el mismo camino; afortunadamente para el perseguido una espesa nube interceptaba en aquel momento los rayos de la luna y el jóven se halló á algunos centenares de piés sobre el jardin sin que su vista pudiera divisar más que tinieblas por todas partes.

No desmayó por esto y elevándose á gran altura para dominar á su placer, esperó algunos minutos, y cuando pasó la nube pudo distinguir á lo lejos, gracias á su vista de águila, á Arturo, que volaba rápidamente huyendo de su cólera.

— ¡Ya es mió! dijo emprendiendo la persecucion.

Y adquiriendo gran velocidad, pronto estrechó de un modo considerable la distancia que les separaba; pero Arturo que observó lo que sucedía, comenzó á elevarse siguiendo una diagonal; Mariano le imitó verificando idéntica evolucion.

Pronto desapareció en el horizonte Madrid, con sus miles de luces que esténdian á su alrededor una claridad difusa; el campo estaba desierto y oscuro.

Mariano aumentaba potencia á su aparato y confi-

nuaba subiendo sin cesar con la mirada fija en Arturo, cuyo contorno se iba ya delineando con perfeccion.

La impaciencia le devoraba, sentia en su pecho el ansia de la venganza, que no se haria esperar mucho.

Algún tiempo despues no se distinguia ningun accidente del terreno; solo el Guadarrama coronado de nieves parecia adelantarse á su encuentro como un enorme fantasma blanco alumbrado por la luna.

Aquellos dos seres perdidos en la atmósfera solitaria, como espíritus de la noche, se hallaban ya á la considerable altura de cuatro mil metros.

Un frió intenso penetraba á través del vestido de Mariano; algunas nubes rodaban bajo sus piés, pero continuaban subiendo.

¿Qué pretendia Arturo? Quizás viéndose perdido trataba de suicidarse elevándose hasta un punto en que la atmósfera es irrespirable y al querer morir su deseo era sacrificar tambien á Mariano que, ciego por la ira, le seguiria hasta aquellas espantosas regiones.

Este debia de ser su intento, porque de pronto comenzó á elevarse perpendicularmente, pero comprendiendo Mariano su estratagema, hizo un supremo esfuerzo y rápido como un relámpago le cortó la retirada, encontrándose en poco tiempo á seis metros de distancia.

—¡Déjame! gritó Arturo, ó morirás conmigo....,

—Nó, aún deseo vivir; me esperan quizás dias felices; pero tu no volverás á ver la luz del sol.

—¡No te acerques ó se aloja la punta de este puñal en tu corazon!

Mariano vió brillar el arma en la mano izquierda de Arturo; él no venia armado, pero no vaciló; con un movimiento hábil cogió el brazo de su antiguo camarada y oprimiéndole como con unas tenazas de hierro, hizo que

su mano soltara el puñal, que cayó silbando en el espacio.

Después comenzó una lucha cuerpo á cuerpo, pero los combatientes sólo podían hacer uso de su mano izquierda, necesitando la derecha para regir el aparato; Arturo se defendía encarnizadamente y trataba de huir, pero sus esfuerzos eran inútiles; Mariano tenía la potencia de un atleta. Le sujetó contra su pecho, buscó un resorte misterioso que existía en el aparato y de pronto la electricidad que le daba vida se escapó súbitamente; Arturo sintió que le faltaba un apoyo y comenzó á caer.

—¡Maldito seas! exclamó hundiéndose en el caos de oscuridad que había debajo de él.

Mariano le siguió algunos segundos, durante los cuales y por leyes de la física, el movimiento de caída se aceleró uniformemente de una manera horrorosa; Arturo caía de un modo vertiginoso.... las capas de aire al dejar paso á su cuerpo, silbaban como un huracán...

Mariano suspendió su caída, pues empezaba á sofocarse.... algunos segundos después oyó un golpe seco, macizo.... luego nada..... un silencio aterrador.

entre los escarpados y todo por su causa; el desmoronamiento de la mansión se debía a él, y finalmente, aquel montón de huesos y carne humana que había constituido la personalidad de Arturo, parecía acusarlo a los lejos.....

La venganza satisface por el pronto, luego el remordimiento continúa, la severa conciencia no dejan vivir tranquilo al vencedor; CAPÍTULO XVII. Tenía el derecho a quitar la vida a un hombre, pero ¿cómo se sentía este fuera un miserable?

Sus reflexiones le llevaban después a considerar los recuerdos y consecuencias del pasado. ¿Qué protección, qué premio, qué beneficio hubiera reportado a la humanidad; era sólo un gigante era sólo un gigante; ¿creyendo haber llegado a la cumbre de sus días se encontraba en el abismo?

Una claridad plomiza se destacaba paulatinamente en el horizonte, cuando Mariano entraba en Madrid; extensas capas de vapores cubrían el firmamento; la capital de España parecía muerta, abandonada..... algún sereno acurrucado en el hueco de una puerta, algún traperero que vagaba por entre montones de inmundicia.....

Mariano sentía que un extraño abatimiento se apoderaba de su espíritu y de su cuerpo. Su obra estaba terminada; sólo tenía que volver al lado de su madre y verificar lo que tenía proyectado, marchar a Suiza.

Pero el joven comprendía que jamás sería ya feliz. ¿Cómo olvidar los desastrosos acontecimientos porque había pasado en aquellos últimos días? El, que tan arraigada tenía en su mente la idea de que el dinero todo lo puede..... vió que era una mentira; el populacho allanó su domicilio y el voraz elemento sacrificó muchos seres inocentes que hallaron una muerte horrible

entre los escombros..... y todo por su causa; el desgraciado fin de Romana se debía á él, y finalmente, aquel monton de huesos y carne humana que habian constituido la personalidad de Arturo, parecia acusarle á lo lejos.....

La venganza satisface por el pronto, luego el remordimiento continuo, la severa conciencia no dejan vivir tranquilo al vengador; Mariano comenzó á sentir estos sintomas. ¿Tenia él derecho á quitar la vida á un hombre aunque este fuera un miserable?

Sus reflexiones le llevaban despues á considerar los actos de su vida; desde que la Fortuna le habia ofrecido proteccion, ningun beneficio duradero habia reportado á la humanidad; creyendo ser un gigante, era sólo un pigmeo; creyendo haber llegado á la cumbre de sus deseos, se encontraba en el abismo de la duda, rodeado de tinieblas, perseguido por la voz de su conciencia..... acosado incesantemente por el pesar.

Peró no; en medio de aquella oscuridad en que flotaba su espíritu, vislumbraba dos puntos luminosos que eran el consuelo de su vida; dos bellas acciones que Dios no podia menos de premiar.....

Recordó á Adela y Fernando y se gozó en su felicidad, porque sólo á él se la debian.

Trajo á su memoria el recuerdo de Irene y Valentin y sintió en su corazon un consuelo tan dulce como el que debe de esperar la agostada flor que siente bañada su corola por el rocío del cielo.

¡Aún habia seres en el mundo que le bendicirian!

Estos pensamientos ocupaban su mente mientras con lentos pasos se dirigia á su morada, cuando al volver una esquina distinguió confusamente en la oscuridad una mujer con un niño en brazos.

Aquella mujer estendió tímidamente una mano balanceando algunas palabras de súplica.

Al escuchar el timbre de aquella voz, Mariano sintió una emoción particular, y un vago recuerdo cruzó por su pensamiento; se acercó á la mendiga, pero no pudo reconocer sus facciones á causa de la oscuridad.

—¿Sufre usted? preguntó.

Un suspiro doloroso fué la única contestacion; Mariano sacó de su bolsillo todo el dinero que llevaba.

—Tome usted, pobre mujer, exclamó; no puedo ofrecerla más en este momento; pero vaya usted á la casa número 97 de la calle de la Greda, ántes de medio día.

—No pido por mí... ¡por mi hijo! sólo por él; contestó la mujer tomando la limosna.

Segunda vez el metal de su voz atrajo la atención de Mariano.

—¿Pasará usted por mi casa?

—¿Y por quien he de preguntar?

—Por Mariano Sanchez.

—¡Mariano Sanchez!! dijo la mendiga retrocediendo bruscamente. ¡Ah! ¿Es usted?... No, no puede ser.... Pero si eso es cierto... tome usted, señor, tome usted ese dinero maldito; nada quiero... ¡Adios!

Mariano se quedó mudo de asombro; tomó por la mano á su interlocutora y casi á la fuerza la condujo cerca de un farol para ver su fisonomía.

—¡Adela! gritó en el colmo de la admiración. —¿Es usted?...

—¿Aún no me habia usted conocido?

—¡Pero en ese estado miserable!

—¡Pidiendo limosna! Sin tener un albergue donde cobijar á mi hijo... ¿Y sabe usted á quien debo todo esto? A usted...

—¡Yó!

— ¡Sí; encerrada en aquel torreón, bajo la tutela odiosa de mi tío, era feliz... mucho más feliz que cuando usted intervino en la historia de mi vida.

— Pero Fernando...

— ¡Fernando! Usted me llevó á sus brazos; él decía que me adoraba, yo era su cielo, su vida, su todo; pero continuaba encerrada en su habitación sin que él pensara más que en su placer brutal sin que le preocupara mi honra sin tratar de unirse á mí por lazos indisolubles. Duró esto algunos meses, yo sentía en mis entrañas el fruto de nuestros amores; pero ni aún este acontecimiento enterneció á aquel monstruo; empezó á olvidarme y á derrochar aquel dinero que usted sólo abandonó á su codicia. Pronto adiviné que otras mujeres me robaban su amor; algunas veces venia ébrio de sus francachelas y me maltrataba. Acabé por huir de su lado y me veo abandonada del mundo... sola, sola con mi hijo y con la Pitusa, que jamás se apartó de mi lado. ¿Y quién ha sido la causa de todos mis desastres? Usted... que cambió el destino de mi vida; en el castillo de Dávila yo soñaba con Fernando, creía en su amor, tenía fé... era feliz. ¡Ay! ¡Qué hermosa es la ilusión! ¡Qué horrible es la realidad!

Mariano no se atrevió á contestar, el corazón parecía querer salirse del pecho y se acercó á Adela con un movimiento instintivo.

— ¡Aparte usted, ángel malo! Quiero olvidar que existe en el mundo.... Yo no tardaré en morir... siento la muerte aquí... en mi pecho; pues bien, en ese solemne instante en que vaya á comparecer ante Dios.... le maldiciré á usted desde el fondo de mi alma!

Y Adela huyó velozmente desapareciendo á los ojos de Mariano el cual comenzó á sentir algo semejante á la locura.

—Siguió su camino.

Apenas habia andado veinte pases, cuando se sintió coger por un brazo.

—Ah! Eres tú, dijo una voz.

—¡Valentin!

—Si, Valentin..... que se alegra de encontrarte en la última etapa del camino de su vida. Yo seria dichoso, muy dichoso, si la fatalidad no te hubiera atravesado en mis pasos; te disfrazaste como un espíritu del mal para hacerme infeliz.. No, no voy á cansarte porque mi tiempo es muy corto. Aquella mujer que hiciste mia, me engañó.. amaba á otro; pero un puñado de ese oro tuyo, fabricado sin duda en los crisoles de Satanás, le decidió á unirse á mí..... Ayer la encontré en brazos de otro, ahora mismo acabo de matarle..... mi madre ha muerto tambien al ver mi desesperacion..... y tú eres responsable de su muerte y de la mia, porque voy tambien á morir... ¡Adios! ¡Maldito seas!

Valentin sacó un revolver, apoyó el cañon en su sien, el fogonazo iluminó por un momento la calle, el suicida giró sobre sí mismo y cayó pesadamente.

Mariano quiso huir de aquel lugar de terrores, pero le detuvieron algunos serenos y alguaciles atraidos por el eco de la detonacion; uno de ellos elevó el farol á la altura de su cara y al reconocerle, dijo con respetuosa voz:

—Perdone su excelencia.

Y volviéndose á sus compañeros, añadió:

—Es D. Mariano Sanchez.

Todos se separaron para dejarle paso y el jóven corrió á su casa.

Antes de entrar le pareció ver cruzar en su camino dos personajes que iban del brazo hablando con animacion; en su cara rebosaba el júbilo, la satisfaccion.....

Eran Dávila y Ferran.

Mariano apartó su vista de aquella vision, entró en su cuarto, tomó un arma de fuego.... corrió al lado de madre y exclamó:

—¡Madre mia..... voy á morir!

Un grito de que no se puede dar explicacion, uno de esos gritos supremos del alma, un grito de madre, en fin, contestó á estas palabras.

La anciana se precipitó sobre su hijo y este al ver su dolor, arrojó lejos de si el arma fatal y cayó sin conocimiento en sus brazos....

La primera vez la fortuna le salvó la vida; la segunda vez su madre.

¿No vale mas una madre que una fortuna?

## CAPÍTULO XVIII.

## La verdadera dicha.

Una mañana en que el sol alumbraba con sus mas puros y brillantes rayos la coronada villa, un jóven que dormia en su lecho, se movió ligeramente y luego abrió los ojos.

A la cabecera, sentada en una silla, dormitaba una hermana de la Caridad que, al sentir el pequeño ruido que se produjo en la cama, se levantó, y acercándose al jóven, que la miraba asombrado, le preguntó con interés:

—¿Se siente usted bueno?

El jóven, que no era otro que Mariano Sanchez, contestó á aquella pregunta con otra:

—¿Y mi madre?

—Sobre la mesa encontrará usted dos cartas suyas.

—¿Pero no está en Madrid?

En aquel momento entró en la alcoba una muger de edad con una escoba en la mano, y como oyera las últi-

mas frases del jóven, hizo una seña á la hermana de la caridad, como diciendo:

—Está transtornado.

—Yo creo que conozco á usted, dijo Mariano dirigiéndose á la recién venida.

—Si, señorito; debe usted de conocerme porque soy la portera de la casa.

—¡La portera!

—En cuerpo y alma.

El jóven miró á su alrededor; cada mueble, cada cuadro, cada objeto de los que veía, traía á su memoria un recuerdo lejano.

—Pero ¿y mi madre? dijo.

La hermana de la caridad salió de la estancia y volvió poco despues con un par de cartas, que le entregó.

Mariano abrió con avidez el sobre de una de ellas, la letra, en efecto, era de su madre que se quejaba de su pereza en escribirla; la segunda carta parecia una cópia de la primera.... deseaba tener noticias de su hijo, estaba con cuidado por su extraño silencio; pero ni una palabra de aquellos acontecimientos de su vida, ni del viaje á Suiza. ¿Que esplicacion dar á aquello?

Las dos mugeres le dejaron solo y Mariano se vistió con idea de salir; una pesadez particular sentia en su cabeza, sus ideas eran oscuras... y su memoria apenas podia coordinar los recuerdos.

Salió de su cuarto.

—Señorito, le dijo la portera; ha habido necesidad de hacer algunos gastos... y me he permitido tomar el dinero que usted dejó sobre la mesa... habia doce duros... he gastado ochenta reales y medio en medicinas y otras cosas que verá usted apuntadas en....

Mariano se sonreía.

—No me hable usted, pobre muger, de esas miserias; ¿Acaso no sabe usted que soy millonario?

La hermana de la Caridad y la portera se miraron con espanto y dejando pasar al jóven, se quedaron cuchicheando en la escalera.

Mariano salió á la calle y observó lleno de asombro que nadie le saludaba ni se fijaba en él... apesar de que no iba disfrazado; aquel fenómeno le hizo experimentar una sensacion agradabilisima... se creia mas dichoso, mas libre.

Siguió vagando por las calles, mezclándose entre la gente, mirando los carruajes y las tiendas... nadie le conocia.

—¿Será verdad que sea tan feliz? se decia.

Y acercándose al primer transeunte que pasó por su lado, le dijo:

—¿No me conoce usted?

—No tengo el honor....

—¿Es posible?

—Quizás me haya olvidado... ¿Cuál es su nombre?

—Mariano Sanchez.

El transeunte se encogió de hombros y continuó su camino; Mariano se acercó á otro.

—Perdone usted, caballero. ¿No ha oido usted nunca hablar de Mariano Sanchez?

—Sí, señor.

—¡Ah!

—El barbero de mi pueblo se llama así..... ¿le conoce usted?

—No es ese á quien me refiero; el que yo digo es una celebridad europea, ha construido ferro-carriles, fundado ateneos, inventado soberbios aparatos de locomocion aérea. ¡Su nombre debe ser conocido en las cinco partes del mundo.....

—Y sin embargo, caballero, jamás le oido hablar de semejante hombre ni de sus hechos; á pesar de que yo, por mi ocupacion, debia estar al corriente de todo eso que me cuenta; soy gacetillero ce un periódico que se publica hace muchos años ya en Madrid.

—Pido á V. mil perdones.

—No merece la pena.

Mariano saludó cortesmente y siguió su camino; no habia lugar á duda, en una noche Madrid, España, el mundo entero se olvidó de él. ¿De que modo se habia verificado semejante transformacion?

Dirigió sus pasos hácia la Castellana; deseaba ver las ruinas humeantes aun de su magnifico palacio, pero su estupor llegó al colmo cuando una vez en el lugar de la catástrofe solo vió por todas partes pequeños y elegantes *chalets*; Mariano avanzaba, retrocedia, trataba de orientarse, pero sin resultado; como si hubiera pasado un siglo sobre el solar donde su palacio se levantaba se habian construido nuevas casas, trazado modernas calles, dividido el terreno en pequeños jardines.... todo estaba transformado, desconocido.

Mariano bajó la cabeza y volvió al centro de Madrid; al llegar á la calle de Alcalá estuvo á punto de caer; t al fué la impresion que le produjo la presencia del ser que tenia delante y que avanzaba con los brazos abiertos.

—¡Mariano!!

—No, no puede ser, murmuró éste; tú eres un espectro ó es que mi conciencia te da forma.... déjame.

—¿Es posible que no me conozcas? Soy Arturo, tu íntimo amigo.

Mariano sintió el contacto material de unas manos que estrechaban las suyas; decididamente no se trataba de un fantasma.

—¿Pero no te has muerto?

—¡Dios me libre!

—¿No te he precipitado yo desde una altura enorme?....

—Tú!

—Sí, hasta mis oídos llegó el ruido que produjo tu cuerpo al estrellarse en la tierra.....

—Amigo mío, serénate, vuelve á casa.....

—Porque tú cometistes la infamia, prosiguió sin hacer caso, de robarme el secreto de mi maravillosa invencion.

—Bueno, continuas delirando.

—Yo no deliro.

—Hace ya seis dias que no haces otra cosa.

—No te comprendo.

—Sí; querias suicidarte, escribiste una carta á tu madre.

—Es cierto, voy recordando.....

—Despues entraste en una farmacia y pediste la friolera de un quarteron de ácido prúsico; el dependiente te dió en su lugar una fuerte dosis de ópio.....

—¿Es posible!

—Dormiste muchas horas y otras más y aún dias enteros no hacias otra cosa que delirar.

—Sigue... sigue, amigo mío. ¿Y qué decia yó?

—No sé; tu delirio era muy singular; hablabas de millones, de celebridad, de tu madre; luego nombrabas á Adela y Romana.....

—No, Romana.

—Efectivamente y Fernando y Valentin ¿que sé yó?

—Dime Arturo ¿es verdad que no conoces á Romana?

—¡Yó!

—Sí, tú; á la Condesa de Franc y al Baron de Roseli.....

— Toda esa gente la has visto en sueños.

- ¿No me has visto volar?  
—¡Tú estás loco!  
—¿No has visto mi palacio?  
—Mariano, vuelve á acostarte, tu cabeza no está segura.  
—¿Y Regina? preguntó Mariano sintiendo renacer todas sus esperanzas. ¿Regina es soltera?  
—¿Quién lo duda?  
—¡Ah! ¡Conque no se casó!  
—¿Contigo?  
—No..... con un médico.  
—Vamos, ahora dudas de esa muchacha que te quiere más que á su vida.  
—¿No me engañas, Arturo?  
—Todos los días me hacia ir á su casa dos veces á darle noticias de tu enfermedad.  
—¡Conque todo ha sido un sueño! dijo Mariano.  
Y parecía que su pecho se ensanchaba, que su corazón latía con nuevo impulso y que su espíritu veía ante sí risueños horizontes de ventura.  
—Abrazó estrechamente á su amigo y le dijo:  
—No sé si aquello era sueño y esto realidad ó viceversa; pero en último caso, de ambos sueños prefiero éste. Adios!..... corro al lado de Regina.  
Mariano se despidió de Arturo y en poco tiempo llegó á casa de la señora de Clota.  
Al verle entrar Regina dió un grito de alegría y se arrojó en sus brazos sin poder contenerse.  
—¿Ya estás bueno?  
—Sí..... ¿Y tu no estás casada?  
—¡Mariano!  
—Perdóname, he tenido un sueño..... sí, creo que era un sueño; tu pertenecías á otro..... yo te vi entrar con

él en la iglesia, pareciais felices y yo creia morir de angustia.....

—¿Pero que has tenido?

—No sé.

—Me han dicho..... pero no lo creo.....

—¿Que iba á suicidarme?

—Si, y á la verdad, recuerdo que la última vez que te vi fué en casa de la Baronesa de B.; pareciais intranquilo, me hacias preguntas extravagantes y exclamabas á cada momento: *Soy una vulgaridad.*

—Es cierto, entonces era un loco; queria levantarme muy por encima de mis semejantes, anhelaba ser un génio, una celebridad, un héroe; corriendo tras la exagerada realidad de *ser algo*, pretendia llegar al supremo poder para hacer justicia, ejercer la caridad y confundir á los malvados; queria ser un reformador de la sociedad y al mirarme tan pequeño, tan oscuro, tan vulgar..... me figuraba que mi existencia era inútil en el mundo. ¡Qué error! Solo es inútil el malhechor, el criminal. El mas ignorado de los obreros contribuye lo mismo que el alto funcionario al sostenimiento del edificio social, que ha de tener cimientos que le sirvan de base y cornisasafiligranadas que le adornen; quizá es más útil aquel cimiento que oculta la tierra, que el elegante chapitel que brilla á los rayos del sol. ¡Pobre edificio si los cimientos saliendo de su centro se elevan hasta las cornisas superiores! Pero la ambicion del hombre es grande..... Yo conozca cuán equivocado estaba al buscar la felicidad por un camino que sólo conduce al desasosiego, á la intranquilidad y al remordimiento; el que mucho puede, mucho más responsable es de sus actos; el que sin ser egoista desprecia la idea de mando y sólo ve ante su mirada la existencia tranquila al lado de su familia..... ese, ese es feliz; porque

la felicidad ni consiste en la gloria, ni en el dinero, ni en el poder; la felicidad consiste en la salud, en el amor de los que nos rodean y en la tranquilidad del espíritu.

Calló Mariano y oprimiendo dulcemente entre las suyas las manos de Regina y mirando sus ojos ebrio de amor.....

—¿Cuándo serás mía? la dijo.

La niña se sonrió.

—¿Quieres que nos casemos el mes que viene?

—Sí.

En aquel momento entró la madre de Regina; Mariano después de saludarla, repitió fielmente las últimas palabras de su conversacion.

## EPÍLOGO.

Mariano fué esposo de Regina; en la boda estuvieron las madres de los novios y Arturo.

Al volver á casa, acabada la ceremonia, un lujoso carruaje á la Dumont, arrastrado por seis magníficos caballos y escoltado por algunos servidores de gran gala, pasó al lado del modesto coche en que iban Regina y Mariano.

—¡Va! dijo éste; mucho mejores los he tenido yo.....

Y mirando después á su esposa, se sintió feliz

FIN DE LA NOVELA.

**INDICE.**

	Páginas
Al lector. . . . .	3
I Inconvenientes de tener anteojos. . . . .	9
II Mariano Sanchez y Gonzalez. . . . .	17
III La Fortuna. . . . .	24
IV El billar y la equitacion. . . . .	31
V La locomoción aérea. . . . .	39
VI Impresiones de viaje . . . . .	45
VII Continuacion del anterior. . . . .	54
VIII Ya es algo. . . . .	63
IX La reunion de la señora de Zoya. . . . .	71
X Todo por una madre. . . . .	82
XI Del amor y de la caridad . . . . .	92
XII El ideal del amor. . . . .	103
XIII Ayudar al prójimo. . . . .	113
XIV Nubes . . . . .	121
XV Empieza el desengaño. . . . .	130
XVI Dolor y venganza. . . . .	138
XVII La obra de un héroe . . . . .	149
XVIII La verdadera dicha. . . . .	155
Epilogo. . . . .	162

